YOLANDA REVUELTA

ORGULLO & CORAJE



CORAJE III



ORGULLO & CORAJE

CORAJE III

YOLANDA REVUELTA

ORGULLO Y CORAJE

Copyright © 2024 YOLANDA REVUELTA

Corrección: @romanticascorreccion
Portada: Carla Ruiz
Maquetación: Valerie Miller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal).
Esta es una obra de ficción. Los nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright.

All Rights reserved

1ª Edición: Febrero 2024

Sello: Independently published

« Porque si es amor, no necesita explicación.

Que gane siempre en cualquiera de sus formas».

NOTA DE LA AUTORA:

Esta novela constituye la última entrega de la trilogía «Coraje». Si bien sé que esto no es típico en mis obras, he decidido escribirla en primera persona. Dado que es más breve que las entregas anteriores, mi objetivo es enfocarme exclusivamente en los personajes de Gray y Miller. Espero sinceramente no defraudaros y confío en que esta pareja logre tocar vuestros corazones, tanto como lo está haciendo con el mío.

Os agradezco enormemente vuestro apoyo constante.
Gracias por leerme con tanto cariño.
Mi gratitud eterna.

Yolanda Revuelta

INDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
EPÍLOGO
CORAZON Y CORAJE
HIELO Y CORAJE
ESPÍRITU GUERRERO
YOLANDA REVUELTA
OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

CAPÍTULO 1

GRAY

El campus es un hervidero de gente feliz y entusiasta, a pesar de que aún faltan tres semanas para Navidad. Aunque los exámenes de fin de semestre están a la vuelta de la esquina, el olor de las vacaciones se impregna en el ambiente y eso es inevitable. Todos tenemos ganas de regresar a nuestros hogares y yo no soy la excepción.

—Hey, Gray. ¿Qué tal, tío?

Saludo a Liam con la mano cuando pasa por mi lado.

—Todo bien, preparando el examen de Literatura Inglesa —respondo.

Liam anda unos pasos hacia atrás y luego se echa a reír.

—¡Qué cabrón eres!

—Vete a la mierda, Liam.

Sin más dilación, me dirijo a mi habitación. El frío es intenso y apenas puedo sentir mis articulaciones. Además, me encuentro más cansado tanto física como mentalmente de lo que jamás he estado. La universidad es más dura de lo que había supuesto en un principio, pero ante todo quiero que Dave y Harper se sientan orgullosos de mí. Dentro de unas semanas estaré en casa y esa será la mejor recompensa por el momento . Cuando abro la puerta de mi habitación, una nube densa y tóxica me recibe, provocándome un acceso de tos grave. Mi compañero de habitación, Lucas, está fumando y echando humo por la boca literalmente.

—¡Joder, Lucas! Eso te va a matar.

Lucas, que está tirado en la cama, hace un aspaviento con la mano. Y, a continuación, se lleva el canuto a la boca y lo estrangula entre los labios.

—Deberías probarlo, es la hostia.

A pesar de que es el mes de diciembre y Míchigan no supera los cinco grados, me dirijo hasta la ventana y la abro. Un soplo de aire frío me golpea con fuerza, haciendo que las cortinas se inflen por la ráfaga de viento que entra .

—¡Mierda, Gray! Nos vamos a congelar las pelotas —protesta Lucas.

—Mejor eso que asfixiarnos. —Señalo el porro—. Tío, si sigues así, no llegarás a viejo.

—Ni lo pretendo —comenta Lucas, dando otra larga y profunda calada—. ¿Qué tal ha ido el entrenamiento?

—Mejor de lo esperado —respondo sin más.

Lo digo en serio. Estudiar en la Universidad de Míchigan con una beca de *hockey* es mi sueño hecho realidad.

—Eres un tío con suerte.

Sonrío, porque esa es la frase que siempre utiliza Lucas cuando no sabe qué decir. Compartimos habitación desde el inicio de las clases, y aunque al principio me pareció un tío extraño, con el paso de las semanas me voy dando cuenta de que no estoy equivocado.

Le encantan las hamburguesas, la *pizza*, la Coca-Cola y el batido de chocolate. Creo que solo se alimenta de eso; así que ya os podéis imaginar las consecuencias. A veces me pregunto cómo sus arterias aún no han estallado. Sus kilos de más no parecen ser un problema para él, y

mucho menos para mí.

Lucas no se inmiscuye en mis asuntos y yo no me entrometo en los suyos. Es un acuerdo tácito entre nosotros.

—¡Cierra esa puta ventana, Gray! Se me van a congelar los huevos.

—Apaga tú primero ese porro —le pido.

De mala gana, Lucas lo aplasta contra el cenicero y entonces yo cierro la ventana.

Aunque en el fondo no apruebo su actitud, ni la venta de pastillas y marihuana, con el paso de las semanas me he convencido a mí mismo de que no puedo cambiar a Lucas. Así que acepto lo inevitable.

—¿Qué tal Debbie?

—¿Qué pasa con ella? —pregunto mientras busco mis apuntes de Literatura Clásica.

—Nada. Solo quería saber si habías quedado con ella.

Dejo lo que estoy haciendo y miro a Lucas. Conozco demasiado bien esa mirada para saber lo que me está preguntando.

—Nos hemos enrollado hace un par de días.

—¡Joder, Gray! Eres el puto amo. Está buena de cojones —comenta tocándose la bragueta.

Sonrío para mis adentros, porque es cierto. Debbie es estupenda en muchos aspectos, pero yo no estoy enamorado de ella. Ni ella de mí, solo estamos pasando el rato.

Y debo reconocer que el acuerdo entra dentro de mis expectativas.

—Cuando te aburras…

—Vete a la mierda, Lucas.

—De acuerdo, solo es una observación —dice al tiempo que pasa la cabeza entre sus manos entrelazadas y deja su prominente barriga al aire—. Sé que lo vuestro no es serio.

—No, no lo es —confirmo al tiempo que dejo unos apuntes y elijo otros.

—Eso está bien.

Yo también lo creo, pero no insisto en el tema. Mi vida sexual me pertenece en exclusividad y si Lucas sabe lo de Debbie es porque nos pilló una tarde montándonoslo en mi cama.

Finalmente, encuentro lo que busco y eso me da una sensación de tranquilidad. Me gusta ser organizado y tener un orden fuera y dentro de mi vida. A los diecinueve años no muchos pueden decir eso, pero cuando te encuentras en una situación como la mía: con dos madres, una fallecida y una biológica viva, y dos padres, uno alcohólico y el otro ha sido uno de los mejores jugadores de la NHL, el orden se convierte en algo primordial.

—Tío, estudias demasiado.

—Y tú te pasas el día vagueando, así que el balance es bueno.

Lucas se ríe y yo también lo hago. Aunque no somos amigos íntimos y sé que nunca lo seremos, reconozco que es divertido y conoce a mucha gente en el campus. Y eso no está de más; nunca se sabe de quién vas a necesitar un favor.

Su padre es médico y su madre cirujana. Tiene una hermana mayor que él, de la que nunca habla y yo tampoco pregunto.

Ese es otro de nuestros acuerdos tácitos.

De repente, llaman a la puerta y ambos miramos en su dirección.

—¿Esperas a alguien? —quiere saber Lucas.

Niego con la cabeza. Con Debbie he quedado más tarde en la biblioteca.

—Yo abro —indico dejando los apuntes sobre la mesa.

Por el rabillo del ojo veo a Lucas levantándose de la cama y bajándose la camiseta.

Cuando abro, me quedo sin palabras.

—¿Qué desea?

—No creo que tenga que presentarme, señor Donovan. ¿O acaso sí?

—No, señor. No es necesario.

Es el decano de la facultad y viene acompañado de dos guardas de seguridad que parecen auténticos armarios por su corpulencia y altura.

—Lucas Lampert.

Me echo a un lado para dejarles pasar.

Lucas me mira asustado, y no es para menos. Da la impresión de que está a punto de mearse en los pantalones.

La habitación todavía huele a hierba. En un cenicero descansa aún el canuto que Lucas apagó hace apenas unos minutos. Creo que ahora los dos lamentamos que haya cerrado la ventana.

El decano levanta el cenicero y arruga la nariz. Es evidente que no le gusta lo que ve ni lo que huele. Luego, abre un cajón de la mesa de Lucas y, al no encontrar lo que busca, abre el siguiente. Y allí está…

Descubre las bolsas de plástico llenas de pastillas y quién sabe qué.

—¿Esto le pertenece?

Lucas no responde.

El decano hace una señal a uno de los guardas de seguridad, indicándole que se acerque a la cama.

El hombre hace lo que le pide el decano y para sorpresa de todos, a excepción de Lucas, saca más bolsas de debajo de la cama.

Reprimo un juramento.

El decano mira a Lucas y no hace gesto alguno; solo se limita a señalar la puerta.

—Señor Lampert, ¿nos acompaña, por favor?

Mi compañero de habitación me mira preocupado. Y no es para menos.

Ambos sabemos lo que está pasando. Observo cómo pasa por delante de mí, flanqueado por los dos guardas, y solo puedo suspirar.

De algún modo, sé que Lucas no regresará.

—Señor Donovan…

Dirijo la mirada hacia la puerta, donde está el decano.

El consumo y tráfico de drogas está prohibido en el campus y la venta es un riesgo considerable. Nadie hace caso a estas advertencias, hasta que el decano llama a tu puerta y te saca de tu habitación.

—¿Tenía algún conocimiento de todo esto?

Levanto la vista y siento su mirada acusatoria.

Tengo que mentir, de no hacerlo seré el siguiente que salga custodiado de la habitación.

Lo siento por Lucas, pero le advertí muchas veces de las posibles consecuencias y él siempre las ignoró.

—No, señor.

El decano me observa y sonríe de una manera inequívoca.

—Sí, lo imagino. Parece usted inteligente. Por su propio bien, espero que siga siéndolo.

¿Entendido, señor Donovan?

—Sí, señor.

—Muy bien. —Frunce el ceño—. Será mejor que abra la ventana.

—Por supuesto, señor.

Oigo los murmullos en el pasillo, pero ya no hay rastro de Lucas ni de los guardas de seguridad. Cuando el decano cierra la puerta los murmullos se apagan y la habitación se sume en un silencio sepulcral.

Después de unos segundos, finalmente logro respirar. Levanto el puño y golpeo la mesa.

¿Qué acaba de ocurrir?

Miro a mi alrededor y mis ojos se posan en la cama de Lucas, ahora vacía. La colcha está arrugada, la almohada en el suelo y los cajones de su mesita de noche permanecen abiertos.

No, no ha sido un *déjà vu*, ni una pesadilla.

Es la cruda realidad.

CAPÍTULO 2

MILLER

Me cuelgo la bolsa de los patines en mi hombro y sigo caminando hacia la residencia de estudiantes con la mente aún atrapada en el último entrenamiento y escuchando a través de mis cascos a Katy Perry. Mientras la música llega a mis oídos y mi cerebro procesa la letra pienso en Gray, en que poco han cambiado las cosas entre nosotros estos últimos tres años.

Apenas hablo con él, intercambiamos algunas palabras en el vestuario y en el hielo, pero nada más. Según dicen, está saliendo con Debbie, una estudiante de artes de primer año. No la conozco, pero siento celos por ella, unos celos terribles que hacen que pase muchas noches en vela.

Es atractiva, así que no puedo culparlo.

Soy tremendamente estúpido por confiar en que él volvería a mí. Es mi destino. A pesar de ello, estoy enamorado de él, pero supongo que ya es tarde. Ese beso profundo y húmedo en aquella fiesta sigue persiguiéndome desde entonces, al igual que la noche que disfrutamos paseando y en la pista de hielo hasta horas intempestivas tras la muerte de su madre. Es algo que no puedo quitarme de la cabeza.

Sí, soy increíblemente estúpido por necesitarlo.

Cierro los ojos e intento apartar mis pensamientos a otra parte mientras la música fluye a través de mis oídos, pero, por más que lo intento, no lo consigo.

La vida de Gray ha dado un vuelco de ciento ochenta grados, la mía no. Sigue igual, intacta, sin muchos altibajos. Llamo a mi abuela todas las semanas y hablo con ella de temas triviales. Generalmente, nuestras conversaciones giran en torno a Midway. En realidad, no me importa mucho lo que ocurre por allí, pero cuando hablamos su voz suena feliz y eso es lo más importante. A través de ella sé que Harper está esperando su segundo hijo y que el entrenador Suvari está muy centrado en el nuevo equipo del instituto.

La verdad es que anhelo volver a Midway para abrazarla, patinar en la pista de hielo que me vio crecer e intercambiar algunas impresiones con el entrenador.

Cuento los días para que llegue la Navidad.

Sigo caminando, perdido en mis pensamientos, apenas siento los pies por el frío. Ni siquiera soy consciente de que mi pelo está húmedo por la suave llovizna que está cayendo. Seguramente eso es lo que está haciendo que castañeen mis dientes. Me arrebujo en mi anorak y aprieto el paso.

—Eh, tío. ¿Te has enterado de lo que ha pasado?

Me detengo y dejo caer los cascos sobre mis hombros. Intento hacer memoria, pero no recuerdo el nombre del chico que me está hablando. Sé que compartimos algunas clases, pero nunca hemos cruzado palabra alguna. Sin embargo, reconozco que mi curiosidad puede más que el frío que me está entumeciendo de pies a cabeza.

—No, ¿qué ha ocurrido? —pregunto.

—A Lucas Lampert lo han expulsado del campus.

Lo miro desconcertado, Lucas Lampert comparte habitación con Gray y sé de buena tinta que no es trigo limpio. Es uno de los que distribuyen la maría y las pastillas por la universidad.

Son muchos los que necesitan mantenerse despiertos toda la noche para estudiar para los exámenes. Afortunadamente, yo no soy uno de ellos. Aunque debo admitir que en más de una ocasión me he preguntado si Gray consume.

Me obligo a aparentar tranquilidad.

Cuando veo que se aleja, no puedo evitar preguntarle:

—¿Solo le han expulsado a él?

Él se vuelve y me mira, respondiendo:

—Con una expulsión es más que suficiente, ¿no te parece?

Entonces, él sigue su camino y yo me quedo aquí, atónito y muerto de frío, sin tener muy claro qué hacer.

Saco el móvil de mi bolsillo y busco el nombre de Gray en mis contactos. Si le llamo y me intereso por la situación no parecerá extraño, más bien, curiosidad.

Leo su nombre en la pantalla durante unos interminables segundos y antes de cometer una estupidez, vuelvo a guardar el móvil en el bolsillo. Gray ya tiene a Debbie, no me necesita.

Ajusto la correa de mi bolsa de deporte sobre mi hombro, vuelvo a colocar los cascos en mis orejas y, sin más, reanudo mis pasos hacia la residencia.

Él ya tomó una decisión y yo debo respetarla.

Fin del asunto.

***

Sigo sorprendido, hace un par de horas me llamó el decano por teléfono. Sin saber muy bien lo que quiere, me dirijo a su despacho. Antes de tocar a su puerta, miro a un lado y luego al otro del pasillo en busca de alguna mirada curiosa, pero estoy solo y eso, en cierto modo, me alivia. Confieso que me siento incómodo y sin saber muy bien qué esperar. Es la primera vez que alguien de las altas esferas de la universidad contacta conmigo, tal vez esa sea la razón por la que me cuesta respirar y mi ritmo cardiaco se acelera.

Golpeo suavemente la puerta y escucho una voz al otro lado.

—Adelante.

Entro y carraspeo, mostrando mi evidente nerviosismo al ver al decano detrás de su escritorio.

—Por favor, tome asiento, señor Kinsler.

Hago lo que me indica y respiro profundamente, lamentando que el aire que acabo de inhalar no llene por completo mis pulmones. No puedo evitar pasar mis manos sudorosas sobre mis vaqueros.

—Es usted un buen estudiante.

No es una pregunta, sino una afirmación; así que no comento nada al respecto.

—Y buen jugador de *hockey*. ¿En qué posición juega?

—Volante central.

El decano parece satisfecho con mi respuesta, asintiendo suavemente con la cabeza.

—Estará preguntándose qué hace aquí.

—Sí, señor —respondo, sin ocultar mi curiosidad.

El decano asiente de nuevo con una media sonrisa.

—Tengo entendido que Gray Donovan y usted se conocen.

El comentario en sí me sorprende, aunque no lo doy a entender. Detengo mis manos

sobre mis muslos y lo miro fijamente.

—Así es.

—Entiendo. Según la oficina de la residencia del campus, usted solicitó compartir habitación con él.

Arrugo el ceño, sin estar muy seguro de cómo responder. No puedo negar que al rellenar el formulario escribí algunas observaciones. Reconozco que fue un acto instintivo y muy estúpido, pero para nada premeditado. Cuando, semanas después, supe que no compartiría habitación con Gray me decepcioné, y después acepté lo inevitable.

El decano me observa y yo no sé muy bien qué decir. Tengo la impresión de que el hecho de estar aquí ya es una trampa.

Lo cierto es que no sé por qué busco excusas cuando me muero de ganas de pasar más tiempo con Gray.

—Señor Kinsler, ¿estoy en lo cierto?

Es inútil negarlo, en este momento el decano está leyendo mi solicitud.

—Es cierto, sí.

—Muy bien. —Deja los papeles que tiene entre las manos sobre la mesa y su mirada se dirige a mí. Sus ojos tienen un brillo sutil—. ¿Sigue deseando compartir habitación con él?

Me quedo congelado en el sitio y esta vez no es por el frío. El despacho, además de austero, está caldeado.

—Sí —respondo, sin medir las consecuencias de mi decisión.

—Excelente.

Me obligo a permanecer sentado y no mover un solo músculo. Me pellizco en el muslo para comprobar que estoy despierto, y no en un sueño.

—Doy por hecho que está al tanto de la situación del señor Lampert —afirma el decano, refiriéndose a Lucas, el compañero de habitación de Gray. Negarlo sería absurdo, la noticia de su expulsión se ha extendido rápidamente por todo el campus.

—Estoy al tanto —respondo mientras mi voz resuena en el elegante despacho.

—Me lo suponía; aun así, quería asegurarme —me comenta, volviendo a la solicitud.

—¿Cree que Gray Donovan y Lucas Lampert están compinchados? —Llega la pregunta esperada y la razón por la que estoy aquí. Sentado en esta silla, me veo como chivo expiatorio. Comienzo a sentirme más incómodo y a sudar, a pesar de que en el exterior la temperatura apenas ronde los cinco grados.

—No —niego en voz baja, tratando de mantener la calma.

—¿Cómo dice? —insiste el decano.

Siento como mi cuerpo cede ante la presión y el estrés.

—No —repito, elevando el tono de mi voz.

—Parece seguro.

No puedo seguir aquí, hablando de Gray a sus espaldas. Él puede ser muchas cosas, pero ante todo es un gran deportista y odia las drogas y sus fatales consecuencias. Le conozco lo suficiente para saber que es así.

Recuerdo el día que descubrió en el vestuario a uno de los compañeros de equipo metiéndose en la boca un par de anfetaminas antes del entrenamiento. Lo levantó del banco y lo empotró en la pared. De no ser por otros, le habría estrellado el puño en la cara y dejado la marca en el tabique. Las anfetaminas tampoco corrieron mejor suerte.

—Lo estoy —declaro con firmeza, esperando poner fin al interrogatorio.

El decano frunce el ceño y pega la espalda a su sillón, como si quisiera dilatar el tiempo, como si necesitase escuchar una respuesta diferente. Sin embargo, yo sigo aquí, lidiando con la situación, deseando escapar de esa encerrona e impidiendo que mi rabia se descontrole.

—Puede irse.

Miro hacia la solicitud que hay en la mesa, sin esperanza alguna.

—¡Salga de aquí, señor Kinsler! —ordena el decano con voz cortante.

Me duele, porque sé que la esperanza de pasar más tiempo con Gray se desvanece como por arte de magia. Me levanto y me dirijo a la puerta. Con la mano ya en el pomo y cabreado conmigo mismo, inspiro hondo. Giro la cabeza lentamente y lo miro por encima del hombro.

—Se equivoca con Gray Donovan —declaro con firmeza.

Sin esperar respuesta alguna por su parte, abro la puerta y cierro de un portazo.

—Mierda.

La insatisfacción me embarga por completo. Durante todos estos años he estado enamorado de él, pero Gray siempre se ha mostrado esquivo conmigo, hasta esa noche en la fiesta. Quiero pensar que no fue el alcohol lo que hizo que me besara; más bien que él lo deseaba, al igual que yo.

—Miller, ¿qué haces aquí?

Levanto la mirada y mis ojos se quedan fijos en Gray, que me mira como si estuviera viendo un fantasma. Es la última persona que esperaba encontrar aquí, pero al parecer el destino tiene sus propias tretas. Por su voz parece sorprendido, al igual que yo. Desciende la mirada hacia mi boca y sé que en ese momento está recordando ese beso que al parecer ninguno de los dos logramos olvidar.

Soy incapaz de responder, porque no sé ni qué decirle. Sé que cualquier cosa que diga podría utilizarse en mi contra. «Necesito que confíes en mí», pienso.

—¿Has venido a hablar con el decano?

Carraspeo, es la primera conversación que tenemos en mucho tiempo, después de aquel día en la pista cuando descubrió que Harper era su madre biológica.

—Me ha llamado él. —Intento controlar el temblor de mis manos, razón por la que decido meterlas en mis bolsillos delanteros—. Pero ya me voy.

Nos quedamos mirándonos a los ojos durante un buen rato y mis ojos conectan con los suyos. La angustia se apodera de mí. Quiero abrazarlo, decirle tantas cosas y, por supuesto, besarlo. Sin embargo, sé que es imposible. Él está con Debbie; así que recupero la poca confianza que me queda y carraspeo.

—Tengo que irme, Gray. Buena suerte —digo, tratando de ocultar la tormenta de emociones que bullen dentro de mí.

Paso por su lado y huelo su fragancia, esa que me vuelve loco cada vez que lo tengo cerca. Cuando tomo distancia y me alejo, siento sus ojos clavados en mi espalda. Así que enderezo los hombros y huyo, como el cobarde que soy.

CAPÍTULO 3

GRAY

La miro y me quedo muy quieto. Debbie es una chica hermosa y eso hace que quiera más de ella. La agarro de las nalgas, desvío la mirada hacia su entrepierna, me inclino y comienzo a lamerla con caricias largas y ávidas.

—Gray —jadea mientras levanta la mano hacia mi pelo y tira suavemente de él.

Quiero follármela, hacer desaparecer esa rabia que me corroe por dentro y que soy incapaz de sofocar con nada. Me niego a pensar en Miller, en la última vez que hablé con él, de eso hace apenas dos días. Ignoro mis pensamientos mientras succiono y lamo su clítoris. Cuando la siento llegar al clímax, introduzco la lengua entre sus pliegues para darle lo que tanto ansía.

La escucho gimotear y pronunciar una vez más mi nombre:

—Gray.

Me aparto, rompo con los dedos el envoltorio del condón, me lo ajusto a mi rigidez y, a continuación, apoyo las palmas de las manos sobre el colchón, a cada lado de su cabeza. Poco a poco, sin dejar de mirarla, rozo mi polla con su sexo húmedo y caliente. Siento que se pone tensa, cierra nuevamente los ojos y gime.

—¿Quieres que te folle? —Hago que me rodee la cintura con sus piernas.

—Sí. —La escucho decir mientras que con los talones me incita a que entre en ella.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Me retiro lentamente y acto seguido la penetro con fuerza, profundo. Aprieto la mandíbula al sentir la calidez y la suavidad de su sexo húmedo y acogedor.

Me mantengo quieto unos segundos y después le agarro con fuerza los muslos preparándome para lo que está por venir. Ella jadea ansiando el movimiento, desesperada porque soy yo quien toma la iniciativa.

Me gusta estar con ella, hace que el estar juntos sea sencillo.

Inspiro hondo, salgo y vuelvo a entrar con una fuerza que me satisface de inmediato. Respiro profundo y la escucho contener el aliento. Entonces, la penetro lanzando un rugido áspero e intenso.

Aprieto los dientes. No vacilo ni un segundo y comienzo a menear las caderas a más velocidad.

—¡Dios! —La oigo exclamar, mientras toda la sangre se dirige a mi polla y mi mente se nubla. Cierro los ojos y siento un placer inmenso que hace que quiera correrme.

—Debbie, voy a correrme.

—Sí —grita desesperada.

Y entonces, entierro el rostro en su cuello y lo hago.

Me aparto y me dejo caer a su lado con la respiración agitada, el corazón me bombea a una velocidad de vértigo mientras mi pene late dentro del condón. Me lo quito y lo tiro al suelo, con intención de recogerlo más tarde.

—Me ha gustado.

—A mí también —comento, intentando regular mi respiración.

No necesito decir lo que ambos ya sabemos. Esto es solo sexo, aunque no una relación

abierta. Cierro los ojos reflexionando sobre ello y pienso en Miller, lo que hace que los cierre con más fuerza.

Me gusta Debbie, pero hay algo que me inquieta. Me cabreo conmigo mismo al pensar una vez más en Miller. Siento el impulso de dejar la cama, pero Debbie me retiene con la mano. Me conoce bien, lo suficiente para saber que me apetece una ducha y después de eso, nada. Ella se irá a su habitación y yo me quedaré en la mía.

Punto y seguido.

Estiro el brazo para apagar la luz, pero eso también me lo impide.

—¿Puedes dejar la luz encendida? Por favor.

Me quedo quieto y dejo caer el brazo. Me cubro con el nórdico porque, a pesar de que hay calefacción en la habitación, me estoy quedando helado.

Giro la cabeza y veo que Debbie me observa. La conozco bien y sé lo que está pensando, pero estoy lo bastante exhausto como para dejar esa conversación en el aire. No quiero complicaciones en mi vida. Su cabello, moreno y ondulado, está despeinado por la sesión maratoniana de sexo. Sus ojos, profundos y oscuros como la noche, sostienen mi mirada. Un rubor tiñe sus mejillas, que se hinchan con ligereza debido a su sonrisa.

—Eres fantástico en la cama.

Me siento agradecido, pero sus palabras también me hacen sentir incómodo.

—Gracias. Tú también eres increíble —me obligo a decir.

Ella sonríe abiertamente ante mi comentario. Se acerca a mí, supongo que deseando que la acune entre mis brazos, pero yo no estoy dispuesto a eso. Las caricias después del sexo tienen un significado especial, uno que considero peligroso. Por ello, aparto el nórdico, pongo los pies en el suelo y busco mi bóxer. Cuando lo encuentro me lo pongo.

Ella me observa en silencio, noto su desilusión, pero nuestro trato es muy claro: solo sexo. Ladea la cabeza y mira la cama vacía de Lucas.

—No va a volver, ¿no?

—No, no volverá —respondo, resonando aún las palabras del decano en mi cabeza: «Lucas Lampert no volverá a pisar este campus».

Atrapo mi camiseta, levanto los brazos y me la paso por encima de mi cabeza.

—¿Sabes algo de él?

Me encojo de hombros, restándole importancia. He llamado a Lucas en un par de ocasiones, pero en ambas ha saltado el buzón de voz.

—No, nada.

Debbie no se muestra incómoda con su desnudez y lo cierto es que yo tampoco. Si algo he descubierto estos últimos años es que me gustan las chicas. Eso, de alguna manera, me proporciona cierta paz.

—Tiene que ser complicado.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—A que tu vida cambie de esa manera —chasquea los dedos—, de la noche a la mañana.

Debbie tiene razón, pero prefiero no hacer comentarios al respecto. Lo cierto es que Lucas se lo ha buscado. Jugó con fuego y se quemó.

El silencio llena la habitación, su mirada vuelve hacia mí. Coloca una mano entre la almohada y su mejilla y me observa.

—Eres como la cáscara de una avellana.

No puedo evitar sonreír ante la comparación.

—¿Una avellana?

—Sí. Eres impenetrable.

Debbie no se equivoca, no confío en nadie. No estoy seguro de si es por miedo o por costumbre, pero si algo he aprendido de Dave es que la información es poder. No quiero que nadie sepa que mi padre está internado en un centro de pacientes en fase terminal debido al alcoholismo que ha consumido su hígado.

No deseo que sepan que mi madre biológica me tuvo a los dieciséis años y me dio en adopción.

No permitiré que nadie utilice esa información en mi contra.

Pienso en Miller, él es la excepción y está al tanto de todo. Estoy seguro de que guardará el secreto. Me lo prometió y él nunca rompe sus promesas.

—Es tarde, Debbie. Mañana tengo examen.

Noto que lucha consigo misma, sopesando sus opciones, pero finalmente se levanta y comienza a vestirse.

Me siento como un patán.

—Escucha…

—No me debes explicaciones, Gray. ¿Recuerdas?

Me acerco a ella, rodeándola con mis brazos. Deposito un suave beso en su coronilla, como un gesto de cariño. Que no me rechace ya es un logro, considerando cómo han sido las cosas entre nosotros.

—Lo siento —digo con sinceridad.

—Lo sé —señala ella, abrazándome.

Su voz es suave, llena de compresión y aceptación.

—¿Amigos? —propongo, deseando que podamos continuar con nuestra amistad.

—Sí —responde ella contra mi pecho.

***

El examen me ha salido mejor de lo esperado. Antes de salir de clase, mi móvil vibra en el bolsillo. Lo saco y leo el mensaje.

Lucas: Tío, la he jodido bien. Mis padres casi no me hablan y estoy encerrado en casa, bajo siete llaves. Esto es una puta tortura.

Sé que lo de las siete llaves es una exageración, pero conociendo a Lucas también sé que estar encerrado debe de ser un calvario para él.

Yo: Se les pasará…

Lucas: No tan deprisa como a mí me gustaría. Han colocado una asquerosa cámara en casa, controlan todos mis movimientos. Es como vivir en una puñetera prisión.

Paso por alto el comentario. No creo que una casa de un millón de dólares con piscina sea para nada una cárcel, pero no se lo voy a decir a él. Así que escribo:

Yo: Lo siento, ¿puedo hacer algo por ti?

Lucas: Lo cierto es que sí. Deberías volver a leer: «Matar a un ruiseñor».

Me detengo para leer de nuevo el mensaje. No comprendo lo que Lucas intenta decirme. Añado un montón de interrogaciones.

Yo: ¿? ¿?

Lucas: Tío, tú hazme caso. Ya hablaremos.

Se desconecta y me deja ahí, con la duda, pero decido pasar de Lucas y sus excentricidades. Guardo de nuevo el móvil y me tomo mi tiempo para llegar a la cafetería, disfruto del ambiente universitario y de los saludos y bromas de los compañeros a esa hora de la mañana. Hasta ahora no había notado esa falta de vida y reconozco que me gusta.

Aunque lo cierto es que tengo unas ganas locas de ver a Harper, a Dave y a la pequeña Bella. Pronto seremos familia numerosa, porque Harper está otra vez embarazada. Ser el hermano mayor conlleva sus propias responsabilidades. Sonrío para mis adentros al pensar en ello.

No estoy solo en el mundo, y esa es la sensación más bonita que he experimentado nunca. Estoy deseando ir a la casa del lago a disfrutar del amanecer y de las fantásticas vistas. Atravieso la puerta de la cafetería y me encuentro con algunos compañeros de equipo y con Fred, que está siempre detrás de la barra.

—¿Un café? —me pregunta.

En teoría Fred debería estar cursando el segundo año de Arte y Diseño, pero se está tomando un año sabático para reencontrarse consigo mismo, o eso dice él.

—Una Pepsi mejor.

Asiente con la cabeza y se marcha.

Me uno a la broma de uno de los chicos. Tomo asiento en uno de los taburetes y, en un momento dado, observo a dos chicos sentados frente a mí. Miller es uno de ellos, está al otro lado de la mesa y sonríe abiertamente. Es evidente que está disfrutando de la conversación.

De repente su risa resuena por encima de las voces de los demás clientes. Es una gilipollez que esté celoso, sobre todo cuando fuera de la pista de hielo apenas tenemos contacto.

En ese instante, él levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran.

Joder, no sé lo que está pasando.

A mi mente viene el recuerdo de cuando él fue a mi casa, poco después de la muerte de mi madre adoptiva. Había discutido de forma acalorada con Frank, mi padre. Él, borracho e incapaz de soportar la pérdida de la mujer que amaba, me había echado de casa en medio de gritos y de malas maneras. Cuando salí a la calle y vi a Miller fue como una tabla de salvación. Corrí hacia él y lo abracé como si no hubiera mañana. Aspirar el aroma de su piel fue como un bálsamo para mí.

Esa noche estuvo llena de luces y sombras. Una noche que jamás podré olvidar.

Su acompañante dice algo y él rompe nuestro momento mágico. Bebo un trago largo de Pepsi y decido huir sin terminar mi bebida porque, por alguna razón, no quiero ser testigo del encuentro entre Miller y ese desconocido.

Pago mi consumición y me invento una disculpa absurda y poco creíble, pero ninguno de los presentes dice nada. Me dirijo a mi habitación sumido en mis pensamientos. Es evidente que me ha molestado ver a Miller con ese tío, pero aun no comprendo el porqué.

Dejé a Miller en el pasado, no debería importarme lo que haga, pero no es cierto, por alguna razón que no logro entender, me importa.

Intento que ese pensamiento en sí no me afecte, así que lo relego a una recóndita parte de mi cerebro. Opto por disfrutar de mi soledad durante las próximas horas. Alguien de la administración de la residencia ha contactado conmigo para decirme que mañana tendré un nuevo compañero de habitación.

Cruzo los dedos para que sea alguien de mi agrado, que no sea alborotador y que sepa seguir las reglas.

Por el momento, con eso me basta.

CAPÍTULO 4

MILLER

Estoy nervioso, mucho más de lo que pensé que estaría. Coloco mi maleta sobre la cama que un día perteneció a Lucas y dejo escapar un suspiro. Gray no está aquí, lo que me genera una mezcla de preocupación y alivio.

Es una contradicción, lo sé.

Estoy donde quiero estar y, de alguna manera, soy feliz por tener la oportunidad de dormir y pasar tiempo con él. Abro la maleta con la intención de colocar mi ropa en el armario cuando, de repente, alguien llama a la puerta. No puede ser Gray; nadie llamaría para entrar en su propia habitación. Voy hacia la puerta y la abro.

Perfecto.

Bueno, tal vez no tan perfecto.

—Disculpa, estoy buscando a Gray.

Reconozco quién es, la he visto algunas veces con él. Es la chica de Gray. Mis celos se rebelan y apenas puedo controlarlos. Saco fuerzas de flaqueza, la miro y sonrío.

Es atractiva, no voy a negarlo.

—Hola, soy Miller. El nuevo compañero de habitación de Gray. —Me aparto para dejarla entrar—. Él no está aquí en este momento. Si quieres, puedes esperarlo.

—Soy Debbie.

—Sí, lo sé. Eres la novia de Gray.

Ella me mira fijamente, mostrando sorpresa y cierta cautela.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, lo he supuesto —respondo.

Soy consciente de que toda su atención está centrada en mí. Cierro la puerta y me dirijo a mi cama, dispuesto a seguir con mi tarea. No entiendo por qué tengo las manos sudorosas, por qué me siento tan nervioso. Tengo la impresión de estar haciendo algo mal.

—¿Juegas al *hockey*?

Miro sobre mi hombro y descubro a Debbie con los ojos fijos en mis patines.

—Sí.

—¿En el equipo de Gray?

—Eso es.

Levanta una ceja en un gesto de sorpresa y me lleva un momento asimilar que Gray no le ha hablado de mí. Debbie lleva un pantalón vaquero desgastado con rotos a la altura de la rodilla y un jersey de lana tan grande que deja uno de sus hombros al descubierto. Por supuesto, no faltan las Converse negras con cordones blancos.

Podría ser una chica más del campus, pero no lo es. Es la chica de Gray y eso la hace ser especial.

Siento celos, unos celos terribles que sé que no me dejarán en paz durante mucho tiempo.

—Es curioso, porque nunca le he oído hablar de ti —dice Debbie, rompiendo el tenso silencio.

Me sonrojo, como si de alguna manera me sintiera culpable por invadir el espacio de

Gray.

—Tal vez no sea tan buen jugador como se espera de mí —bromeo, intentando aligerar la atmósfera.

Ella se sienta en la cama de Gray, cruza las piernas y apoya las manos en el colchón mientras me observa. Retomo la tarea de sacar mi ropa de la maleta, consciente de que ella sigue cada uno de mis movimientos. Es incómodo, pero decido no decir nada al respecto.

—No creo que eso sea cierto. Si fuera así, no estarías en el equipo.

Sonrío.

—Eso es cierto —digo.

—¿Qué estudias?

—Segundo año de Arquitectura —respondo.

Los ojos de Debbie se abren de par en par y yo no puedo evitar sonreír ante su reacción.

—No te pega para nada.

—¿No?

Ella niega con la cabeza.

Sus palabras me sorprenden. No es la primera vez que alguien me dice algo así.

—Y, según tú, ¿qué debería estudiar?

Ella inclina la cabeza, pensando un momento antes de responder:

—Derecho. Te veo como un abogado de esos que luchan por la justicia y salvan a los presos del corredor de la muerte.

Su respuesta me hace sonreír.

Ahora me percato de lo que ve Gray en Debbie, es una chica extrovertida y simpática. Mis celos se desatan como nunca lo habían hecho. Sabiendo que él besa sus labios y cada rincón de su cuerpo. Es una chica con suerte.

—No podría con todas las injusticias del mundo; por eso prefiero los edificios —comento.

Ella sonríe ante mi respuesta y me doy cuenta de que es franca, que le gusta decir lo primero que se le pasa por la cabeza. Un pensamiento incómodo cruza mi mente: puedo entender por qué Gray se siente atraído por ella. Siento celos. Unos celos irreconocibles para mí que intento reprimir.

—No entiendo por qué Gray nunca me ha hablado de ti.

Aprieto la mandíbula. Yo sí lo sé, pero me muerdo la lengua. No me voy a involucrar en su relación; así que me encojo de hombros, como si quisiera restarle importancia al comentario.

—Lo cierto es que me suena tu cara —admite, frunciendo un poco el ceño.

—Si has ido a los partidos, me habrás visto.

—Sí, es muy posible —responde con rapidez.

El silencio se cierne en la habitación. Me siento incómodo y mis pensamientos están en todas partes. Debbie parece relajada, claro que no está al tanto de la montaña rusa emocional que está ocurriendo en mi cabeza.

—Es una lástima que no dejen compartir habitación a parejas de diferente sexo —expone de repente, como si estuviera pensando en voz alta.

Levanto las cejas ante su observación, pero no comento nada al respecto.

—Ya me dirás cómo es compartir habitación con Gray —declara Debbie mirando alrededor de la habitación como si buscara algún tipo de cambio por el hecho de que yo esté

aquí.

—Lo haré —respondo con sinceridad.

—Bueno, si necesitas algún consejo, aquí estoy.

Me sorprende su amabilidad y sinceridad. Claro que lo que ella no sabe es que estoy enamorado de su novio.

—Gracias, lo tendré en cuenta —digo con franqueza.

Ella hace un ligero asentimiento.

La incertidumbre me sube por la garganta. Pronto lo veré y ¿qué demonios le voy a decir?

Que hace unos meses en la solicitud pedí compartir habitación con él y que por una treta del destino, mi sueño se ha hecho realidad. Conozco demasiado bien a Gray, de hacerlo me mataría.

Debbie parece a punto de decir algo más, pero en ese momento suena un ruido fuera de la habitación. La puerta se abre de golpe y mi corazón da un vuelco. Sé que es Gray y siento cómo late de forma desbocada en mi pecho.

Él se detiene en medio de la habitación, mirándome con asombro. Lo observo detenidamente. Parece estupefacto, como si no pudiera comprender mi presencia allí.

—Es Miller —indica Debbie, como si necesitase aclarar la situación.

Él no dice nada, pero sé que está incómodo y furioso. El aire se vuelve denso y me dificulta la respiración.

—Es tu nuevo compañero de habitación —aclara ella, como si hiciese falta algún tipo de explicación.

Intento ignorar todas las señales que mi cuerpo me envía, procuro respirar con normalidad, pero fracaso rotundamente. Gray tuerce la boca y pregunta:

—¿Qué haces aquí?

—Debbie ya ha respondido a tu pregunta —contesto.

Veo cómo enarca una ceja, sin apartar sus ojos. Ignora a su novia y su atención está centrada por completo en mí. Esto solo incrementa aún más mi incomodidad.

—¿En serio? —cuestiona, su voz está llena de incredulidad.

Vuelve a arquear una ceja y suelta un bufido.

Mis pulmones van absorbiendo el aire de forma lenta y por fin reúno las fuerzas necesarias para enfrentarme a él.

—No es cosa mía, es decisión de la administración —informo, tratando de mantener la calma.

—Joder.

Tira sobre la mesa los libros que lleva en la mano, luego se gira con brusquedad y sale de la habitación. Debbie me mira confundida y yo le devuelvo una media sonrisa. Sé que va a ir tras él.

Y no me equivoco.

Cuando escucho la puerta cerrarse y me quedo solo, me arden los ojos, pero decido no derramar una sola lágrima. Me siento en la cama, derrotado.

Tengo la impresión de que tengo por delante unas semanas muy duras. Solo espero que el precio por compartir habitación con Gray no sea demasiado alto.

CAPÍTULO 5

GRAY

—¿Se puede saber qué te pasa?

Miro a Fred y suspiro, mi vida acaba de convertirse en un puñetero infierno.

—Tengo nuevo compañero de habitación —contesto.

—Ya veo… —Sonríe al ver mi expresión. Acto seguido se vuelve y elige una botella de la estantería, desenrosca el tapón y me sirve una cantidad generosa de ginebra.

—¿Qué haces? —pregunto, arqueando una ceja.

Fred se encoge de hombros, mostrando su típica actitud despreocupada.

—Dicen que las penas se ahogan con alcohol, ¿no? —responde con una sonrisa.

Asiento, pero yo no estoy acostumbrado a beber. Observo los dos dedos de ginebra a través del vaso del cristal con cierta cautela. La cafetería está cerrada, por lo que estamos solos: Fred, la botella de ginebra y yo.

Aunque no es común, a veces nos refugiamos aquí para compartir nuestras preocupaciones y problemas. Trabaja en la cafetería para subsistir y, al parecer, lo hace. Los padres de Fred están divorciados y tiene dos hermanastros más pequeños que él. No saben que se está tomando un año sabático y tampoco creo que les importe.

—¿Quién es tu nuevo compañero de habitación?

—Miller Kinsler —respondo.

Fred hace memoria y, de pronto, sonríe.

—Le conozco. Parece un buen tipo.

—Yo no he dicho que no lo sea —comento.

Fred me estudia durante un momento, como si tratara de leer mis pensamientos. Agarro el vaso de ginebra y lo llevo a mis labios, dejando que el líquido toque mi lengua. Sin embargo, siento una especie de repulsión ante su sabor fuerte y amargo.

—¡Joder, no sé cómo puedes beber esto!

Fred sonríe y, acto seguido, bebe él también, pero no hace ningún gesto de asco. Deja su vaso sobre la barra y me mira de nuevo.

—¿Qué tiene Miller Kinsler que te irrita tanto?

«Que me gusta cómo besa».

—Nada —respondo, intentando sonar indiferente.

Fred sonríe ante mi respuesta. A continuación, bebe otro trago de ginebra.

—Bebe, te vendrá bien.

Hago lo que me dice y vacío mi vaso. Mi estómago comienza a arder y yo a sentirme fatal. Fred vuelve a verter una generosa cantidad de ginebra en mi vaso.

—No quiero beber más.

—Es esto o volver a tu habitación. ¡Tú decides!

La respuesta es más sencilla de lo que quiero admitir, así que trago y trago hasta casi vaciar la botella de ginebra. Estoy enfadado, fuera de mí. La rabia que bulle en mi interior no se ahoga en alcohol; más bien todo lo contrario. Parece emerger con más fuerza que nunca.

Soy incapaz de hablar de Miller con otras personas. Aún recuerdo la noche que mi padre llegó a casa borracho, discutimos y me echó entre gritos y acusaciones. Cuando salí del único hogar que había conocido hasta entonces, cerré la puerta tras de mí con los ojos vidriosos y atormentados. Entonces levanté la mirada y le vi. Parecía abrumado, sin saber muy bien qué hacer. Él estaba allí, tan cerca y tan accesible. Sin pensarlo, corrí a refugiarme en sus brazos.

Durante un segundo, el sentimiento de culpa me invade porque viene a mi memoria el momento en el que volví a besarlo, a perderme en su sabor. Y, aunque después me sentí culpable por haberme dejado llevar por las emociones, reconozco que me encantó y que no me importaría volver a repetir.

Quiero dejar de quererlo, pero no puedo. Levanto el vaso y bebo. Ahora que lo pienso, con Miller siempre he podido ser yo mismo, sin filtros ni barreras. Y ahora, compartimos habitación. Un pequeño oasis donde no entrará nadie, si nosotros no queremos.

Fred habla y habla. Intento sonreír, pero no puedo, estoy hecho polvo. Sigo asimilando la situación, este vuelco del destino. Tengo sentimientos encontrados. Quiero huir, escapar de todo esto, pero al mismo tiempo estar cerca de él.

Todo esto es una locura que no sé cómo manejar. Rechino los dientes al recordar cómo le vi hace un par de horas. Su pelo estaba despeinado, como si se hubiera pasado muchas veces la mano por él, y el rubor de sus mejillas hizo que deseara abrazarlo y besarlo otra vez. Sé que estaba incómodo, tanto o más que yo. También soy consciente de que está decepcionado conmigo y eso me duele. Me llevo la mano a la cabeza, culpo al alcohol, a la tensión del momento, pero, aun así, bebo otro trago y, luego, otro más.

De pronto me doy cuenta de que el alcohol no me hace olvidarle; más bien todo lo contrario.

Miller está más presente que nunca.

—Lo siento, tengo que volver. Es tarde y no quiero ocasionarte problemas por tener la cafetería abierta a estas horas —digo bruscamente, dejando atrás mis pensamientos y volviendo al presente. Se me traba un poco la lengua, pero consigo terminar la frase—. Gracias por la compañía.

—¿Estás bien? —me pregunta Fred cuando pongo los pies en el suelo y me tambaleo un poco. Oigo el chirrido de la silla estrellarse contra la superficie, lo que me indica que la he arrastrado conmigo. Necesito hacer acopio de todas mis fuerzas para levantarla y ponerla de nuevo en su sitio.

—Deja, ya lo hago yo —señala Fred, saliendo de forma apresurada de detrás de la barra.

—¿Estás seguro? —inquiero con la cabeza dándome vueltas.

Joder, estoy borracho.

—Si te soy sincero, prefiero recoger la silla que tu vómito. ¿Quieres que te acompañe a la habitación?

—No. Estoy bien —miento.

—Puedo llamar a Debbie —me dice Fred, preocupado.

Solo de pensar en ella, la cabeza me da más vueltas. Aprieto la mandíbula cuando recuerdo que logré darle esquinazo y evitar una conversación de lo más incómoda.

Pero lo cierto es que ahora no deseo estar con Debbie; me muero de ganas de estar con Miller.

¡Mierda!

¿Dónde ha estado ese pensamiento encerrado los últimos años? ¿Cómo es posible que no

le haya hecho frente antes? Mis emociones se convierten en una maraña incontrolable. La botella vacía de ginebra y los recuerdos me rodean como una tormenta que amenaza con ahogarme. Mi estado de embriaguez no ayuda a aclarar mis sentimientos ni a encontrar una respuesta que me satisfaga; más bien a todo lo contrario.

—No, no será necesario —comento, dirigiéndome a la puerta dando algún que otro traspié.

—Puedo llamar a alguien del equipo.

Fred me observa, leyendo la confusión en mis ojos. No necesita hacer más preguntas; sabe que estoy lidiando con algo profundo y complejo.

—No —respondo, que uno de los chicos me vea en este estado no es una opción.

—De acuerdo, tú ganas —sentencia Fred, levantando ambas manos y después dejándolas caer—. Gray, a veces es necesario enfrentarse a lo que sientes, aunque sepas de antemano cuál es la respuesta.

Asiento, incapaz de expresar con palabras lo que siento. Es cierto, estoy huyendo de algo que debería haber enfrentado hace tiempo. Las emociones que he mantenido escondidas detrás de un muro de negación están saliendo a la superficie y es aterrador.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta Fred.

Asiento de nuevo con un nudo en la garganta. Al final consigo articular una frase coherente:

—Sí, no te preocupes.

Pero dudo que en mi estado actual pueda agarrar un *stick*.

Salgo al pasillo y el aire fresco que entra por las rendijas de las ventanas y puertas no logra despejarme del todo. Me tambaleo de nuevo hasta estrellarme contra una pared; allí inspiro hondo y observo en el cristal de una ventana mi reflejo con absoluto desprecio, como si yo fuese el ser más deshonesto del planeta.

Y en ese momento… lo soy.

No puedo desear a Miller.

—A mí me gustan las chicas —balbuceo.

Pero eso no es del todo cierto, cuando recuerdo todas las veces que me he sorprendido a mí mismo pensando en Miller me entran ganas de vomitar.

Tengo el estómago revuelto y la cabeza parece que me va a estallar de un momento a otro, pero logro despegarme de la pared, dar un paso y luego otro. Al menos avanzo, aunque sea dando tumbos.

Y eso ya es un logro.

Me siento culpable, porque he caído en misma trampa que cayó mi padre adoptivo: el alcohol.

Me odio por eso.

He esquivado a Miller durante tanto tiempo que casi había logrado echarlo de mis pensamientos, pero eso no es cierto, porque no he borrado ni un solo segundo de nuestro pasado. Es obvio que no puedo estar cerca de Miller sin desear besarlo. Sin querer algo más.

Estoy confundido y sé que esa sensación no tiene remedio. Está ahí, de algún modo siempre ha estado. Aunque yo la haya tenido bajo control durante estos últimos años.

Cuando consigo llegar a mi habitación, he perdido la noción del tiempo. Me encuentro algo mejor; sin embargo, la ginebra sigue dando vueltas en mi estómago y en mi cabeza.

Abro la puerta y está todo a oscuras. Me alegra que sea así, no deseo ver a Miller.

Quizá se ha ido.

¡Ojalá!

No, no es cierto. Quiero que esté aquí.

Y con ese pensamiento, consigo alcanzar el baño y me asomo al retrete. Mi cuerpo elige ese momento para expulsar cada gota de alcohol. No puedo parar, el fuerte ardor del vómito me quema la garganta y la boca, mis manos se aferran al asiento y los músculos de mi estómago se retuercen y se contraen por el esfuerzo. Cierro los ojos y me concentro en recuperar la compostura, mientras el recuerdo de Miller sigue atormentándome, como una sombra que se niega a desaparecer.

Las náuseas vienen una tras otra, sin darme tregua. Desesperado, apoyo la frente en el asiento del váter e intento que llegue algo de aire a mis pulmones.

De repente, la luz del baño se enciende, eso hace que entrecierre los ojos y proteste.

—Joder, Gray —farfulla Miller detrás de mí.

Me sujeta la frente cuando mi estómago se contrae una vez más y me viene otra arcada. Me duele la garganta, el corazón y el ego.

Noto su mano cálida sobre mi sudorosa frente. Quiero protestar, pero siento un alivio inmenso porque sostiene mi cabeza.

Unos minutos más tarde, necesito hacer acopio de todas mis fuerzas para levantarme del suelo. Dirijo mis ojos llorosos hacia Miller y me sorprendo al ver una expresión de cautela en su rostro. Tiene los labios apretados, lo que me indica que está preocupado.

—¿Estás bien?

—No, maldita sea. —Siento su mano en la nuca y eso, de alguna manera, me reconforta —. Ni siquiera sé quién soy ahora mismo.

No siento nada, solo vergüenza y deseos de salir corriendo del baño, pero las piernas no me responden; así que me quedo donde estoy.

Miller me invita a levantar la cabeza y me obliga a mirarle.

—Eres un gran jugador de *hockey*, Gray. Y aún mejor persona.

Bajo la vista, avergonzado por sus palabras, por estar aquí en el suelo, borracho y con la mirada vidriosa. Dejo escapar un sollozo y que él me abrace.

Pasa segundos, incluso minutos, abrazándome. Consolándome.

—Todo está bien —me dice, mientras sus manos acarician mi espalda con círculos suaves.

El pasado y el presente parecen confluir en ese instante. No podemos escapar de esa realidad que yo tanto me empeño en ocultar. Ha llegado el momento de enfrentarme a mis demonios y salir de ese puñetero infierno en el que llevo viviendo los tres últimos años.

—Lo siento mucho —murmuro contra su hombro, dejando que las palabras fluyan junto a mis lágrimas.

—Si quieres que me vaya, solo tienes que decírmelo y me iré.

En vez de encontrar alivio en sus palabras, me enfrento a la desesperación. Miller de alguna manera siempre ha estado ahí, conmigo. Saber que estará lejos de mí hace que caiga a un abismo sin fin. Lo quiero todo y sé que eso es imposible.

Deja de acariciarme la espalda y me sostiene con ambas manos, buscando mi rostro que está empapado de lágrimas.

—No quiero que te vayas —confieso con un hilo de voz—. Aunque reconozco que todo esto me supera.

Me agarra la barbilla con las puntas de los dedos y me levanta la cara hasta que miro sus ojos llenos de determinación.

—Entonces, dime, ¿qué quieres?

Su pregunta es directa y sincera, como si estuviera dispuesto a escuchar cualquier respuesta que le dé.

CAPÍTULO 6

MILLER

Después de ayudarle a ducharse, vestirse y limpiar el desastre del baño, estoy en la cama con un libro entre las manos. Fingir que leo es inútil, mi mente está en otro lugar. Puedo escuchar su respiración rítmica desde mi cama. Cierro el libro de golpe y aprieto los ojos con fuerza mientras me cuestiono por qué estoy aquí. Me dispongo a apagar la luz, pero su voz me detiene en seco:

—Lo siento.

Se oye un crujido proveniente de la cama. Le miro y veo que se ha puesto de lado para observarme.

—No hay nada que sentir, Gray —respondo con sinceridad.

—Claro que sí —admite y resopla.

Apago la luz, me acomodo bajo el nórdico y no digo nada. Su voz rompe el silencio reinante de la habitación:

—Tu presencia aquí me ha pillado desprevenido; eso es todo.

—Lo sé —confieso.

—No te odio.

—Eso también lo sé. —Pienso en sus palabras y está siendo sincero. Le conozco lo suficiente para saber que es así. Yo también estoy de lado, aunque entre las sombras es difícil distinguir su expresión.

—No sé si puedo aceptarlo.

Aunque ya intuyo la respuesta, me aventuro a preguntar:

—¿El qué?

—Haberte besado.

En mi mente afloran imágenes que están grabadas como si fueran fotogramas de una película.

—Ocurrió sin más, Gray —admito, tratando de restarle importancia—. Olvídalo.

—¿Crees que no lo he intentado? —me pregunta con voz pastosa, cargada de frustración —, pero no puedo.

No sé por qué mi miembro se pone duro, deseando algo que nunca obtendré. El recuerdo de esos besos, de su cercanía, me afecta de una manera que nunca habría imaginado.

—¿Te sientes culpable? —le pregunto.

—A veces, sí.

Arrugo el entrecejo, tratando de descifrar lo que intenta decirme.

—Solo fueron dos besos, Gray. —Estoy a punto a decir insignificantes, pero me detengo a tiempo y rectifico—: Nada que no podamos obviar.

—Recuerdo bien esos dos besos. Tu lengua en contacto con la mía, ya sabes…

Su voz espesa tiene el efecto esperado sobre mí, hace que mi miembro se ponga más duro y se revuelva dentro de mis calzoncillos.

Le tengo tan cerca, y a la vez tan lejos, que me duele.

Le oigo aclararse la garganta, quizás tratando de llenar el silencio que ha seguido a mis

palabras.

—¿Tu abuela lo sabe?

—¿El qué? —pregunto.

Gray deja que el silencio se dilate unos segundos más, como si no se atreviera a formular la pregunta que le anda rondando por la cabeza.

—Que eres gay.

—Sí, lo sabe —respondo.

Espero a que me haga más preguntas, pero no las formula, aunque no me sorprende, pues es conocedor de que no me gusta hablar mucho de mi familia. Mi padre nos abandonó cuando yo no era más que un niño y mi madre… bueno, digamos que no era precisamente una figura maternal. Calentaba su cama con un hombre diferente cada noche, los utilizaba como si fueran un cajero automático para comprar su dosis de cocaína. Fue mi abuela la que tuvo que hacerse cargo de mí cuando se dio cuenta de que su hija no iba a encauzar su vida.

Un día mi madre desapareció y no volvimos a saber de ella. No sé si está muerta o, por el contrario, está en la cárcel o haciendo de las suyas por ahí. Si dijera que lo siento, mentiría. Porque en mi vida solo ha habido una madre, y esa ha sido mi abuela.

—Y ¿los compañeros de equipo?

No me sorprende la pregunta; es más, la esperaba.

—Supongo que están al tanto de la situación, pero mi condición sexual no es algo que vaya gritando a los cuatro vientos. No le importa a nadie, solo a mí.

—Lo entiendo.

Dudo que sea así.

—¿Te sientes incómodo?

Vuelvo a escuchar el crujido de la cama.

—Por estar contigo aquí y ahora, un poco —contesta—. Por haberme emborrachado, demasiado culpable. Creo que no volveré a oler la ginebra en mi puñetera vida.

Le sonrío, aunque sé que él en la oscuridad no puede verme. De repente, me pongo serio. Si Gray se ha emborrachado es en gran parte por mi culpa.

—Siento haber fastidiado nuestra amistad, Gray.

Le oigo resoplar y trago saliva.

—No has fastidiado nada; yo he sido un necio por no aceptar lo evidente, por intentar imponer mis propias reglas.

Dejo escapar una lenta respiración y meto el brazo debajo de la almohada. He deseado escuchar esas mismas palabras tres largos años, pero no me siento como esperaba. A pesar de compartir una habitación tan pequeña, hay un abismo entre nosotros. Así que decido cambiar de tema en un intento de aligerar la tensión:

—Cuéntame, ¿cómo le va al entrenador y a Matt?

Se ríe y eso me gusta.

—Podría llevarme toda la noche ponerte al día —responde.

Sonrío en la oscuridad. Escuchar su voz es de lo más reconfortante y sensual.

Harper y Jules siguen con la librería —continúa—, y les va muy bien. Venden a través de su página web; así que están ocupadas en llenar cajas con libros y enviarlas por todo el mundo.

—Eso es estupendo.

—Sí, lo es.

—Harper está embarazada —declara con tono solemne.

—¿En serio? —pregunto sorprendido—. Parece que el entrenador no pierde el tiempo.

La risa de Gray se propaga por toda la habitación y reverbera contra mí, haciendo que me excite más.

—Eso parece, sí.

—Y ¿Bella? —pregunto, haciendo referencia a la hija de Harper y el entrenador.

—Es preciosa. Se pasa el día riendo —responde. Aunque no puedo verlo, estoy seguro de que está sonriendo—. Es un diablillo, tira al suelo todo lo que encuentra a su paso y luego te mira con esos ojillos, exigiendo que lo recojas tú.

Ahogo una carcajada mientras intento controlar mi excitación. Así que me esfuerzo por pensar en otra cosa. No me imagino al entrenador recogiendo juguetes del suelo. En la pista de hielo, Dave Suvari es muy estricto y severo con los jugadores, pero con su princesa está claro que es distinto.

—No me le imagino, en serio…

Gray se ríe.

—Pues es cierto, yo lo he visto con mis propios ojos.

Nuestras risas llenan la habitación.

—Y ¿qué hay de Matt?

—Sigue de instructor en la base. Él y Jules tuvieron una niña, se llama Joan —añade—. A Wesley no le agrada demasiado haber sido relegado a un segundo plano y, bueno, a Elsie no le gusta que la hayan destronado y perdido su diadema de reina de la casa.

Sonrío en la oscuridad, pensando que después de todo Gray es un tipo con suerte.

—Nunca imaginé que Matt dejara las fuerzas especiales.

—Tío, creo que por amor se hacen verdaderas locuras.

Gray tiene razón, después de todo, yo estoy aquí, ¿no? Estamos hablando como nunca lo habíamos hecho. Si esto no es una locura, no sé qué es.

—Y ¿cómo está tu padre? —El silencio vuelve a adueñarse de la habitación—. Si no quieres hablar de él, lo entiendo.

Suspira.

Y yo puedo sentir cómo Gray está luchando contra sus sentimientos encontrados.

—No le queda mucho, el alcohol ha destruido su hígado —confiesa.

—Lo siento. —Y lo digo en serio.

A mi mente viene el recuerdo de estar frente a la casa de Gray. Ese día estaba más preocupado que nunca por él. Acababa de perder a su madre adoptiva y Frank deambulaba de bar en bar como un loco, perdido en su propio mundo de alcohol. Al menos, eso fue lo que me contó mi abuela cuando llegó a casa tras pasar la tarde en el club de costura.

Solo pensaba en Gray y, cuando tuve la oportunidad, corrí hacia su casa. Cuando le vi en su puerta, llorando y abatido, me quedé paralizado y mucho más cuando él me vio y corrió hacia mí, y me besó de una manera que hace que se me erice el pelo de la nuca. Estuve a punto de desmayarme cuando aplastó su boca contra la mía. Yo no pude hacer más que devolverle el beso y tragar su rabia y tristeza para que se sintiera mejor.

Aquella noche fue difícil, pero la mañana que la siguió lo fue aún más. Nunca habríamos imaginado que esa madrugada daría paso a un día tan trágico.

—Él se lo ha buscado —confiesa Gray con pesar—. Y yo soy tan idiota que he caído en la misma trampa que él.

—Emborracharse una vez no significa que seas alcohólico —me obligo a decir.

—Supongo que tienes razón, pero por ahí se empieza.

—Lo importante es que ahora estás bien. Porque lo estás, ¿verdad?

—Sí, Miller estoy bien. Nunca pensé que me alegraría tanto de que estés aquí.

No sé qué decir. Hemos tardado tres largos años en llegar a este punto y admito que me siento bien. Más que bien, soy feliz.

Me pellizco en el brazo para saber que todo esto es real, que no es otra de mis fantasías o un sueño.

—¿Amigos? —me pregunta.

Soy realista, sé que no todo está resuelto. Hay asuntos pendientes que aún necesitamos abordar, conversaciones que debemos tener para entender completamente la perspectiva del otro; pero, ahora, con este nuevo comienzo, tengo la esperanza de que estamos en el camino correcto.

El corazón me va a cien por hora y me ordeno a mí mismo responder:

—Amigos —contesto con un nudo en la garganta.

CAPÍTULO 7

GRAY

Huele a Navidad y le faltan horas al día para llevar mis estudios al ritmo que me marcan los profesores. Los entrenamientos para el próximo partido de *hockey* son duros e intensos. El hielo se convierte en nuestro campo de batalla, donde cada movimiento y cada tiro cuentan. Mis músculos se resienten, pero sé que no hay lugar para el cansancio ni para la desesperanza.

El disco cae en la pista, levanto la vista y veo a Miller que patina hacia él a gran velocidad. Su rostro es el reflejo del esfuerzo que está llevando a cabo. Me acerco patinando hacia él para llegar antes y me sonríe con pericia. Mi corazón late más deprisa, pero sé que no es por el *hockey*.

Maldigo en silencio cuando me arrebata el disco y giro la cabeza para observar al resto de mis compañeros. Jason contraataca y el portero comienza a ponerse nervioso. Corro hacia allí con la intención de que el disco no traspase la portería, pero antes de que pueda llegar, Miller finta hacia la izquierda, luego a la derecha, lanza y marca gol.

Un cañonazo en toda regla.

Nadie lo ha visto venir.

Con la respiración entrecortada, observo la escena sin dar crédito a lo que veo. Miller tiene una muñeca de acero y lo demuestra con creces con ese tiro a portería.

Jason se acerca a mí y me golpea en las almohadillas del pecho.

—Pero a ti ¿qué cojones te pasa? —me grita—. ¡Quieres centrarte en el puñetero partido, Gray!

Parpadeo confundido. El corazón me late con una fuerza descontrolada. Tengo la mirada fija en la boca de Miller, que sonríe de una forma que me deja sin aliento. Me doy cuenta de que me quedé inmóvil durante ese gol y de que estaba observando a Miller en lugar de defender nuestra portería. El cabreo de Jason tiene un efecto agridulce en mí: por un lado, me saca de mi ensimismamiento, pero, por otro, me hace sentir avergonzado y frustrado por haber dejado a mis compañeros en una situación tan vulnerable.

—Lo siento —murmuro, con la imagen del tiro impecable de Miller aún en mi mente.

Jason se da la vuelta y regresa al juego.

Escucho sonar el silbato mientras intento que mi corazón vuelva a latir con normalidad.

Wolf, otro de los delanteros, se acerca a Miller y lo empuja.

—Puto maricón. No juegas solo tú, ¿lo entiendes?

El silbato vuelve a sonar con una fuerza ensordecedora. El entrenador se acerca, presuroso.

—En la pista no están permitidos los insultos —dice a todo lo que le da la voz.

La sonrisa de desprecio de Wolf es inmensa y yo no sé qué hacer. Todos los jugadores están atentos a Miller y su contrincante.

—¡Wolf, al banquillo! —grita el entrenador—. Diez minutos fuera de la pista por conducta antideportiva.

Quiero moverme, pero no puedo. Mis patines parecen anclados al suelo.

A pesar de las acusaciones y las réplicas, Wolf se dirige finalmente hacia el área de castigo.

Miller no dice nada, pero también abandona la pista, apesadumbrado. Lo veo tomar asiento y después agacharse para desatar sus patines.

El aire está lleno de tensión mientras continúo en la pista lidiando con una mezcla de emociones que me abruman. Observo a Miller alejarse, su figura va disminuyendo a medida que se dirige hacia los vestuarios. Las palabras de Wolf retumban en mi mente acompañadas por las miradas curiosas y los murmullos de mis compañeros de equipo. Mi corazón late rápidamente, no solo por el esfuerzo físico del juego, sino también por la confusión y el desasosiego que siento.

Deseo abrazarlo, consolarlo, pero, en lugar de eso, me quedo aquí. Sin saber qué hacer.

El entrenador lo llama, pero él ignora la orden.

—¡Miller, mueve tu culo hasta aquí!

Las risas del resto de los jugadores silencian las palabras del entrenador.

—El chico especial se marcha —grita Wolf.

Yo me tomo unos instantes para recuperar el aliento, pero no hago nada para evitar lo ya inevitable.

¡Maldita sea! —Le escucho decir al entrenador—. ¡Callaos y continuad!

Oigo el silbato de nuevo y el partido se reanuda. Percibo que alguien pronuncia mi nombre, pero yo sigo aquí, inmóvil. Cuando lo veo marchar hacia los vestuarios, se me cae el corazón a los pies.

Soy el peor amigo que alguien pueda desear.

***

Entro en la biblioteca con la intención de encontrar un lugar tranquilo para estudiar, pero en el fondo de mi mente sé que también estoy aquí porque necesito hablar con Miller. Después del entrenamiento y una ducha rápida fui a nuestra habitación, buscando una oportunidad para verlo y disculparme; sin embargo, encontré la habitación vacía y una sensación de decepción me invadi ó.

La culpa me atormenta. No entiendo por qué no actué cuando Wolf lo insultó en el hielo. ¿Por qué no le defendí? Aprieto la mandíbula con frustración y cierro los ojos, tratando de calmarme y reunir la paciencia necesaria para enfrentar la situación.

Aunque quiero negarlo, sé que Miller no me es indiferente. Hay algo en él que me atrae, algo que me hace querer estar cerca, a pesar de todos mis conflictos internos.

Mi mirada se pasea por la biblioteca y lo localizo al fondo. Tengo sentimientos encontrados: alivio por verle y, al mismo tiempo, nerviosismo por lo que pueda pasar. Mientras camino hacia él, una mano suave se posa en mi brazo y me detiene.

Es Debbie.

Me sonríe, pero sé que su sonrisa no es sincera. Hace más de una semana que no hablamos, desde el día que Miller llegó y se instaló en mi habitación.

—Eres un tipo ocupado, Gray —susurra para que los otros estudiantes no puedan oírla.

Detecto desesperación y acusación en su voz. No puedo culparla por ello. He sido un capullo, dejando la mayoría de sus mensajes sin respuesta.

Dirijo la mirada hacia Miller, buscando algún tipo de señal, pero eso no ocurre. Sus ojos están llenos de desconfianza y puedo sentir su enfado desde la distancia.

No le culpo.

—Hace tiempo que no hablamos —musita Debbie.

Mis ojos vuelven a ella, que sin duda espera una respuesta o una disculpa por mi parte. Contengo la respiración, asiento en silencio y acepto que tiene razón. He estado tan agobiado en enterrar el pasado y atrapado en mis propios problemas que he obviado al resto.

—Lo siento, he estado ocupado —murmuro, tratando de disculparme.

—¿Y eso en qué lugar nos deja? —me pregunta.

Por su mirada, sé que teme mi respuesta.

No me gusta lo que veo.

Preocupación.

Ansiedad.

Me gustaría volatizarme en este momento y desaparecer, pero sé que eso no va a pasar, ninguna ley física lo contempla. Cierro los ojos, brevemente. La culpabilidad vuelve a aguijonearme, esta vez con más fuerza. Abro los ojos y veo que Miller me está mirando, sin expresión alguna en el rostro.

—Gray…

Debbie me regala una sonrisa desganada y me siento el tipo más cabrón del planeta.

—Tenemos que hablar —digo de repente.

Ella abre mucho los ojos.

—¿En tu habitación?

Dudo unos segundos.

—Sí, por qué no.

Antes de que me dé cuenta, Debbie está recogiendo sus cosas y poniéndose en pie.

—Cuando quieras.

Es un acto repentino; lo sé, pero poco puedo hacer al respecto. Debbie se merece algo más que un par de emoticonos en respuesta a sus mensajes.

Después de todo, es mi amiga y no he estado a la altura.

En ningún momento me vuelvo hacia atrás mientras salimos de la biblioteca, porque no creo que pueda enfrentarme otra vez a la mirada de Miller, llena de reproche. Sigo a Debbie, observando el contoneo sensual de sus caderas mientras camina.

CAPÍTULO 8

MILLER

Siento un nudo en la garganta mientras veo a Gray y a Debbie alejarse. Mi corazón late con fuerza, como si estuviera luchando por escapar. Espero que él gire la cabeza para mirarme, pero no lo hace y no puedo evitar hacer un gesto de fastidio con la boca. Llevamos una semana compartiendo la misma habitación, respirando el mismo aire. Y me siento como un idiota por haber esperado algo más, por haber creído que tal vez podría haber surgido algo más entre nosotros.

Espero unos segundos antes de que abandone la biblioteca y la última gota de esperanza se va cuando no me mira.

Y eso duele.

La rabia se mezcla con la tristeza en mi interior. Quiero golpear algo, liberar toda esa frustración que siento en este momento, pero en lugar de eso, cierro el libro de golpe y recojo mis cosas de manera apresurada. No voy a quedarme aquí esperando a que Gray me mire o me hable. No voy a esperar a que él decida si quiere tenerme en su vida o no.

Arrastro la silla y algunos de los estudiantes me miran con cara de pocos amigos por el escándalo que acabo de provocar. Me importa una mierda lo que piensen. Salgo de la biblioteca con paso apresurado y me dirijo a la habitación, sin medir las consecuencias de mis actos.

Estoy cabreado por el altercado en la pista del hielo, con Gray, con Debbie y con el mundo en general. Necesito hacer desaparecer toda esta ira que bulle en mi interior.

Solo quiero hablar con él, decirle lo que pienso, luego largarme y no verlo nunca más. Subo las escaleras, deprisa. Los pasillos desprenden un tufillo a sudor y la atmósfera está cargada de tabaco y marihuana. No puede haber una residencia de estudiantes sin eso. Llego a la segunda planta y recorro el tenue y angosto pasillo con determinación y paso decidido, con la mirada fija en la puerta de nuestra habitación. Está cerrada, así que saco la llave del bolsillo, listo para abrir y sorprenderle; pero, antes de que pueda hacerlo, escucho a través de la puerta la música de Harry Styles y, a continuación, un estallido de risas.

—Mierda —murmuro con el corazón en un puño y lágrimas en los ojos.

Durante unos interminables segundos me quedo aquí sin hacer nada, a excepción de escuchar su superflua conversación, que va muriendo poco a poco a medida que la canción llega a su fin.

Apoyo la cabeza en la puerta y separo los labios para inspirar más aire.

Tengo que salir de aquí o me volveré loco.

Tengo la sensación de vivir en un puto infierno.

Me los imagino en la cama. Gray con la cabeza apoyada en la almohada, con el pelo revuelto, los ojos brillantes y expectantes por lo que está a punto de acontecer. Debbie metiendo la mano en su pantalón, agarrando su polla que acaricia con sus dedos, mientras él echa la cabeza hacia atrás jadeando su nombre.

—¡Joder! —Cierro los ojos, trago saliva y aprieto la mandíbula con fuerza hasta que mis muelas se resienten.

Hago una mueca de fastidio y, a continuación, dejo caer la mochila al suelo, retrocedo y me largo de aquí como alma que lleva el diablo.

Si algo he descubierto estos meses es que me encanta correr por el Burns Park. Es un espacio recreativo con vastas áreas verdes que se extiende en el lado este de Ann Arbor, cerca del campus. Escapo de todo con los cascos puestos, escuchando mi *playlist* en Spotify y aislándome del mundo. Me alejo todo lo que puedo, acelerando el ritmo con cada kilómetro, para evitar que mis pensamientos me alcancen.

Estoy confundido y enfadado conmigo mismo por no haberle tapado la boca al insufrible Wolf durante el entrenamiento, por haber permitido que ocurriera lo que pasó. Hay otros corredores a mi alrededor, esquivo a uno para no chocar y sigo corriendo, a pesar del frío intenso que congela mi piel y entumece mis manos.

Soy gay, joder. Y lo sé desde que tenía doce años, desde el instante en que me fijé en Owen, un compañero de clase. Descubrirlo fue aterrador porque no estaba preparado para afrontar esos nuevos sentimientos, ni conocer un mundo tan cruel donde todos aplauden que uno salga del armario, siempre y cuando ese armario no esté en su casa o familia.

Cuando finalmente reuní el valor y se lo conté a mi abuela, ella sonrío y me dijo:

—Ya era hora, llevo esperando oírte decir eso mucho tiempo.

Y luego, me abrazó.

Yo tenía catorce años por entonces. Y había soportado demasiadas bromas hirientes, amenazas y juicios como para hacerme entender que, si no gritaba mi condición sexual, todo aquello empeoraría.

Necesitaba enfrentarme a la realidad con la verdad por delante.

Nada de mentiras.

Y después aquel beso en aquella estúpida fiesta.

Sonrío al recordar a Gray, balbuceante y boquiabierto, mirándome con asombro. Supuestamente, huía de una chica. Tropezó conmigo cuando abría la puerta del baño y sin decir una sola palabra, se acercó y me besó.

Sé que estaba borracho, pero aquel beso húmedo y profundo no fue a causa de los efectos del alcohol, más bien por su instinto. Me excito solo de pensarlo. Doy largas zancadas y muevo los brazos con fuerza. La sudadera se ciñe a mi cuerpo y se impregna de mi sudor, pero no me importa, más bien me reconforta. Todavía percibo mi rabia y pongo a prueba mis piernas y corazón. Aumento el ritmo y, a pesar del viento helado, el sudor empapa mi frente y mi piel.

Y unas semanas más tarde, otro ávido beso. Ese teñido de dolor y desesperación, pero igual de intenso y real.

Pienso que Gray solo está siendo educado, nada más. Y yo debo aceptarlo. He necesitado siete kilómetros para darme cuenta de ello. Me fijo en los árboles, en el césped bien cuidado que parece una alfombra de color verde intenso que se desparrama ante mis ojos. Paso cerca de un parque infantil solitario, sin risas ni niños. A continuación, con la respiración agitada y la falta de aire en mis pulmones, observo las fachadas de las increíbles casas que encuentro en mi camino. Es un vecindario residencial tranquilo y pintoresco, con calles arboladas y una mezcla de varios tipos de casas, desde históricas hasta las más modernas.

Cuando cruzo la calle y ralentizo el paso, me doy cuenta de que Gray me importa más de lo que hubiera imaginado nunca.

El cansancio me pasa factura y debo enfrentarme a lo inevitable: estoy perdidamente enamorado de Gray. Y, sin poder evitarlo, lloro e intento tragar todo ese dolor que me asfixia.

En este momento me odio a mí mismo y a mi patética vida.

Recorro el pasillo de la segunda planta con determinación y me percato de que no hay rastro de mi mochila. Continúo andando como un autómata, mirando de un lado para otro, pero sin éxito alguno. Me paso la mano por el pelo en un gesto de ansiedad y maldigo en voz alta.

Con ayuda de la llave, abro la puerta. No hay nadie, la habitación está vacía y la mochila descansa sobre mi cama. Cierro los ojos con fuerza y exhalo de manera audible. Todo indica que Gray la ha dejado ahí.

Me dirijo a la ducha, agotado y con los músculos doloridos. Me desnudo, abro el grifo y dejo que el agua caliente calme mi cuerpo. Apoyo las manos en las baldosas y dejo caer la cabeza entre los hombros, permitiendo que el agua me relaje. En ese instante, me doy cuenta de que es inevitable. Ha llegado el momento de tomar decisiones, y sé que no puedo seguir postergándolo.

CAPÍTULO 9

GRAY

Entro en mi habitación, tras acompañar a Debbie a la suya. Hemos hablado, escuchado música, pero por algún motivo, que aún no tengo muy claro, no hemos follado.

Escucho el sonido del agua corriendo en la ducha y me castigo por mi falta de consideración hacia Miller. No dejo de preguntarme por qué no hice nada, por qué me he comportado como un compañero de mierda. Me tumbo en la cama a esperar no sé qué, la verdad. Pongo las manos detrás de la cabeza y dirijo la vista al techo, y con la mirada perdida es como me encuentra Miller.

Giro la cabeza y lo examino. Solo lleva una toalla alrededor de la cintura, su piel está húmeda y sus ojos me observan directamente, sin parpadear. Esperando algún tipo de reacción por mi parte, pero me quedo inmóvil, incapaz de saber qué decir o hacer.

Hay algo en él que me atrae hasta un punto insospechado. Le he besado en dos ocasiones, una de ellas estando borracho, pero muy consciente de lo que hacía, y la otra en un arrebato de furia. En ambas ocasiones fui yo quien dio el primer paso, y eso me ha estado atormentando desde entonces. Sin embargo, verlo ahí, de pie, con el torso desnudo, despierta en mí una sensación que nunca antes había experimentado: deseo.

Es una sensación confusa y abrumadora. Me asusta y me excita al mismo tiempo. No sé cómo lidiar con ello. Estoy atrapado entre este pálpito y la incertidumbre.

El momento mágico se rompe cuando Miller señala la mochila que yo he dejado en su cama.

—Gracias.

—No hay de qué —respondo, restándole importancia—. La encontré en el pasillo.

Miller me mira, pero no dice nada. Se limita a asentir con la cabeza.

—¿A dónde has ido? —Nada más formular la pregunta, me arrepiento. Lo que haga él con su tiempo es solo cosa suya, no mía—. No es necesario que respondas —recalco de inmediato.

—He ido a correr —contesta.

Ahora soy yo el que asiente con la cabeza, intentando comprender cómo alguien puede correr en pleno invierno con este frío.

—Quiero disculparme por lo de esta tarde —comento con pesar.

Le veo arquear las cejas.

—¿Por qué?

Agacho la cabeza, afligido. Me arrepiento de no haberlo defendido durante el entrenamiento.

—Gray…

Levanto la mirada, inquieto. Hace mucho tiempo que él y yo no tenemos una conversación tan profunda. La última vez fue cuando murió mi madre adoptiva.

—Lamento no haberte apoyado esta tarde, en el entrenamiento.

Me da la espalda y se dirige a su cama.

—No tiene importancia, ya pasó.

Aunque sí la tiene, por eso intento retomar el tema, pero él lo impide preguntándome:

—¿Qué tal con Debbie?

Y, de repente, todas las piezas del puzle encajan. Miller vino a la habitación y al escucharnos a Debbie y a mí abandonó la mochila a su suerte y se fue a correr, a riesgo de congelarse.

La culpa comienza a hacer mella en mí. Dejo escapar una lenta respiración y, a continuación, me siento al borde de la cama y apoyo los antebrazos en las rodillas.

—No nos hemos enrollado. —Miller se gira y me mira intrigado, como si no supiera qué hacer o decir en este momento—. Solo hemos hablado y escuchado música —revelo.

Su expresión se vuelve pensativa.

—No me debes ninguna explicación, Gray.

Veo el dolor reflejado en sus ojos y la culpa me aguijonea otra vez.

—Debbie y yo solo somos follamigos, nada más.

La tensión sigue ahí, puedo sentirla.

—Me da igual lo que seáis —me dice.

Sé que él miente y la tensión aumenta entre nosotros. Somos dos intrusos en nuestra propia habitación.

Dejo caer la cabeza y suspiro.

—Quizás deberíamos poner algo en la puerta para avisar al otro cuando estemos con otras personas en la habitación.

Hace un sonido gutural de irritación.

—Solo es una idea —me apresuro a decir.

—¿Una especie de contraseña o algo así?

—Sí —respondo.

Algo se me revuelve en el estómago ante la idea de que Miller esté con alguien; sin embargo, no tiene sentido alguno. Él tiene todo el derecho de amar a quien quiera.

—No es necesario, basta con que me envíes un mensaje. —Señala el móvil que está en la cama.

Tiene razón, para algo está la tecnología.

—De acuerdo —acepto.

Sin embargo, la idea de que Miller se enrolle con alguien me irrita hasta un punto insospechado.

«¿Celos?», no, no puede ser.

No, no estoy celoso. No me importa lo que haga Miller, él es libre de hacer lo que quiera con quien quiera. Me levanto con brusquedad de la cama y él me mira, sorprendido.

No me gusta el camino que están tomando mis pensamientos e intento hacerlos desaparecer; pero, antes de conseguirlo, le pregunto:

—¿Sales con alguien?

Me arrepiento al instante. ¿De dónde narices ha salido esa pregunta? Miller, que en este momento está sacando ropa del armario, hace una mueca con la boca.

—No —me responde.

—Y ¿el chico con el que te vi en la cafetería?

Él parece hacer memoria.

—Es un compañero de clase.

—¿Nada más?

Miller deja caer los brazos y me observa.

—Sí —confirma con seguridad.

—A mí no me lo pareció.

—¿Se puede saber lo que te pasa? —me pregunta—. Te estás comportando como un imbécil.

Respiro hondo y le miro. Puedo ver el reflejo de su enfado en sus ojos. De repente, sin pretenderlo, doy rienda suelta a mi frustración. Una frustración que tenía enterrada bajo muchas capas de excusas.

—¿Yo me estoy portando como un imbécil? —grito—. Disculpa, tú eres el que se enfada si estoy con una chica y después sale de aquí para correr con el riesgo de congelarte. Aún no tengo muy claro quién es aquí el imbécil.

—Joder, tío. Eres patético.

Me sorprendo ante su respuesta.

—¿Patético yo? —inquiero—. Explícate.

—¡Vete a la mierda, Gray! —responde malhumorado—. He sido respetuoso contigo y con Debbie, por eso me he largado y os he dejado espacio.

Miller tiene razón, ha sido considerado, pero algo comienza a bullir en mi interior que no puedo detener o quizás no quiera hacerlo. No sé lo que me ocurre y eso me cabrea aún más.

Me fijo en sus labios entreabiertos, no puedo dejar de mirarlos.

Tengo que salir de aquí antes de cometer otro error que luego me pese, pero mis pies parecen estar anclados en el suelo.

Nadie me ha besado como Miller, nadie me ha hecho sentir lo que me hace sentir él.

—Gray, ¿qué ocurre? —Miller me mira preocupado—. ¿Qué…?

No termina la pregunta. Tomo una bocanada profunda de aire y derribo todas las barreras que me he impuesto con respecto a él.

Mis pies parecen tener vida propia, me acerco, tiro de él hacia mi cuerpo y me lanzo contra su boca.

CAPÍTULO 10

MILLER

¡Joder! ¡Gray me está besando!

Esto debe de ser un puto sueño.

Contengo la respiración, resistiéndome a mi instinto natural de sentirlo, de besarlo. La toalla se cae al suelo y me quedo completamente desnudo, a merced de él. Pasa la lengua por mis labios y luego profundiza en el beso con una necesidad devastadora.

La punzada de excitación no se hace esperar, atraviesa mi columna vertebral y llega hasta mis testículos, haciendo que se tensen. Cuando su boca vuelve a tocar la mía, emito un graznido grave y lujurioso. Me agarro a su camiseta, cierro los ojos y la enrosco con mis dedos para sentirlo más cerca de mí, ansiando que ese beso no termine. Él, sin previo aviso, agarra mi polla y la estruja. Yo siento que me pongo más duro, como si eso fuera posible, y cierro los ojos ante la devastadora sensación. Sus dedos recorren mi miembro, dejo de pensar y solo siento su suave caricia. Si sigue así, voy a correrme.

Abro los ojos, muy a mi pesar, y me obligo a tomar distancia. Soy muy consciente de que esto es solo un calentón y no estoy muy seguro de que Gray quiera o necesite esto. De estar en lo cierto, las consecuencias podrían ser devastadoras.

—No podemos pasar otra vez por esto, Gray —digo temblando de pies a cabeza y duro como una piedra.

Jamás he estado tan excitado.

Gray me mira con recelo.

—Pensé que me deseabas.

—Joder, claro que te deseo. —Me paso la mano por el pelo, mientras mi polla parece tener vida propia—. Pero cada vez que hemos pasado la frontera que nos has impuesto, ha habido problemas. Es una mala idea, Gray.

—¿Cómo de mala? —cuestiona.

No encuentro respuesta alguna para esa pregunta. Él parece saberlo porque sonríe. Se acerca y me empuja contra la pared. Me quedo inmovilizado, sin saber bien qué hacer. Presiona su polla contra mi muslo y me percato de que la tiene tan dura como la mía.

—Malísima —respondo a duras penas.

No sé qué hacer, yo soy el que suele llevar las riendas, el que toma las decisiones. Y ahora estoy aquí, a su merced.

—Explícate.

Intento procesar que él hace unas horas estaba con una chica en la habitación.

—¿Quieres tocarme?

—Sí —respondo sin pensar.

—¿Quieres besarme?

Creo que voy a despertarme de un momento a otro de un sueño, pero cuando vuelve a acariciar mi miembro excitado me doy cuenta de que no es una fantasía, que estoy viviendo el ahora, el presente.

Enrosca una mano alrededor de mi nuca y nuestras bocas se encuentran de nuevo. Lo que iba a decir, muere en ese momento. Se volatiliza como por arte de magia. El beso no es tan apasionado como el anterior. Es más lento, pero igual de profundo y excitante.

Gime contra mi boca y yo, desesperado por su sabor, introduzco la lengua y succiono la suya. De repente, como si me cayera un jarro de agua fría, retrocedo en un intento de escapar de esa necesidad imperiosa. Jadeo, procurando recuperar el aliento.

Estoy confundido, pero también abrumado.

—Gray, tenemos que pensar en esto, en las consecuencias, antes de continuar —consigo decir.

Él me mira, pero no dice nada y el corazón se me encoge.

Sé que lo que siente Gray es curiosidad. Él siempre ha gritado a los cuatro vientos que es heterosexual. Cuando esta situación se enfríe, se arrepentirá y volveremos a la casilla de inicio.

Después, llegarán los reproches y las lamentaciones.

Y perderé definitivamente su amistad.

Como de costumbre, yo seré quien salga perdiendo. Me separo de él y comienzo a vestirme lo más rápido que puedo. Cojo la camisa, me la pongo, busco mis calzoncillos y pantalones y repito la misma operación. Cuando me estoy poniendo las deportivas, levanto la mirada.

No me puedo ni imaginar lo que está pensando ahora mismo, pero lo mejor es que ponga distancia antes de arruinar nuestra endeble amistad.

—¿Te vas?

—Lo mejor es un tiempo muerto, ¿de acuerdo?

Me ato los cordones y después busco el móvil. Suspiro, cierro los ojos y me preparo para hacer algo que jamás creía que haría, alejarme de él.

—¿Por qué? —quiere saber.

—Esto solo ha sido un arrebato, un impulso. —Y lo digo en serio—. A ti te gustan las chicas, ¿recuerdas?

—Sí —pronuncia de forma débil y sin demasiada confianza—, pero puede que también me gusten los chicos —indica despacio, como si necesitase él mismo convencerse de ello.

Joder, la tormenta perfecta acaba de desatarse. Lo deseo con toda mi alma, pero esta noche no quiero aprovecharme de la situación. Él se siente culpable por no haber intervenido en el entrenamiento cuando el gilipollas de Wolf me insultó.

Y la culpabilidad tiene muchas maneras de manifestarse.

Suspiro.

Estoy haciendo lo correcto.

—¿Me estás diciendo que eres bisexual? —pregunto con brusquedad.

—No lo sé, es posible —me responde.

Intento ignorar mi propia excitación, el recuerdo de un beso que no podré olvidar jamás. Trago saliva, intentando deshacer el nudo que tengo en la garganta.

Lo miro y contengo la respiración. Veo un rostro tranquilo, despreocupado y busco cualquier signo de que lo que acaba de suceder lo esté perturbando. No encuentro ninguno y no sé si sentirme decepcionado o eufórico por ello.

—Gray…

Él no me deja terminar la frase.

—Me ha gustado besarte.

Dejo escapar un gruñido de frustración.

—Te sientes culpable por lo ocurrido esta tarde, eso es lo que te ocurre.

Le veo fruncir el ceño.

—¿Eso es lo que crees?

—Sí, lo creo —afirmo.

Me mira confundido.

—Lo que acaba de suceder aquí, ahora —explica—. No tiene nada que ver con el entrenamiento.

No me voy a quedar a escuchar su teoría ni yo a explicar mi comportamiento. Necesito alejarme y reflexionar. Sin mediar palabra, me acerco a la puerta.

—Hace frío.

—Lo sé.

Pero no me importa, porque lo que necesito en este momento es un buen soplo de aire fresco. No digo más. Abro la puerta y me obligo a salir de la habitación.

«No puedo pasar otra vez por esto», me digo a mí mismo mientras tomo distancia a ninguna parte.

***

Tras recorrer el campus y desafiar al frío implacable, finalmente regreso a la residencia. Mi esperanza es que Gray ya esté durmiendo, para que pueda entrar, calentarme y descansar. No estoy preparado para enfrentarme a esta situación en este momento. No, simplemente no puedo.

Es increíble que piense esto, pero necesito más tiempo para asimilar lo que ha sucedido. Esta vez no ha sido diferente a las anteriores; ha habido contacto íntimo y eso hace que la excitación siga ahí, que no se apague.

Al entrar en la residencia noto que el ambiente está cálido, lo cual me reconforta. Subo las escaleras, acompañado por un silencio intenso. Las rendijas de algunas puertas dejan escapar destellos de luz. Supongo que algunos están pasando la noche estudiando, lo cual es precisamente lo que debería estar haciendo yo.

De seguir a este ritmo es probable que suspenda algunos exámenes, algo que no me puedo permitir. Pienso en mi abuela y se me encoge el corazón. Ella espera algo más de mí que mi autocompasión.

Con las manos en los bolsillos, y sumido en mis pensamientos, camino por el pasillo en dirección a nuestra habitación. Mi cabeza parece una tela de araña de respuestas inconexas. Mi mente está llena de dudas, y aunque siento una atracción intensa, sé que no puedo tomar decisiones impulsivas en este momento. Sigo avanzando mientras mis botas resuenan por el largo y estrecho pasillo.

La culpa me abruma al sentir tal deseo y que hayamos llegado a este punto. No tengo una bola de cristal, pero sé lo que va a suceder a continuación. Gray se distanciará y nuestra convivencia se convertirá en un campo de minas hasta que uno de los dos pida un cambio de habitación.

Llegados a ese punto, no habrá forma de dar marcha atrás.

Creo que los dos lo sabemos.

Me resulta imposible poner distancia entre nosotros, no volver a verlo. O peor aún, verlo y no poder dirigirle la palabra, ni siquiera tocarlo. Reconozco que al principio solo quería estar

cerca de él, compartir tiempo, anécdotas y jugadas de *hockey*.

Solo eso. No, no es cierto, me engaño a mí mismo.

Lo quiero todo de Gray.

Abro la puerta con cuidado, evitando hacer ruido. La habitación está en silencio y a oscuras. Respiro aliviado. Cierro detrás de mí y me encamino al cuarto de baño. Levanto la mano y tanteo el interruptor en la pared. Cuando lo encuentro, enciendo la luz. Escucho cómo sus sábanas crujen. Le noto moverse y el corazón se me para un segundo. Enciende la luz de su lámpara de noche y de repente todas las sombras desaparecen, dejándonos solos en la habitación.

Me quedo muy quieto. Sus ojos azules me miran, sin pestañear.

—Has tardado. Estaba preocupado. ¿Dónde has estado?

—Por ahí, dando vueltas.

—Fuera hace frío.

—Más frío del que te imaginas —logro responder.

Suspiro y trato de controlar la avalancha emocional que me invade en este momento, pero no lo consigo.

Cierro los ojos y me enfrento a lo inevitable, lo único que he conseguido hasta ahora es ganar un poco más de tiempo, porque la situación sigue ahí, inamovible. Abro los ojos y me encuentro a Gray mirándome. Me observa en silencio, pensativo, y vuelve a abrirse una brecha silenciosa entre nosotros.

—¿Estás bien?

—Sí —afirmo.

Se recuesta en la cama y me preparo para lo peor.

—Siento si he hecho algo inapropiado —murmura.

Trago saliva. Estaba casi convencido de que Gray no volvería a dirigirme la palabra, pero ahí está, pidiéndome disculpas.

Soy un completo idiota por pensar que él me ignoraría. No puedo imaginar lo que estará pensando ahora mismo, pero yo no he podido quitármelo de la cabeza. El deseo sigue aquí mismo, incluso es más real que nunca.

—No has hecho nada inapropiado —consigo decir, tratando de suavizar la situación—. Sería mejor tratar de dormir.

Salgo del baño, porque se me han quitado las ganas de hacer lo que fuera a hacer. Me dirijo a mi cama, me descalzo, me desvisto con lentitud, quedándome en calzoncillos.

Gray me taladra con la mirada y sus ojos se posan en un punto concreto de mi anatomía. Joder, mi polla toma el control de la situación. No puedo evitar fijarme en esa boca suave y sonrosada que hace un rato he besado y saboreado. Cierro los ojos unos segundos, trago saliva y me aferro a la última chispa de esperanza que queda en mí.

—Es tarde, deberíamos dormir —indico, abriendo los ojos.

Saco fuerzas de donde no las tengo para meterme y acomodarme en la cama, cuando Gray apaga la luz.

Debería estar satisfecho, tranquilo, pero no, sigo excitado. Suelto un suspiro frustrado en la oscuridad, mientras me froto la entrepierna.

—Miller… —Escucho a Gray llamarme en la penumbra, mi mano sigue en el mismo sitio que hace unos segundos.

—¿Sí? —respondo, notando la tensión en su voz.

Le oigo resoplar.

—No sé cómo decirte esto.
—¿Decirme el qué?
—Estoy cachondo.

CAPÍTULO 11

GRAY

Ya está, he dicho en voz alta lo que siento desde que Miller se fue. Al verlo desvestirse me he puesto boca abajo y he sentido mi polla dura contra el colchón. Y aún sigue así, dura como una piedra.

Algo que me pilla totalmente desprevenido. La necesidad de masturbarme es abrumadora.

Debo admitirlo, siempre me he sentido atraído por él y eso es algo que me cabreaba de una manera irracional, pero cuando hemos compartido ese momento tan íntimo, algo se ha despertado en mí.

Me he pasado el tiempo que él ha estado fuera buscando y mirando en el móvil páginas gais. Y me ha gustado lo que he visto, incluso he disfrutado de las fotos.

¿En qué lugar me deja eso?

—Estás cansado, duérmete. —Le oigo decir tras un suspiro frustrado.

—Miller, he estado pensando…

—Joder, Gray. ¡Duérmete de una puta vez y deja de pensar tanto! —exclama furioso.

Esa orden es suficiente para que me levante de la cama y me dirija a la suya. Al escuchar mis pasos, siento que él se da la vuelta en la oscuridad.

—Quiero terminar lo que hemos empezado, déjame sitio.

Noto que enmudece, pero finalmente se mueve para hacerme un hueco en la cama.

Estamos pecho contra pecho.

—Vuelve a tu cama, Gray.

—No.

Le oigo bufar y eso me hace sonreír. Sigo excitado y cabreado al mismo tiempo por necesitar algo que me he estado negando durante los tres últimos años.

—Luego querrás ahogar tus penas en alcohol, y no lo voy a permitir.

Me quedo quieto y levanto la cabeza con un suspiro. Está recordando la última vez que me emborraché y lo cierto es que no puedo reprochárselo, pero tengo la impresión de que han pasado cien años desde ese momento.

—Olvida eso.

—¡Como si fuera tan fácil! —exclama—. Vuelve a tu cama.

—No voy a volver; así que deja de protestar. ¿Cómo quieres hacerlo?

Miller suelta una especie de bufido.

—No quiero que luego te arrepientas. Esto no es un juego —murmura. Siento su cálido aliento sobre mi rostro y eso, aunque resulte de lo más extraño, me excita. Percibo sus manos en mi cintura y tira suavemente del elástico de mis calzoncillos.

Acerco mi boca a la suya y lo beso de manera torpe.

—Soy muy consciente de que no es ningún juego —susurro contra sus labios.

—No lo entiendes. —Le escucho decir mientras deslizo los calzoncillos por sus caderas y después me deshago de los míos.

—Joder, Gray. ¿Has oído algo de lo que te he dicho?

—Confío en ti —respondo más excitado de lo que quiero reconocer.

Miller suelta un suave jadeo cuando su miembro se desliza por mi vientre y se alinea con el mío, palpitante. Es una sensación extraña y, al tiempo, fascinante. Rozo su nariz con la mía y digo:

—En esta situación hay poco que decir, ¿no?

Siento que responde con una sonrisa.

—No puedo volver a perderte.

Su confesión hace que vuelva a besarlo con una necesidad que yo mismo desconocía.

—No voy a ir a ninguna parte.

Y es cierto, jamás pensé que pudiera estar tan desinhibido, tan a gusto en una situación que yo mismo he provocado. Me devuelve el beso y gime antes de introducir su lengua en mi boca. Es un beso comedido, como si tuviera miedo de estar haciendo algo malo.

Pero es ridículo. Miller me atrae más de lo que hubiera imaginado jamás. Aguanto la respiración cuando siento el roce de sus labios en la zona sensible de detrás de la oreja. Siento el áspero roce de su barba en mi cuello.

—¿Estás seguro? —me pregunta, mordisqueando mi clavícula.

Mi respuesta es un escueto siseo. No puedo creer que estemos haciéndolo, que me sienta tan bien con él. Jadeo en el mismo instante en que su boca vuelve a encontrarse con la mía y en el momento que su lengua juguetea hambrienta y ambiciosa. Una de sus manos desciende por mi estómago y se detiene un segundo, emito un gemido ronco cuando me agarra la polla, la acaricia y la estruja. Trago saliva, bajo la cabeza, tenso la mandíbula y gimo ante el íntimo contacto. Yo hago lo mismo con la suya, la siento dura y caliente contra la palma de mi mano. Echa la cabeza hacia atrás, grita de puro placer, jadeando en mi cara.

He estado con chicas, pero jamás he sentido este nivel de excitación con ellas. Con Miller todo es más intenso, más espontáneo.

Los dos gemimos cuando sentimos cómo nuestras resbaladizas pollas están a punto de estallar. Exprimo su erección con fuerza y percibo cómo late en mi mano. Es una experiencia increíble. Los testículos me pesan y hormiguean por la necesidad de descargarse y liberarse de esta increíble sensación.

Pero antes de que ocurra, Miller me pone las manos en el pecho y me empuja. El colchón protesta cuando mi espalda lo toca. Se acerca a mi boca y la besa, sin dejar de acariciarme, noto su corazón latiendo a un ritmo desbocado.

Continúa masturbándome arriba y abajo, al tiempo que restriega su mano por mis testículos. Me siento atrapado en una sensación devastadora, está claro que Miller sabe lo que hace. Nuestras lenguas se deslizan y se enroscan sin dificultad.

—¿Sigo?

—Sí, joder —logro responder entre espasmos de placer.

—¿Puedo…? —solicita en medio de un jadeo.

Soy muy consciente de a lo que está haciendo referencia. Quiere chupármela. Levanto la cabeza de la almohada y gimo.

—Nunca, nadie…

No termino la frase, no puedo porque estoy a punto de correrme.

—Lo suponía. Podemos dejarlo aquí, si quieres…

No quiero que pare, lo deseo ahora mismo.

—¡No pares! —consigo decir entre jadeo y jadeo.

Casi pierdo el sentido cuando siento sus labios sobre mi polla. La besa y luego realiza un lento círculo alrededor de la punta con su lengua, me acaricia de una manera que tengo que soltar todo el aire que tengo retenido en los pulmones.

Busco su cabeza en la oscuridad y deslizo los dedos por su pelo, apremiándolo. Le escucho soltar una risilla antes de cerrar su boca alrededor de mi glande y lamer mi polla con avaricia. Succiona y yo contengo la respiración, cierro los ojos con fuerza y gimo fuerte y desesperado.

—¡Me voy a correr…! —exclamo con una mano en su pelo y con otra aferrándome con fuerza a las sábanas.

Grito con desesperación cuando me lleva hasta el fondo de su garganta.

Es irresistible, muevo las caderas sobre el colchón buscando más de esa maravillosa y adictiva sensación. Me aferro a las sábanas hasta que siento dolor en los nudillos; gimo y, seguidamente, sin poder evitarlo, eyaculo en su boca.

Soy incapaz de reaccionar, de respirar, ni siquiera puedo pestañear. Mi corazón late a mil por hora, parece que se me va a salir del pecho de un momento a otro.

Miller se aparta de mí con la respiración agitada, lleva su mano a su miembro duro y comienza a masturbarse.

—Déjame a mí —murmuro.

Él separa los labios para inspirar más aire.

—Creo que no tienes fuerzas ni para hablar.

Sé que tiene razón. Hundo la cabeza en la almohada y cierro los ojos con fuerza.

—Ha sido…

No tengo palabras para describir este momento.

—Increíble —responde él por mí.

Puedo sentir su erección, su respiración agitada y, un segundo después, su jadeo entrecortado cuando se corre.

—Te debo una —aseguro.

—Me debes muchas, Gray Donovan —bromea entre risas.

CAPÍTULO 12

MILLER

Ni siquiera escucho lo que dice el profesor. Mi mente está en otra parte, está con Gray. Aún no me puedo creer lo que hicimos anoche. Tenía miedo de enfrentarme esta mañana a él, pero cuando abrí los ojos, ya no estaba en la habitación y su cama estaba vacía.

Sigo concentrado en mis pensamientos, esperando que el tiempo pase rápido. Los minutos parecen estirarse como un chicle, las horas se me hacen eternas. Cada vez que el profesor toma la palabra, parpadeo y vuelvo a la realidad. Estoy nervioso, ansioso, emocionado y confundido, todo al mismo tiempo. Golpeo varias veces el bolígrafo contra la mesa en un intento de distraer mi mente, pero es inútil. En una hora tenemos entrenamiento y lo volveré a ver. Solo de pensarlo se me encoge el estómago.

La perspectiva de verlo de nuevo hace que sienta una mezcla de nerviosismo y emoción.

¿Cómo nos comportaremos? ¿Será incómodo?

Preocupado no es el término correcto, pero sí que estoy intrigado y anhelante por verlo.

—Eh, Miller, ¿cómo lo llevas?

Salgo de mi zona de confort y veo a Rick frente a mí. La clase ha acabado y yo no me he dado ni cuenta. La algarabía del resto de los alumnos se va apagando poco a poco a medida que abandonan el aula.

Rick es un tipo estupendo, también es gay, y nos hemos enrollado en varias ocasiones, pero no hemos llegado a más. Es una especie de acuerdo tácito entre nosotros que nadie más conoce.

Ni siquiera Gray.

Lo cual me alivia y me alegra a partes iguales.

—Si te refieres al próximo examen, he estudiado poco —contesto.

Rick parece sorprendido por mi respuesta.

—¿En serio? —pregunta extrañado.

Permanezco callado unos segundos mientras recojo mis cosas. Sé a qué se refiere, yo generalmente preparo los exámenes con varias semanas de antelación. Me doy cuenta de que me exige una respuesta que no puedo darle.

—He estado ocupado —digo sin más.

Sus ojos color avellana se centran en mí y yo tenso los hombros. Hemos compartido algo más que besos y esa intimidad con el tiempo te hace conectar más con la otra persona.

—¿Estás bien?

—Sí, solo un poco cansado. No he dormido todo lo que me gustaría.

La última vez que me desperté en mitad de la noche, Gray seguía a mi lado, entre mis brazos.

Rick está de pie, en silencio, con las manos en los bolsillos contemplándome como si viniese de otro planeta.

No miento, ni quiero hacerlo. Al parecer mi respuesta es creíble, porque Rick no insiste.

—¿Te apetece que vayamos a la biblioteca?

Mueve ligeramente los labios; sé muy bien lo que quiere de mí. Cuando estamos en la biblioteca solemos escaparnos al baño y desfogarnos.

—No, tengo entrenamiento —me excuso.

Saca las manos de los bolsillos, cambia de postura y advierto el gesto que cruza su semblante, espero no haberlo decepcionado.

Rick es atractivo y su boca es indescriptible, maravillosa, pero yo solo puedo pensar en Gray y en la noche que hemos pasado juntos, abrazados el uno al otro.

—Tengo que irme.

—De acuerdo. Oye, si algún día te apetece…, ya sabes.

Sonrío por educación.

—Claro, estamos en contacto.

Siento sus ojos clavados en mi espalda cuando salgo del aula. Sé que está sorprendido por mi forma de actuar, porque jamás digo que no a una visita a los aseos con él.

Pero Gray sigue ahí, más presente que nunca.

Mi mente sigue divagando entre lo que fue y lo que podría ser, mientras me preparo para enfrentar el entrenamiento y, casi seguro, una conversación incómoda con él.

—¡Señor Kinsler!

Me doy la vuelta en mitad del pasillo y veo al decano dirigirse a mí.

Suspiro porque no me siento preparado para esto.

—Tengo prisa.

—¡Un momento! —me exige.

La orden hace que me detenga en el acto y espero a que llegue.

—Solo quería preguntarle si está cómodo en su nueva habitación.

Intento controlar mi nerviosismo y opto por la respuesta más simple.

—Sí, claro.

El gesto de reserva no pasa desapercibido para mí.

—Me lo suponía —comenta con aire de superioridad—. ¿Hay algo que deba saber?

La imagen de Gray y yo en la cama me sobresalta.

—No —respondo demasiado rápido.

Fija unos segundos la mirada en mí y luego carraspea.

—Me refiero a algún tipo de sustancia nociva —especifica.

Estoy empezando a comprender qué quiere de mí; sigue en sus trece. Me fijo en su traje, está planchado de manera impecable. Tanto es así que es odioso.

—No he visto nada. Gray Donovan no tiene nada que ver con toda esa mierda —le explico mirándolo a los ojos.

Él vuelve a carraspear, esta vez algo más nervioso.

—Me alegra saberlo. Siga así.

Se aleja y yo me quedo inmóvil, pensando en qué clase de encerrona ha sido esa. Oigo unos pasos detrás de mí.

—¿Por qué te ha preguntado por Gray Donovan?

Me vuelvo y descubro a Rick mirándome con interés. Está claro que su consulta tiene segundas intenciones. Me pregunto cuánto habrá escuchado de nuestra conversación.

No digo nada y dejo que se prolongue el silencio unos instantes sin saber muy bien qué decir.

—Por nada en particular —contesto.

Está claro que a Rick no le convence mi respuesta, pero no comenta nada al respecto y eso me tranquiliza.

—Te invito a una cerveza.

Quiero declinar la invitación, pero en el fondo sé que si lo hago pareceré más culpable.

—De acuerdo, vamos a la cafetería.

***

Mi sorpresa es enorme al entrar en la cafetería y ver a Gray sentado ahí con Debbie. Da la sensación de estar relajado, incluso parece que está disfrutando de su compañía. Bueno, me alegro por él. Lo que él tiene con Debbie, lo tengo yo con Rick; así que no hay nada que echarnos en cara. Aunque, si soy sincero del todo, me incomoda. No he recibido mensaje alguno de él durante toda la mañana, pero lo cierto es que tampoco estoy preparado para tener esa conversación.

—Una cerveza, ¿entonces? —pregunta Rick.

—Mejor un refresco —contesto, sin perder de vista a Gray.

Rick asiente con un gesto insinuante y sigue mi mirada hacia el otro extremo de la cafetería, concretamente hacia la barra. Respiro incómodo, aunque no hay razón para preocuparse ya que el lugar está lleno de estudiantes. Fred, el chico que está sirviendo las consumiciones, ríe por algo que dice Debbie. Gray sonríe también y mi estómago se contrae.

—Está bien, un refresco —indica Rick, no muy convencido.

En ese momento, Gray dirige su mirada hacia donde me encuentro y, por alguna razón, siento que espera algo de mí. Mi cuerpo se tensa por instinto, como si la presión del momento fuera demasiado difícil de procesar. La necesidad de aire fresco se vuelve apremiante. Giro despacio, me alejo y me encamino hacia Rick, intentando articular una excusa que suena tan poco creíble que incluso a mí mismo me resulta ridícula.

Rick, perplejo, no dice nada, pero su expresión es un claro reflejo de su confusión. Me mira buscando alguna pista que explique mi comportamiento.

Aunque puedo sentir los ojos de Gray clavados en mí, hago lo posible por restarle importancia y lo ignoro. Salgo de la cafetería de forma apresurada, en busca de silencio, de un poco de paz mental en medio del caos de mis pensamientos.

Gray tiene todo el derecho a estar ahí con Debbie.

¡Joder, claro que lo tiene!

Las imágenes de él y yo en la cama se vuelven de repente borrosas y eso hace que la sensación de asfixia aumente a pasos acelerados.

¿Y ahora qué? —me pregunto, mientras trato de desentrañar la complicidad de mis sentimientos y decisiones.

Tomo un par de bocanadas de aire, intentando recuperar la calma en medio de la tensión que me rodea. Sin embargo, una voz irrumpe el momento, rompiendo el hilo de mis pensamientos. Es Wolf, con su altivez, rodeado por algunos de los chicos del equipo y otros que no conozco de nada.

—¿Vas a ir al entrenamiento, Miller? Puede que tengas el orgullo herido o igual estás buscando a alguien que limpie tu *puñal*. —Se ríe de manera despectiva. Luego se toca los testículos, bramando como lo haría un ciervo en celo.

Es gilipollas, y yo más por tomarme en serio sus palabras.

—Vete a la mierda, Wolf —digo, intentando retomar el paso.

Pero él se interpone en mi camino antes de que pueda moverme.

—Espera un momento… ¿qué has dicho? —me pregunta con una mirada desafiante.

Cierro los ojos un segundo, tratando de controlar el dominio de mí mismo. No debería dejar que sus palabras me afecten de esta manera, pero me hierve la sangre.

Estoy cabreado conmigo mismo, con Gray y ahora con el idiota de Wolf. Alrededor nuestro, una multitud comienza a congregarse, deseosa de presenciar una pelea. Y en ese momento, decido que no voy a defraudar sus expectativas. Estoy harto de soportar insultos y actitudes degradantes. Tengo el derecho de amar a quien quiera, de ser feliz y de no ser juzgado por nadie.

Sin embargo, al verlo acercarse con los puños cerrados, considero mi decisión. Wolf es un tipo alto y corpulento, que impone tanto en la pista de hielo como en la calle. Pero no estamos en una pista de hielo, no es un partido con reglas ni árbitro. Sin embargo, no estamos en igualdad de condiciones, y esa desventaja me lleva a pensar en las consecuencias.

—A mí los maricones no me dirigen la palabra y mucho menos me hablan así —grita todo lo que le da la voz hacia todos los presentes.

Sus palabras se vuelven más venenosas mientras acorta la distancia, y la multitud responde con vítores y aplausos a sus comentarios homófobos. No me puedo creer que en el siglo veintiuno la gente siga siendo tan ignorante y retrógrada.

—Dime, ¿vas a huir como una nenaza o por fin te vas a enfrentar a mí como un hombre?

Soy muy consciente de que acaba de dar munición a la multitud, que vuelve a aplaudir entusiasmada ante su nefasto discurso. Tienen sed de sangre, puedo verlo en sus miradas y eso hace que todas mis terminaciones nerviosas se activen. Abro las aletas de mis fosas nasales para evitar una respuesta fuera de lugar. No deseo echar más leña a esta hoguera de las vanidades. La tensión en el aire es palpable y la adrenalina corre por mis venas. Las voces a mi alrededor se mezclan en un murmullo ensordecedor. En este momento, debo tomar una decisión.

—¡Eres un soplapollas! —Wolf se toca los testículos con desprecio y de forma abrupta.

Puedo ver la sorpresa reflejada en algunos rostros de la gente que nos rodea y también me siento dolido porque estoy solo en esta batalla, consciente de que es una pelea perdida desde el principio. Sin embargo, me recompongo y me obligo a transformar el dolor que siento en firmeza.

—No voy a pelear contigo; así que ¡lárgate y déjame en paz! —mascullo apretando la mandíbula y mostrando mi disconformidad.

—Me imaginaba que dirías algo parecido. Al fin y al cabo, no eres más que una nenaza. —Wolf se acerca, deliberante, con una sonrisa de triunfo en la boca.

Retrocedo de forma involuntaria, sintiendo el corazón latir en mi pecho. Su sonrisa despectiva me seca la garganta.

—Puedes darme una paliza, pero el que saldrá perdiendo eres tú —le respondo con una calma que me sorprende incluso a mí.

—¿Te atreves a amenazarme?

—Eso ya lo haces tú bastante bien —expongo con un suspiro—. Si me tocas un pelo fuera de la pista de hielo, te expulsarán del equipo.

—¡Cállate, cabrón de mierda! —Levanta un puño y yo me aferro a la poca coherencia que me queda.

Sé que si me dejo llevar y peleo con Wolf podrían sancionarnos, incluso expulsarnos del

equipo. Y yo no estoy dispuesto a que nadie juegue con mis sueños.

Algún día jugaré en la Frozen Four. Un sueño que no voy a dejar atrás por una estúpida amenaza.

Wolf lanza un puñetazo al aire que yo logro esquivar. Está claro que no le gusta quedar en evidencia.

—¿Sabes? No conozco ningún jugador de *hockey* gay ¿y vosotros? —pregunta a su club de perversión.

—¡No! —responde uno de ellos, enfurecido.

—¡Yo tampoco! —grita otro.

Wolf se ríe como una hiena, su risa está llena de maldad.

—Como ves, no tienes futuro en las altas esferas.

Ignoro el comentario. Trago saliva, lo esquivo y, sin pensarlo, acelero el paso, aunque sé que no voy a llegar muy lejos. Wolf está demasiado cabreado para dejarme escapar. Es como un león famélico acechando a su presa.

La multitud que nos rodea está enardecida, gritando con una sed de violencia que parece alimentar el fuego de la pelea. El círculo se hace más estrecho, como si estuviera cerrando la brecha entre nosotros y nos dejara atrapados en un enfrentamiento inevitable.

Wolf se acerca a mí con su figura imponente y pasos decididos. Sus puños están listos, sus nudillos apretados y sus hombros tensos para el ataque.

Dejo caer mi carpeta y libros, ni siquiera escucho el característico choque contra el suelo. La rabia y el resentimiento se manifiestan en cada movimiento, en cada mirada feroz. Solo el sonido del viento y nuestras respiraciones agitadas se dejan escuchar.

Es una locura; lo sé, pero necesito ganar por mí, para acallar las calumnias y encontrar un poco de paz interior.

El sudor empapa mi frente, mis músculos arden y mi respiración se vuelve cada vez más pesada. De repente, Wolf lanza un golpe fugaz y potente hacia mí que resuena en el aire, pero lo bloqueo con un movimiento rápido en sus antebrazos. La gente emite un murmullo de sorpresa ante mi velocidad y agilidad. Sin perder un segundo contraataco con un puñetazo hacia el costado de Wolf. Sin embargo, él logra esquivarlo con un ágil movimiento de cadera, retrocediendo un paso para evitar el impacto.

Nos conocemos bien de la pista de hielo; así que nuestros cuerpos comienzan a sincronizarse en una danza caótica, aunque soy muy consciente de que la fatiga se hace cada vez más presente, cada movimiento más difícil y cada golpe un esfuerzo titánico.

Pero a pesar del agotamiento, sigo adelante.

Ahora no puedo rendirme.

La pelea se vuelve una mezcla de ataques y esquivos de puños y bloqueos. Wolf trata de aprovechar su tamaño y fuerza contra mí, mientras yo confío en mi agilidad y velocidad para mantenerme fuera del alcance de sus acometidas.

Sé que está enfadado, porque el sudor comienza a cubrir su frente y aprieta los labios en una mezcla de concentración y determinación.

—Eres bueno, nenaza…

Intento no escucharle. Es una lucha física, pero también una lucha de egos.

Wolf golpea de nuevo y esta vez su puño impacta en mí, empotrándose en mi mejilla izquierda, lo que me hace perder el equilibrio y caer de forma precipitada al suelo. El dolor es atroz, un ardor punzante se esparce por mi rostro. Después de unos minutos eternos, y un

cansancio más que palpable, hago un esfuerzo titánico por levantarme. Todos mis músculos protestan. Respiro apesadumbrado, sintiendo la mirada ardiente de Wolf clavada en mí. Sus ojos están llenos de desafío y sus labios muestran una sonrisa desdeñosa.

Sabe que no ha terminado conmigo, soy muy consciente de ello.

—¿Vas a levantarte del suelo o tengo que hacerlo yo por ti?

Antes de que pueda responder a las provocaciones de Wolf, Gray aparece de la nada, como un salvador en medio del caos. Se acerca y me ofrece una mano, que yo rechazo.

Cabreado conmigo mismo por permitir que esto haya llegado tan lejos, me separo de forma abrupta. La mejilla me duele horrores. Una gota de sangre resbala por mi nariz y la limpio con el dorso de la mano en un gesto involuntario y frustrado.

No intercambiamos palabra alguna, solo una mirada fría y despectiva.

—¿Estás bien? —me pregunta.

No respondo, no puedo. Cada movimiento, cada esfuerzo es sinónimo de dolor. A pesar de que la adrenalina sigue corriendo por mis venas.

—Déjame en paz —respondo cabreado.

Oigo reírse a Wolf y eso me irrita más.

Tengo que salir de aquí; necesito alejarme de todo este caos, de la multitud expectante y de la tensión acumulada. Con decisión, abro un hueco entre la gente y comienzo a correr. Mi corazón late con tanta fuerza en mi pecho que parece que va a estallar de un momento a otro. Escucho la algarabía detrás de mí, los gritos y los murmullos que acompañan mi huida, pero los ignoro.

El viento azota mi rostro, el pulso en mis sienes es casi ensordecedor. Mis piernas arden, pero no pienso parar. Escucho a Gray llamarme, pero no me detengo.

Solo quiero huir lejos, muy lejos de aquí.

CAPÍTULO 13

GRAY

—¡Eres idiota!

Wolf me mira y sonríe, mientras sus amigos lo vitorean.

—¿Así que tú eres el galante caballero que viene al rescate de la damisela?

—¡Vete al infierno, Wolf! —exclamo mientras recojo la carpeta y los apuntes dispersos de Miller que están esparcidos por el suelo.

Wolf da un paso hacia delante y me pregunta en tono desafiante:

—¿Quieres pelea? Estoy en racha.

A pesar de que deseo golpearlo hasta hacerle desfallecer, sé que sería un error. Wolf es peligroso tanto en la pista como fuera de ella. Así que, con gran esfuerzo, reúno la poca paciencia que me queda, respiro profundamente y lo ignoro. Me abro paso entre la multitud con la única intención de ir al encuentro de Miller.

—¿Te vas?

—No tengo nada que decirte, Wolf —respondo de mal talante.

Escucho unos pasos acercándose por detrás. Todo mi ser se pone en alerta y no lo pienso. Me doy la vuelta, puño en alto, y, sin pensar en las consecuencias, lo estrello contra la cara de ese gilipollas engreído.

Wolf, sorprendido y sin poder esquivar el golpe, cae al suelo como un saco de patatas.

Un silencio sepulcral se apodera del lugar, solo interrumpido por los insultos y resoplidos de Wolf. Antes de que pueda recuperarse y recuperar la dignidad, o se tome la revancha, huyo. En el camino, me encuentro con Debbie que me mira con asombro.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada —respondo, tratando de mantener la distancia.

—¿Nada? —insiste, siguiéndome—. Acabas de darle un puñetazo a un compañero de equipo.

—Él se lo ha buscado —contesto, intentando mantener un tono frío y distante.

Estoy demasiado cabreado para ser amable.

—Gray, ¿puedes explicarme qué demonios te pasa?

Es una buena pregunta, porque ni yo mismo lo sé. Me doy la vuelta y observo su rostro de preocupación, pero por mi bien y el suyo intento ignorarlo.

—Debbie, tengo prisa.

Ella se detiene y me observa con los ojos muy abiertos.

—Lo siento. Hablaremos más tarde.

No espero su respuesta, me voy corriendo como alma que lleva el diablo. Más tarde me preocuparé por las consecuencias de mis acciones.

Irrumpo en la habitación y me encuentro a Miller tumbado en la cama, con las manos en la cabeza y apoyado en la almohada. Parece absorto en sus pensamientos y ni siquiera me dirige la mirada cuando dejo caer su carpeta y apuntes sobre su escritorio.

Con tono despreocupado, me mira y pregunta:

—¿No tienes clase?

No respondo de inmediato, mantengo un breve silencio. Sé que espera que le eche la bronca del siglo. Comprendo lo que teme, que le exija que hablemos de lo ocurrido anoche y sobre el enfrentamiento con Wolf.

—No vas a decir nada —insiste.

Me percato de que mi silencio le incomoda.

Inhalo profundamente, consciente de que debemos lidiar con las últimas veinticuatro horas. No estoy preparado para aceptar todo lo que ha sucedido, pero sé que ambos necesitamos liberar esa frustración que nos está consumiendo. Me acaricio los nudillos, me duelen horrores, y el gesto no le pasa desapercibido a Miller.

Se sienta en la cama y me mira, furioso. Hace un ruido molesto y luego suelta un improperio en voz alta.

—Espero que no hayas sido tan estúpido como para enfrentarte a Wolf.

Dejo caer la mano y lo miro, parece abatido, y eso me provoca una extraña sensación de calidez.

—Él se lo ha buscado —respondo malhumorado.

Miller exclama un sonoro «¡joder!», deja caer la cabeza entre los hombros y apoya los antebrazos en las rodillas. La tensión entre nosotros es palpable, y ninguno de los dos parece dispuesto a dar el primer paso a una conversación de lo más incómoda.

Me preparo para otro comentario mordaz. Sé lo que está pensando, lo conozco demasiado bien. Hay algo en él que me atrae de una manera salvaje e inexplicable. Y eso me asusta y me gusta a partes iguales. Estoy confundido, hecho un lío con mi orientación sexual; pero Miller no tiene la culpa de nada, él solo estaba allí. Lo cierto es que siempre lo ha estado.

—¡Puedo con todo esto, no necesito un guardaespaldas!

—Lo sé —respondo sin más.

—Entonces, ¿a qué ha venido eso? —inquiere, señalando mis nudillos.

Me vienen a la cabeza recuerdos de la noche anterior y no sé qué hacer con ellos. Su mirada me quema; así que la desvío hacia la ventana.

—Solo pasaba por allí, no es nada personal —miento descaradamente.

—Eso no es cierto.

Me giro y lo miro con cautela. Él me devuelve la mirada, pensativo. Parece sumido en la incertidumbre, quizás también está tratando de entender y aceptar lo ocurrido.

—No, no lo es.

—Entonces, ¿por qué le has hecho frente?

—Solo me aseguré de que Wolf supiera que no siempre puede ganar.

Miller parpadea, como si estuviera procesando mis palabras.

—Ir de justiciero no cambiará la situación.

Retrocedo como si me hubiera abofeteado. Lo que siento por él es algo tan natural que me asusta. Miller aparta la mirada y luego se encoge de hombros. Se pasa la mano por la frente, como si intentara comprender lo que ha pasado.

—Es que aún no lo entiendes, la gente hablará —me advierte.

—Pues que hablen —murmuro, intentando mantener la calma—. Somos amigos, ¿no?

Permanezco en mi sitio, sin moverme, cuando él se levanta de la cama y comienza a pasearse de un extremo al otro de la habitación.

—¿Amigos? —escupe con sarcasmo.

—Sí, amigos —insisto.

—¡No me digas! —replica Miller gritando.

Enmudezco al instante, sin saber muy bien qué decir. Y él aprovecha ese pequeño intervalo de tiempo para dar más énfasis a su enfado.

—¡Maldita sea…, Gray! Te recuerdo que llevas tiempo sin dirigirme apenas la palabra. Pasando de mí. Y precisamente hoy te enzarzas en una pelea con el gilipollas que me ha ofendido. ¿Se puede saber qué coño te pasa?

—Soy tu compañero de equipo —suelto de golpe, como si esa fuera la respuesta más plausible.

Miller se vuelve hacia a mí, furioso.

—¡También lo es Wolf! —exclama indignado.

Intento explicarme.

—Escucha…

Pero me interrumpe y resopla con incredulidad.

—No, escúchame tú a mí. ¡Esto no es asunto tuyo, entérate de una puñetera vez!

—Por supuesto que lo es —declaro con firmeza—. Nadie tiene derecho a insultar a una persona por su condición sexual.

Miller suelta una sonora e irónica carcajada.

—¡Bienvenido a mi mundo, Gray! Las personas como Wolf se creen con derecho a todo. Al igual que…

De repente se calla, como si le costase continuar.

No digo nada, ni siquiera me atrevo a moverme y me olvido de respirar. Lo miro, sabiendo que no va a terminar la frase.

«Al igual que tú».

Eso es lo que iba a decir.

Y no le falta razón. Desde aquel beso en la fiesta, llevo años esquivándolo. Trago saliva y experimento una sensación de confusión y dolor, porque lo que sentí anoche con Miller no lo he sentido con nadie jamás.

Él me mira fijamente, sin decir nada. Sé lo que está pensando, lo mismo que yo. En nuestros besos, caricias y arrumacos en su cama. No le culpo, fui yo quien decidió complicar aún más su mundo.

—¡No puedo con esto! —exclama al fin y retrocede.

Me dan ganas de acercarme a él y abrazarlo, pero sé que hacerlo sería un error. Puedo ver el rechazo en su mirada. No somos tan diferentes, pero en este momento hay una distancia abismal entre nosotros.

—Lo mejor es que me vaya.

—¿Y dejar esta conversación así? ¡¿Inacabada?! —pregunto.

—¿Por qué no? Así es como actúas, dejándome con la palabra en la boca.

En un inicio la acusación en sí provoca mi irritación, pero de pronto me doy cuenta de que Miller tiene razón. Y me siento fatal por ello. Miro hacia el suelo y mantengo la vista fija en él.

—Lo siento —me disculpo.

—Gray…

Al escuchar mi nombre levanto la mirada, ansioso por tranquilizar mi conciencia. Me percato de que su rostro permanece inexpresivo. Sé que espera algo más de mí, pero no tengo

muy claro que pueda ofrecérselo.

—Gray, no lo comprendes. Si la gente equivocada se enterase de que nosotros…

De repente considero la posibilidad de que lamente lo ocurrido y eso hace que se me forme un nudo en el estómago.

—No hemos hecho nada malo —insisto.

Miller se detiene y su mirada se clava en la mía.

—No te haces una idea de lo que la gente puede llegar a imaginar cuando se aburre.

Me sorprendo por su respuesta, pero tiene razón. Sé que existen prejuicios y estigmas, yo mismo he considerado las posibles consecuencias de nuestras acciones miles de veces.

—Pues déjalos que imaginen.

—Eres un iluso. Si alguien se enterase…

—Eso no va a ocurrir —le interrumpo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque no se lo vamos a decir a nadie.

—Gray…

Abro la boca para replicar, pero luego la cierro de golpe, porque todavía no estoy preparado para tener esta conversación. Ni yo mismo sé lo que siento en este momento.

—Deberíamos hablar —me sugiere, sintiendo un deje de preocupación en su voz.

Dudo unos segundos y luego niego con la cabeza.

—De acuerdo —asiente, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón.

Saca el móvil, lee algo y después me mira a mí.

—Es el entrenador —me informa.

—¡Joder! —exclamo. Me paso la mano por la cabeza, dejando entrever mi nerviosismo —. Las noticias vuelan. —Compruebo mis mensajes y me doy cuenta de que yo también he recibido el mensaje del entrenador. Es obvio que ya está al tanto de nuestra pelea con Wolf.

—Será mejor que vayamos —indico, manteniendo la mirada en la pantalla.

—Adelántate tú, yo iré después.

Guardo el móvil en el bolsillo y lo observo. Ambos estamos incómodos y la tensión es palpable. Es imposible ignorar lo que ha sucedido y seguir con normalidad en nuestras vidas.

Decido que lo mejor es hacer lo que me pide. Aparecer juntos en la pista puede dar lugar a más rumores y complicaciones innecesarias.

—Sí, claro —respondo, abriendo la puerta.

No quiero marcharme, pero, en lugar de quedarme, salgo y cierro la puerta tras de mí. Sé que no dejo solo a Miller en esa habitación; dejo un mar de dudas y una conversación incómoda y pendiente.

CAPÍTULO 14

MILLER

Recostado en la almohada, tecleo en mi portátil mientras reviso mis apuntes de Mecánica de Suelos y Cimentaciones. Un suspiro se escapa de mis labios cuando compruebo la hora: es más de medianoche y Gray todavía no ha llegado. Es posible que esté con Debbie, pero eso no me consuela; más bien, me irrita. Paseo el ratón por encima de algunas fotos y luego por el texto, pero no logro concentrarme, lo que me irrita aún más.

La conversación con el entrenador, si se puede llamar así a los gritos y amenazas que ha lanzado al equipo, en particular a Wolf, Gray y a mí, ha sido bochornosa. Nos ha advertido que no debe repetirse o, de lo contrario, seremos expulsados del equipo y perderemos nuestras becas. ¡Joder!, yo no puedo permitirme perder la beca. La angustia se apodera de mí e intento no perder el control. Con gran esfuerzo intento ralentizar mi respiración y recuperar algo de confianza.

«Tranquilo», me ordeno a mí mismo.

El móvil vibra sobre la cama y mi esperanza se viene abajo cuando veo que no es un mensaje de Gray, pero no puedo evitar sonreír al leerlo.

Abuela: ¿Cómo está mi nieto favorito?
Yo: Hola, abuela. No tienes más nietos; así que sí o sí tengo que ser tu favorito.

No puedo ver su rostro, marcado por los profundos surcos que el tiempo ha dejado a su paso, pero sé que ella está sonriendo también.

Abuela: Tienes razón.
Yo: Por aquí todo bien. Estoy deseando volver a casa para pasar unos días contigo.

Antes de dejar el móvil de nuevo sobre la cama, recibo otro mensaje. Me pregunto cómo puede escribir tan rápido con sus dedos artríticos. Sonrío mirando a la pantalla.

Abuela: No te imaginas las ganas que tengo de abrazarte.

Sonrío aún más, pensando en el cálido y acogedor abrazo que me espera cuando llegue a casa para pasar la Navidad. Ella es la única persona que me comprende, me escucha y no me juzga.

Yo: Te quiero, abuela.
Abuela: Yo mucho más. Buenas noches, mi oso amoroso.

Comienza a enviarme una decena de emoticonos y corazones que llenan casi toda la pantalla. Le encantan.

Admiro a mi abuela, es una mujer extraordinaria que nunca se ha amedrentado ante las adversidades; más bien, ha crecido ante ellas. Suelto un fuerte suspiro antes de guardar el móvil

de nuevo.

Ella es la única que me llama *oso amoroso* y lo hace desde que soy un bebé. A mí en vez de importarme, me encanta. Tener esa complicidad con ella, me hace sentir especial. Me hace sentir querido.

Cuando unos pasos resuenan por el pasillo y se acercan a la puerta, cierro el portátil y espero. Primero oigo el tintineo de las llaves y luego el característico ruido de la puerta al abrirse. Gray entra y, una vez en el centro de la habitación, me pregunta:

—¿Cómo estás?

—Lo mejor que puedo estar después de la bronca del entrenador.

Gray asiente despacio con una sonrisa forzada en los labios y yo me limito a encogerme de hombros.

—Perro ladrador…

Sé lo que intenta decirme: el entrenador no puede expulsar a tres jugadores del equipo al mismo tiempo. De hacerlo, la junta directiva se le echaría encima y la prensa encontraría la carnaza necesaria para una buena temporada si me expulsan por defender mi homosexualidad.

—Me ha escrito mi abuela —digo de repente, con la única intención de romper el frío momento que se ha apoderado de la habitación.

Gray abandona por un momento sus pensamientos y me mira con interés. Deja el anorak en una silla y las deportivas a los pies de la cama. Aunque me muero de curiosidad por saber qué ha estado haciendo y con quién, pero en el fondo sé que no es de mi incumbencia. Razón por la cual opto por guardar silencio. Aunque lo cierto es que me estoy volviendo loco por besarlo, sentir su piel contra la mía, porque una vez no ha sido suficiente; sin embargo, tendrá que bastar. Confieso que me siento afortunado de haber pasado una noche con él, con el amor de mi vida.

—¿Cómo se encuentra?

Suelto el aire con fuerza, pero mantengo el control. No tengo ni idea de qué estábamos hablando. Él me mira a los ojos y luego arquea las cejas.

—Tu abuela, ¿cómo se encuentra?

—Bien. Ya la conoces… —respondo de inmediato y con sinceridad.

Gray esboza una sonrisa nostálgica y asiente.

—Me alegro. ¿Sabe que compartimos habitación?

—No se lo he dicho.

Frunce el ceño y pregunta:

—¿Por qué?

—No lo sé —confieso, quizás más perplejo que él. Su mirada sigue siendo interrogativa, pero no sé muy bien qué decir al respecto—. ¿Harper y Dave lo saben?

—Sí —replica Gray entrecerrando los ojos, como si quisiera ver más allá de mi alma.

Comienza a desvestirse y aprieto la mandíbula, me muero por tocarlo, por acariciarlo, y no puedo hacer nada, a excepción de excitarme. Intento mirar hacia otra parte, pero mis ojos siguen clavados en ese cuerpo increíble y musculado. Conozco el sabor de su piel, de sus besos, quizás por esa razón mi polla comienza a envalentonarse dentro de mis calzoncillos. Tengo problemas para respirar; así que dejo escapar un largo y profundo suspiro. Mi único deseo es agarrar mi miembro dolorido y masturbarme, pero sé que estaría fuera de lugar. Entonces trago saliva e intento relajarme, sin conseguirlo.

Ya en calzoncillos, Gray se mete a la cama y se cubre con el nórdico. Yo con disimulo meto la mano en los míos y me ahueco los testículos en un intento de relajar la tensión

acumulada.

—¿Crees que Wolf mantendrá la distancia? —pregunto en un intento de desviar mi atención de mi miembro duro.

—Más le vale, de no hacerlo sería gilipollas —responde Gray con la cabeza apoyada en la almohada, tiene la mirada fija en el techo mientras su mano descansa sobre su frente—. El entrenador sabe, por algunos testigos, cuál fue la causa de la pelea.

Al igual que él, lanzo una mirada exasperada al techo. Es evidente que el entrenador sabe el motivo de la pelea, lo que significa que también está al tanto de mi orientación sexual.

Gray parece leerme el pensamiento.

—No tienes de qué preocuparte, no pasará nada —comenta, refiriéndose al entrenador.

—No tienes una bola de cristal para saber lo que ocurrirá en un futuro inmediato —le hago saber.

Siento que vacila un momento.

—Eso es cierto, pero fíjate en Luke Prokop.

La mención de Luke Prokop, el jugador canadiense de los Nashville Predators que hizo pública su homosexualidad en sus redes sociales hace un par de años, ronda mis pensamientos. Él es mi referente, ese faro de luz que brilla en mi mar de dudas y miedos, en el que parece que me voy a ahogar cada vez que pienso en mi carrera deportiva.

En el mundo del *hockey*, y aún más en la implacable NHL, existe una regla no escrita de la que pocos se atreven a hablar: la homosexualidad no es algo que se acepte de manera abierta. Lo he aprendido por experiencia propia, observando las conversaciones en los vestuarios, las miradas de soslayo y las risas disimuladas. Ser gay no encaja en la imagen de fortaleza y masculinidad que se espera de un jugador de *hockey* de alto nivel.

Me pregunto cómo Luke Prokop encuentra la fuerza para enfrentarse a la atención constante de los medios, las expectativas de sus seguidores y el escrutinio del público. Debería aprender de él, aceptar quién soy y no esconderme en las sombras.

—Es un tipo con agallas.

—Sí que lo es —respondo mientras observo con detenimiento una de las sombras que se proyecta en el techo.

Escucho el sonido del colchón al moverse bajo el peso de Gray.

De pronto, él se vuelve y sus ojos se centran en mi masculinidad. Siento la urgencia de retirar la mano, pero por alguna razón no lo hago.

Sin mediar palabra, Gray echa para atrás su nórdico y se levanta de la cama. Me mira de una manera que me entrecorta la respiración. Dirige una mirada de soslayo a mi erección y luego la dirige a mí.

Puedo ver su intención en sus ojos.

—Gray, no creo que… —musito.

Él guarda silencio. Permanece ahí de pie, observándome. Se me seca la boca cuando acorta la distancia que nos separa.

—Creo que ha llegado el momento.

—¿El momento de qué? —pregunto en un susurro, sintiendo que la habitación se carga de una energía intensa que parece electrificarnos a ambos.

Él no responde con palabras, pero su mirada lo dice todo.

CAPÍTULO 15

GRAY

Han sido unas horas intensas, durante las cuales he estado tratando de comprender qué pasa por mi mente, qué siento. Sin embargo, he llegado a la conclusión de que reprimir mis emociones no es la solución.

Sentir a Miller ha sido la experiencia más salvaje que he experimentado jamás; cuando vi el movimiento de su mano bajo el nórdico, mi cuerpo reaccionó de inmediato, excitándome, poniéndome duro como una roca.

¡Joder!, ¿cómo se puede desear a alguien con tanta necesidad?

Me levanto de la cama y me acerco a la suya con una única intención en mente. En sus ojos veo el deseo y algo más, algo que no puedo o no sé interpretar.

—Gray, no creo que… —susurra, pero no termina la frase.

Avanzo hacia él sin dejar de observarlo. Sé que no he sido del todo sincero, que le he dado respuestas evasivas, incluso hemos tenido malentendidos; pero eso es lo que sucede cuando sales de tu zona de confort y te enfrentas a tus miedos y deseos sin saber cómo controlarlos.

Recuerdo la conversación que acabo de mantener con Dave y Harper y, aunque no quiero admitirlo, la confusión sigue ahí. Las personas entran y salen de mi vida con una velocidad sorprendente, a veces de forma tan rápida que ni siquiera tengo tiempo para sentir nostalgia por ellas.

Dave tiene razón, debo dejar el pasado atrás, esa ancla que ya no se aferra a ningún lugar y me impide seguir adelante.

—Lamento haber estado distante, pero necesitaba entender algunas cosas —le confieso a Miller.

Le veo asentir.

—De acuerdo.

—Ahora creo saber lo que quiero.

Miller abre la boca como si fuera a decir algo, pero la cierra de golpe. Me acerco a su cama y retiro lentamente el nórdico.

—Mi padre ha empeorado —suelto, mientras Miller me hace un hueco.

—Lo siento. —Le oigo decir.

Sé que es cierto, que lo siente. Él mejor que nadie conoce mi situación.

—Es el final.

La atmósfera parece congelarse y mi mirada sigue clavada en el techo. Necesito sentir algo, pero no puedo y eso de alguna manera me está matando poco a poco.

—¿Cómo lo has sabido?

—Dave y Harper me han llamado y me han puesto al corriente de la situación —susurro.

Se acerca, rodea mi cintura con el brazo y me estrecha contra él.

—¿Qué puedo hacer?

Tenerlo cerca me reconforta y me hace sentir que tengo un corazón que late bajo mi piel,

músculos y costillas. Frank Donovan no es mi padre biológico, pero es el único padre que he conocido hasta ahora. Casi sin pretenderlo, Dave Suvari ha ocupado su puesto.

En los últimos años, Frank ha bebido hasta la extenuación con el único fin de olvidar el doloroso final de su esposa, Linda; pero lo único que ha conseguido es una cirrosis que lo está matando poco a poco.

Me culpa de la muerte de Linda, mi madre adoptiva.

Y no le falta razón.

Yo fui el último que la vio con vida. Fui su verdugo, la persona que le inyectó una dosis de morfina letal para que pudiera encontrar la paz que tanto deseaba tras luchar contra el puto cáncer que la estaba martirizando.

—Hiciste lo correcto —susurra Miller contra mi hombro, como si pudiese leer mis pensamientos.

—¿Tú crees? —le pregunto con cautela.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me siento tan culpable?

—Porque eres un tío con principios.

Sonrío ante la respuesta. Si hace una semana alguien me hubiese dicho que estaría compartiendo algo más que cama con un amigo, le habría partido la cara.

—Dave me dice que no tengo por qué ir a verlo si no quiero.

Siento cómo sus dedos se pasean por mi abdomen y no entiendo cómo una caricia puede llegar a ser tan excitante.

—Y tú, ¿qué quieres hacer?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. La última vez que nos vimos no fue muy cordial que digamos.

Recuerdo aquel momento como si hubiera sido ayer. Los gritos de Frank, sus aspavientos fuera de control, mientras vociferaba que yo había matado a mi madre; pero lo cierto es que no tiene ningún sentido negarlo, fui yo quien escuchó su último soplo de vida.

—Cuando te dijo que te fueras de casa no sabía lo que hacía.

Miller tiene razón, cuando Frank me echó del único hogar que había conocido estaba cegado por el alcohol y la tristeza.

—Lo sé.

—Bien —responde Miller.

Me vuelvo hacia él y lo miro a los ojos. En ellos veo reflejada la compresión y una ternura infinita. Lo cierto es que mi bisexualidad me ha pillado por sorpresa, es una situación compleja y algo confusa todavía para mí.

—No tienes por qué decidirlo ahora.

Tiene razón, no tengo que tomar una decisión en este momento.

—Eso también lo sé —afirmo.

—De acuerdo —musita en voz baja.

Tengo frío y mi cuerpo parece entumecido, a pesar de tener a Miller a mi lado. Él parece darse cuenta y me abraza con más fuerza.

—No pienses en él —dice.

Su aliento acaricia mi cuello y me sobrecojo.

—Es complicado no hacerlo —confieso mientras los recuerdos se agolpan unos contra otros.

Frank y Linda Donovan me adoptaron cuando Harper me dio a luz a los dieciséis años. Es ese tipo de historia larga y demasiado triste que podría encabezar la noticia de un informativo o la trama de una novela. Harper Foster pasó mucho tiempo dando tumbos por el mundo, pero al final encontró el camino para llegar hasta mí.

—¿En qué piensas?

—En todo y en nada.

—Esa es una respuesta muy ambigua, ¿no crees?

Intento olvidar lo insignificante que me siento. Esbozo una sonrisa mientras nuestras pieles se tocan.

—Pienso que he tenido dos madres y un padre, y me siento más huérfano que nunca.

Miller se tensa ante mi respuesta, pero no por ello deja de abrazarme. Siento su cuerpo y escucho el sonido de su respiración, al tiempo que la paz y la tranquilidad comienzan a adueñarse de mí. En momentos como este quiero que el mundo se detenga, que la Tierra deje de girar.

—No elegimos a nuestros padres, Gray —me recuerda con un suspiro.

Sé que Miller tampoco lo ha tenido fácil. Ha vivido con su abuela desde que tiene uso de razón.

—Tampoco elegimos nuestro destino.

—En eso discrepo —rebate Miller.

—Tú elegiste darle otra oportunidad a Harper y, gracias a eso, Dave y ella están juntos y han formado una familia contigo.

Percibo que pone más énfasis cuando pronuncia la palabra: «familia».

Quizás tenga razón.

—Y… —continúa— decidiste no abandonar el *hockey*, lo que te permitió obtener una beca y estudiar en la universidad que deseabas.

—De acuerdo, es posible que tengas razón —admito.

Le escucho reír contra mi hombro y luego ponerse serio. Siento su excitación contra mis nalgas y eso hace que lo desee como nunca he deseado a nadie.

—Y cuando decidí venir a esta universidad, solicité en Admisión compartir habitación contigo.

Me olvido por un momento de su pene, giro la cabeza y lo miro, sorprendido ante su confesión.

—En serio, ¿hiciste eso?

—Sí, pero como has podido comprobar tú mismo, no tuve suerte.

Intento buscar algún sentido a esas palabras.

—¿Por qué me lo cuentas?

Miller responde enseguida haciendo gala de su sentido del humor.

—Necesitaba saber si roncabas o no.

Asombrado por su inesperada y divertida respuesta me echo a reír.

—Y ¿bien? —pregunto—. ¿Cómo son mis ronquidos?

—Mucho peor de lo que imaginaba.

Es inevitable, cada minuto que pasa me siento más atraído por él. Lo cierto es que no estoy enfadado; me alegro de que haya insistido. De no hacerlo nos habríamos perdido muchos momentos, como el hecho de compartir cama en este instante.

Se pone serio.

—Hablemos de lo que sucedió el otro día.

El hecho de que saque a relucir ese tema me confirma que él también necesita respuestas. Me pongo en guardia al segundo. Negarme sería una tontería; Miller dirá que no fue una situación del destino, sino que yo accedí.

—¿Tenemos que hacerlo?

Me coge de la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Estás en mi cama, ¿no?

Sigo mirando al techo, más por vergüenza que por otra cosa, pero esta cama es el lugar más reconfortante del mundo en este momento.

—Me siento bien aquí.

—De acuerdo.

Cierro los ojos y lucho contra todas las contradicciones y frustraciones que me invaden.

Miller es como un bálsamo de paz y me da la impresión de que puede llegar a ser adictivo.

—Me gustan las chicas —digo de repente.

No puedo verlo, pero sé que tiene los ojos abiertos y que me está observando. Trago saliva y espero a que diga algo.

—Y entiendo que los chicos también.

—Eso está por ver —suelto sin pensar.

Sus manos empiezan a bajar despacio por mi costado hasta aferrarse a mi cadera, mis músculos se tensan a su paso y mi respiración se agita. Aunque quisiera negar mi excitación, las pruebas son más que evidentes: mis pezones se han endurecido y mi polla está dura como el mármol.

—Creo que sí te gustan.

—Me gustas tú —manifiesto.

Me estrecha contra sí y vuelve a besarme el hombro.

—Eso que has dicho es muy bonito —me susurra.

Comienzo a calmarme y mis miedos se tornan menos violentos contra su cuerpo.

—No tenemos que hacer nada, pero quédate, por favor.

Me duele el corazón al escucharle decir eso.

—Creo que soy bisexual, Miller.

—Eso está bien, que te gusten los chicos y las chicas.

No parece muy seguro, así que insisto:

—Me gustas tú.

—Eso ya lo has dicho.

—No quiero dudas.

—Ha quedado claro. —Me besa con ternura en el hombro.

Llevo mi mano hacia su vientre y tanteo hasta encontrar lo que busco. Acaricio sus testículos. Da un pequeño respingo y le escucho aguantar la respiración.

Me doy la vuelta en la cama y lo miro. Él me roza la mejilla con los labios. Como respuesta, hundo la mano en su cabello y lo peino con los dedos.

—No tenemos que hacer nada si no quieres —repite, observando fijamente mi rostro.

—Lo cierto es que quiero hacerlo.

No sonríe, no hace ningún gesto revelador. Sube una mano por mi pecho y me acaricia el pectoral.

—¿Estás seguro?

—Sí —contesto.

Su cuerpo caliente y duro está a mi lado y eso hace que me sienta tranquilo, nada presionado. Es una sensación inexplicable.

—Ven aquí —me pide al tiempo que me besa, bajando la mano hasta las nalgas y apretando mi trasero sin hacerme daño. Aprovecha el momento para besarme el cuello, luego la clavícula y, por último, la nuez.

Gimo de puro placer, por sentir cada uno de sus besos por todo mi cuerpo. Sube despacio y lame mi esternón, lo que hace que mis testículos se tensen aún más. Luego, sigue ascendiendo hasta llegar a mi boca y una vez ahí, me besa como si no hubiera un mañana. Mete su lengua entre mis dientes y jadeo por la intromisión. Aún tengo los dedos enredados en su pelo y le doy un suave tirón, demostrándole que me encanta su sabor y sus besos.

Su duro y cálido cuerpo se coloca sobre el mío, mueve las caderas y nuestros miembros exaltados chocan el uno con el otro. Aguanto la respiración, al tiempo que la excitación me invade.

—Espera… —gimo.

Su mirada busca la mía.

—¿Estás bien?

Asiento en silencio.

—Quiero hacerlo yo —digo.

—Gray… —replica, mirándome a los ojos.

Pero yo pongo mis dedos en su boca y consigo hacerlo callar.

—Es lo justo.

Le beso con suavidad, seguro, tratando de volverlo loco, y espero que sea suficiente porque no tengo muy claro qué hacer a continuación.

—Gray, no tienes que hacer nada que no te apetezca.

—La verdad es que quiero hacerlo.

Aún me asombra sentir todo esto por él, desearlo con tanto anhelo. Lo beso con ansias renovadas y hago que su espalda toque el colchón. Bajo despacio, saboreando cada tramo de su piel hasta llegar a la ingle. Una vez allí, me llevo la punta de su erección a la boca.

—Joder —jadea y arquea la espalda cuando saboreo su prepucio.

—¿Te gusta? —pregunto inseguro.

—¡Joder, sí! —grita con voz ronca.

Le cubro con la mano la boca, al tiempo que bajo despacio y succiono su miembro.

Miller se retuerce, mientras sus palabras se ahogan en la palma de mi mano. Eso es una buena señal, significa que lo estoy haciendo bien. Empujo su miembro dentro de mi boca y Miller se retuerce de puro placer. Retira mi mano y exhala mi nombre. Experimenta una sacudida cuando vuelvo a engullir su polla.

—Joder, Gray…

—¿Qué?

Como respuesta, gime.

—No pares. Sigue.

Me estremezco y se me corta la respiración cuando lo escucho. Verlo disfrutar hace que nuevas sensaciones recorran mi cuerpo y me provoquen un hormigueo en mi zona más sensible. No estaba seguro de que esto me gustara, pero debo reconocer que estoy disfrutando más de lo

que jamás hubiera imaginado.

Le oigo jadear y susurrar mi nombre.

—Voy a correrme —anuncia con voz entrecortada.

—Creo que es mi momento —comento divertido.

Pero él me aparta, se pone de rodillas sobre el colchón y se masturba con la mano hasta correrse. Satisfecho con su orgasmo, se acerca a mí y me besa en los labios.

Incapaz de hacer nada, lo miro extasiado.

—Siento haberte apartado de ese modo —se disculpa.

Salgo de mi propio estupor y parpadeo.

—Podía haber terminado lo que he empezado —digo con brusquedad.

—Lo sé —indica bajando la mirada y sonriendo a mi miembro hinchado y excitado.

—Pero es mi turno. Me muero por devolverte el favor.

Me obliga a tumbarme. Cuando siento su boca en la punta de mi pene, cierro los ojos y el corazón se me dispara. Me llevo las manos a la frente y aspiro una enorme bocanada de aire.

Nunca he estado en el paraíso, pero la sensación debe de ser muy parecida a la que estoy teniendo ahora mismo. Cuando llego al orgasmo, me dejo ir y mis pulmones se quedan vacíos.

Nunca pensé que otro hombre pudiera hacerme sentir así; pero no es el momento de reflexionar sobre ello, porque soy incapaz de pensar. Mi cerebro está en *stand by*.

CAPÍTULO 16

MILLER

Recorro la calle en dirección a la librería, como si hubiera activado el piloto automático; mi mente está completamente absorbida por Gray. Los últimos días han sido una experiencia increíble. Hemos disfrutado de nuestra propia burbuja, que en realidad es nuestra habitación. Solo puedo pensar en su boca, en sus manos o en sus preciosas nalgas. Sus ojos, su voz y su risa están grabados en mi memoria y en mi retina de una manera que jamás podré olvidar.

Desde que nos hemos acercado el uno al otro, todo ha cambiado. Y creo que para bien. Cada conversación, cada mirada, cada risa compartida es un bálsamo de paz que alimenta mi alma. Nunca antes había sentido una conexión con alguien de esta manera, tan real. Durante estas últimas semanas, Gray se ha convertido en alguien muy especial y solo espero que él no dude de mí y no se aparte de mi lado, como lo ha hecho en las ocasiones anteriores. Si eso llegara a suceder, desgarraría mi corazón en pedazos, me destrozaría por completo.

Cruzando la calle, me río yo solo ante las diversas formas en las que el amor se manifiesta. No hemos llegado más allá, solo nos masturbamos el uno al otro, y eso ya es increíble. Todo un reto. No quiero pensar en cómo sería el sexo anal con él, porque soy muy consciente de que Gray necesita tiempo para adaptarse a la situación.

El aire frío viene cargado de humedad y un inconfundible olor a tormenta lo impregna todo. Levanto la mirada al cielo y observo su celaje con cierta cautela; en este momento, la idea de bailar bajo la lluvia no está en absoluto dentro de mis planes. Escucho mi nombre y bajo de la nube en la que he estado flotando durante los últimos días. Me giro y veo a Rick, que corre hacia mí. En un primer instante siento la necesidad de escapar en dirección contraria, pero reconozco que sería un poco mezquino. No hemos vuelto a hablar ni he respondido a sus mensajes desde la pelea con Wolf, lo que considero poco respetuoso por mi parte. No me siento orgulloso de mí mismo.

—Hola, Miller —saluda con falta de aliento debido a la carrera que acaba de hacer—. ¿Todo bien?

No es una pregunta complicada, pero no tengo muy claro cómo debería responderle. Rick y yo solo nos hemos enrollado en varias ocasiones en el baño, entre nosotros no hay ningún tipo de compromiso. No le debo nada y él a mí tampoco. Entonces, ¿por qué me siento de esta manera? Tan culpable.

—Sí, todo bien —respondo, tratando de parecer lo más natural posible.

—Estupendo. ¿Preparando la vuelta a casa?

De repente, me doy cuenta de que faltan menos de dos semanas para la Navidad. He estado tan inmerso en nuestra burbuja que el tiempo ha pasado volando.

—Sí, sí… —logro responder al fin.

Me mira y medio sonríe.

—Parece que has estado ocupado… —me suelta.

No puedo evitar sentir en su voz un ligero retintín como insinuando: ¿por qué no me has

llamado o devuelto los mensajes?

—Sí —afirmo—. Necesito aprobar los últimos exámenes.

Rick suelta un suspiro que denota su desilusión.

—Es una verdadera lástima —comenta Rick con una sonrisa irónica—. Tú y yo lo pasamos bien juntos.

Ante sus palabras, dirijo mi mirada hacia el escaparate de la librería, como si fuera una especie de salida de emergencia. Bajo la cabeza, visiblemente incómodo. He quedado aquí con Gray y sé que no tardará en llegar.

—Ah, si me disculpas… —comienzo a decir—. Tengo prisa, debo comprar algunos libros.

Antes de poder dar un paso, él coloca su mano en mi pecho, deteniéndome.

—¿He hecho algo mal? —pregunta en tono calmado.

Aprieto los labios mientras lo miro a los ojos. Rick es endiabladamente atractivo, pero no tanto como Gray.

—No, claro que no —contesto, retrocediendo un paso, como si quisiera protegerme de mi propia vulnerabilidad. La mano de Rick cae y aprovecho la oportunidad para distanciarme y dirigirme a la librería. Él me sigue y entra conmigo.

—Venga, tío, no soy imbécil.

Hago un esfuerzo por mantener el semblante tranquilo y afable cuando el dueño de la librería, al escucharnos, despega los ojos del libro que está leyendo y nos observa con curiosidad.

—Buenas tardes —nos saluda.

Yo respondo al saludo con una leve inclinación de cabeza y Rick, detrás de mí, también lo hace. Sin demora, me dirijo a la sección de arquitectura, escuchando sus pasos que me siguen de cerca. Cierro los ojos durante un segundo, tratando de apelar a la poca paciencia que tengo y después me giro.

—Lo que sea que hayamos tenido, ha llegado a su fin —afirmo.

Rick aprieta los labios, pero no dice nada.

—Sé que no me debes ninguna explicación, pero me gustaría que me dieses una.

Mi seguridad en mí mismo se desarma al instante. No soy el tipo de hombre que pasa de otro sin razón, pero, en este momento, debo ser cauto y pensar en Gray por encima de todo. Lanzo un suspiro sonoro con la intención de que Rick perciba mi frustración.

—Se acabó, Rick.

—Y ¿eso es todo? —inquiere mirándome directamente a los ojos.

Entonces me doy cuenta de algo: Rick siente algo por mí.

Lo que para mí ha sido una aventura sin importancia, para él no.

Recuerdo nuestros encuentros en los aseos y todos esos pensamientos indecentes que hemos compartido entre gemido y gemido. Me siento estúpido por no haberme dado cuenta antes de lo que estaba sucediendo. La reacción de Rick solo ha hecho confirmar mis sospechas.

—Lo siento —murmuro, porque sé que ninguna disculpa es suficiente para desvanecer las esperanzas de alguien.

—¿Lo sientes? —repite con los dientes apretados—. Y ¿ya está?

Me fijo en cómo sus músculos se tensan y un atisbo de pánico me hace querer sacarlo de la librería antes de que descargue su furia y arremeta contra alguien o algo. Hago un gesto como si fuera a marcharme, pero en ese preciso instante la puerta se abre.

Cuando veo a Gray siento la necesidad de llevármelo a volandas de la librería y alejarlo

de Rick. Antes de que pueda hacer algo al respecto, Gray se acerca a mí y me regala una sonrisa que no pasa desapercibida para Rick.

Observo con cautela a Rick, notando una expresión tensa en sus labios y cómo sus músculos están encrespados todavía. Nos mira detenidamente y llego a la conclusión de que es consciente de lo que hay entre Gray y yo.

Me olvido de respirar unos segundos. Mantengo la boca cerrada, deseando que ese momento se volatilice, pero eso no sucede. Me siento expuesto y sé que cualquier cosa que haga solo empeorará la situación.

—Miller… —me llama Gray. Me vuelvo hacia él y parece percibir mi inquietud porque pregunta—: ¿Qué sucede?

En ese instante, Rick da un paso adelante y me apuntala con el dedo, luego hace lo mismo con Gray.

—Disfruta, campeón —le dice a Gray—. Sabe chuparla mejor que nadie.

Gray se queda lívido ante sus palabras.

El pánico se apodera de mí y salgo tras Rick. En el proceso me encuentro cara a cara con Debbie.

—Miller, ¿qué pasa? —Escucho preguntar a Gray a mis espaldas.

No le respondo porque mi mirada se ha quedado atascada en Debbie.

«La que faltaba».

Los celos se apoderan de mí de una manera inexplicable. Siento que esa chica es una extensión de Gray y viceversa.

Cansado, humillado y con la ira intensificándose en lugar de disminuir, doy unos pasos y luego otros para salir de la librería, sin saber qué decir ni qué hacer. Cuando veo a Rick corro hacia él, lo llamo, pero él me ignora por completo.

Vuelvo a llamarlo, pero el viento frío parece llevarse mis palabras. Cuando Rick se gira, doy un respingo y me detengo a escasos metros de él. Parece que pasa una eternidad hasta que decide hablar:

—Deberías haber sido sincero conmigo —señala, formando nubes de vaho con su aliento.

—Entre Gray y yo no hay nada —afirmo.

—No te creo, deberías ser sincero contigo mismo —indica antes de marcharse.

Observo el vacío que ha dejado Rick. Me percato de cómo las primeras gotas de lluvia bañan mi rostro y luego tocan el suelo. Está a punto de oscurecer y yo sigo debatiendo qué debo hacer. De pronto la lluvia se convierte en un aguacero. Cierro los ojos e intento convencerme a mí mismo de que no pasa nada. Sin embargo, sé que no es cierto. Levanto la cabeza de forma que el viento agita mi rostro, formando remolinos entre mis piernas. La calle de pronto se vacía de viandantes y se llena de agua. Miro hacia el suelo, donde se han formado charcos y gorgoritos que la corriente arrastra a su paso. Y yo me quedo aquí, sin saber qué hacer, empapado y tiritando de frío.

Escucho mi nombre. Me doy la vuelta y veo a Gray a través de la cortina de agua, llamándome. Nos miramos y ambos sabemos al instante que algo ha cambiado. Tras él, veo a Debbie y su presencia me hace apretar los dientes. En vez de avanzar hacia ellos, retrocedo un paso y luego otro.

Gray grita mi nombre, que es llevado por las fuertes ráfagas de viento y lluvia. Calado hasta los huesos, y tiritando, tomo una bocanada de aire. Ya no es un secreto. Tengamos lo que tengamos Gray y yo, ya no nos pertenece. Ahora forma parte de otras personas, del mundo.

Cierro los ojos con la esperanza de que los daños colaterales no sean devastadores. Ahora soy más consciente que nunca de que Gray se merece a alguien mejor que yo.

CAPÍTULO 17

MILLER

Salgo de la ducha, envuelto en una toalla, levanto la cabeza de golpe y veo a Gray apoyado en la pared, con las manos metidas en los bolsillos. Ni siquiera le he oído entrar a la habitación. Su expresión muestra su descontento, como si estuviera esperando una explicación de lo que ha sucedido en la librería.

El aire de repente se carga de tensión, y tengo la impresión de que a ninguno de los dos nos gusta esta situación.

—Y, ¿bien? —me pregunta con la mirada seria.

Me basta ver sus adorables rasgos para que se me acelere el pulso y algo más. Me enderezo y me aclaro la garganta.

—¿Dónde está Debbie?

Gray parpadea despacio, como si necesitase asimilar lo que acabo de decir. Me siento estúpido. Sé que es una pregunta trampa, incluso demasiado arrogante para mí; pero necesito dejar escapar toda la frustración que he estado conteniendo, así que, respiro hondo y me preparo para recibir una respuesta cortante.

—Ha ido a la biblioteca —me indica, pero su tono de voz va cargado de reproche.

Desvío la mirada hacia la ventana azotada por la lluvia. Trato de hacer gala de la objetividad que me caracteriza, pero en ese momento no me siento con fuerzas. Debbie tiene todo el derecho de estar donde quiera y con quien quiera. Entonces, ¿a qué ha venido mi pregunta?

Exhalo un suspiro y me doy cuenta de que sigo celoso, más de lo que he estado jamás. Eso no puede ser bueno.

—Miller, te estoy hablando.

Doy un pequeño respingo y dejo de mirar las gotas de lluvia que se adhieren a los cristales de la ventana.

—No tengo nada que decir.

Le doy la espalda y me dirijo a mi armario en busca de algo de ropa. Tiro de la puerta con una fuerza inusitada, haciendo que la estructura de madera tiemble. A causa de la carrera he llegado empapado, temblando de frío, razón por la que me he dado una ducha.

—¡No tienes nada que decir! —grita.

—Eso es lo que he dicho; sí. —Me vuelvo y me lo encuentro observándome atentamente.

—Soy yo quien debería preguntarte por ese tío que estaba contigo en la librería —dice, despegándose de la pared y acercándose a mí.

La animadversión entre nosotros es más que palpable y el aire que nos rodea casi irrespirable.

—No es nadie importante —explico.

—Por lo que pude ver, a mí me pareció que sí lo era.

Me yergo y me aclaro la garganta.

—Pues te equivocas.

Recibo una mirada airada por su parte que hace que me encoja por dentro. Su expresión permanece inalterable, así que me rindo:

—Está bien. ¿Qué quieres saber de él?

Gray me mira con los ojos muy abiertos, como si no se creyese lo que acabo de preguntarle.

—Por ejemplo, su nombre…

—Se llama Rick —contesto sin más.

—Rick… —repite él. Sus ojos azules me taladran.

—Está claro que hay algo entre vosotros.

Sería una tontería negarlo; Gray estaba allí y fue testigo de la tensión reinante entre Rick y yo.

—Lo hubo —afirmo con un tono tajante mientras me visto.

Enarca una ceja, sorprendido.

—¿Por qué no me has hablado de él?

—Porque lo que hubo entre nosotros no fue importante.

Una sombra de duda cruza su cara y me rindo a la evidencia: no me cree.

Termino de ponerme los pantalones y me abrocho la bragueta.

—¿Fue un rollo?

—Ni siquiera fue eso —aclaro, y cierro la puerta del armario con más fuerza de la necesaria. Me enfurece que el corazón me lata tan deprisa, que lo desee con todo mi cuerpo y alma.

—Entonces… —La tensión en la habitación es palpable. Gray saca las manos de los bolsillos y hace un gesto con ellas, como si intentara buscar las palabras adecuadas en medio de la tormenta emocional que se avecina.

—¡Joder, Gray! —exclamo frustrado—. Nos veíamos de vez en cuando. Íbamos a los aseos y el resto ya te lo puedes imaginar. Yo no te pregunto con cuántas chicas te has acostado.

Gray sigue mirándome con la barbilla levantada, con ese gesto retador que conozco demasiado bien, tanto fuera como dentro de la pista de hielo.

—No me lo has preguntado; si lo hubieras hecho te habría respondido, pero ahora soy yo el que pregunta y espero una respuesta por tu parte —me suelta.

Quizás Gray tiene razón, nunca le he preguntado porque temía conocer la verdad. Respiro profundamente y echo a un lado mis dudas.

—Ya te he dicho que no fue importante —comento, más cansado de esta conversación de lo que quiero confesar. Me siento en la cama, me pongo los calcetines y después me calzo.

—Quizás para él sí lo ha sido.

Levanto los ojos de mis deportivas, lo contemplo en silencio y me limito a alzar una ceja.

—Lo he visto, Miller. Ese tío siente algo por ti.

Me levanto de la cama, meto las manos en los bolsillos, inhalo de nuevo y dejo salir el aire despacio. Su forma de ver las cosas me deja perplejo. Sí, es cierto lo que dice Gray, sé que Rick lo está pasando fatal. Yo mismo lo estoy viviendo en mi propia piel, lo que es querer con toda mi alma a alguien y no poder tenerlo. Sin embargo, lo que ha pasado en esa librería me ha hecho abrir los ojos: no puedo arrastrar a Gray conmigo. Él es un jugador brillante de *hockey* con un futuro más que prometedor, mientras que yo soy alguien totalmente reemplazable.

—Es tarde…

—¿Tarde? —pregunta, mirándome.

—Sí, tarde para todo. —Bajo la cabeza y trago saliva—. Para él y para nosotros.

Me contempla en silencio unos segundos y cuando entiende lo que quiero decir, aparta la mirada al instante.

—No te puedo arrastrar conmigo, Gray —le explico.

—Eso tendré que decidirlo yo, no tú… —replica, cruzando los brazos y metiendo las manos debajo de las axilas.

—Es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? —inquiere con tono cansado.

—Para ti —contesto con determinación—. Ya que tú no piensas en ti mismo, tendré que hacerlo yo. Tu presente y tu futuro es el *hockey* y no voy a ser yo quien eche por tierra tu carrera ni que seas portada de la prensa sensacionalista.

Los ojos de Gray se convierten en un azul glaciar.

—Tú mismo me lo dijiste —prosigo—. Eres bisexual. Te gustan las chicas. ¿Por qué arriesgarse a que te tachen de gay?

No dice nada porque sabe que tengo razón; así que me agacho en busca de mi maleta, ubicada debajo de la cama, y sé muy bien que su mirada y sus miedos se van conmigo.

—¿Qué haces?

—Busco mi maleta —respondo.

—¿Vas a marcharte?

—Vuelvo a Midway antes.

—¿Así, sin más? —pregunta tajante e impasible.

Es una decisión poco meditada, pero necesaria. Aunque Gray no me lo está poniendo fácil. Palpo el suelo y mis dedos tropiezan con algo que claramente no es lo que estoy buscando. Lo arrastro hasta mí y encuentro un libro con la cubierta llena de polvo y las hojas amarillentas y destrozadas. Leo el título: *Matar a un ruiseñor*. Lo confieso, limpiamos poco o nada la habitación. Supongo que pertenecemos a esa élite de jóvenes a los que nos gusta desobedecer las órdenes de nuestros mayores y revolcarnos en nuestra propia basura.

—¿Qué es esto?

Tomo el libro y le muestro la portada a Gray.

—Es evidente que limpiamos poco. ¿Es tuyo? —pregunto.

Gray niega con la cabeza.

—No.

Por algún motivo, decido creerle. Gray jamás trataría un libro de esa manera; es un amante de las letras.

Decido abrirlo, y lo que encuentro me deja perplejo. Las hojas han sido meticulosamente recortadas, transformando el libro en una especie de escondite secreto. En su interior descubro varias pequeñas bolsas de plástico que albergan de forma suspicaz una cantidad desconocida de pastillas. Cuando alzo la mirada, me encuentro con los ojos de Gray, que me observan con una expresión mezcla de sorpresa y temor.

Me mira con atención. Nervioso.

—No tengo ni idea de qué es eso —dice con urgencia—. Deben de ser de Lucas. Recuerdo que me escribió para decirme no sé qué de un libro, pero no le hice caso.

Lo único que veo es a Gray en aquella habitación. Sigo deseándolo y necesitándolo, pero nuestra conversación y ese libro ha sacado a relucir la cruda realidad. Si me olvido de esa cantidad ingente de pastillas, me enfrento a mi propio arrepentimiento. Gray baja la cabeza un

segundo y se acaricia el estómago. Mi mirada queda atrapada en ese gesto y en el deseo que siento por él.

—Tienes que creerme —me suplica.

Por alguna razón lo hago, no necesito complicarme más la vida. Bajo la mirada, tomo el libro entre las manos y me dirijo al baño. Con determinación, levanto la tapa del retrete y comienzo a vaciar las bolsas.

Necesito protegerlo de cualquier peligro, sea cual sea. Le quiero y este es el precio del amor.

—No es fácil de explicar, lo sé —dice tras de mí.

—Esto ya no va a ser un problema —indico en voz baja mientras tiro de la cisterna.

—Te juro que no tengo nada que ver con eso —insiste, señalando el retrete.

Volvemos a quedarnos callados y ni siquiera el ruido de la cisterna consigue romper ese tenso silencio que nos envuelve. Me doy cuenta de que sigue asimilando la situación.

—El decano cree que estás involucrado en todo esto —comento, tirando las bolsas a la papelera y cerrándola después con un nudo.

Parpadea al oír lo que acabo de decir.

—¿Cómo lo sabes?

—Él mismo me lo dijo.

Él se aparta cuando yo salgo del baño. Vuelvo hacia mi cama y, una vez de rodillas, busco mi maleta. Esta vez la encuentro. La abro y meto el libro en su interior. Lo llevaré a Midway y, una vez allí, lo quemaré.

—¿Cuándo has hablado con él? —quiere saber.

Sé que se está refiriendo al decano; así que decido responder con sinceridad:

—Me llamó a su despacho y me preguntó por ti.

—¿Que te preguntó por mí? —cuestiona incrédulo.

Dejo de meter ropa en mi maleta. Sé que estoy siendo cruel, pero la desesperación es mayor que la culpa que siento por utilizar esa información contra él.

—Me sugirió que podía vigilar tus idas y venidas.

Le veo apretar la mandíbula con fuerza. Aunque no me siento orgulloso, sé que es el principio del fin. Sin embargo, es necesario.

—Solo quiero que sepas que no acepté.

Levanta la cabeza muy despacio y me encuentro con sus ojos azules llenos de angustia.

—Pero estás aquí —murmura.

Cuando su voz se quiebra, algo dentro de mí también lo hace. No tengo ni idea de lo que va a ocurrir, ni tampoco lo que somos el uno para el otro, pero Gray necesita volver a su vida de antes.

—Lo siento mucho.

—Tienes razón, Miller. Lo mejor será que te vayas —sentencia con brusquedad, no aceptando así mi disculpa.

Lo llamo antes de que salga por la puerta, pero él, como era de prever, me ignora.

El portazo retumba en las paredes de la habitación, sacudiendo el aire con su fuerza. Me dejo caer en el suelo, abrumado por la magnitud de lo que acaba de suceder, y entierro la cabeza entre las manos. Soy plenamente consciente de que lo he perdido para siempre.

Soy un auténtico imbécil.

CAPÍTULO 18

GRAY

Observo a Dave mientras se toma su tiempo para explicarle a uno de los chicos una jugada. Estar de vuelta en Midway, en este pabellón, hace que una multitud de recuerdos afloren al mismo tiempo.

Dave y Harper me han recibido con los brazos abiertos, encantados de que vuelva a casa, pero saben que algo no va bien. El aroma de la Navidad impregna el aire, una época del año que muchos anhelan olvidar, incluyéndome. No deseo escuchar villancicos, ni contemplar luces encendidas, ni experimentar ese espíritu festivo que invade la ciudad y a la gente estos días de diciembre. Solo necesito ver a Miller.

Pero no he vuelto a saber nada de él, no responde a mis llamadas ni wasaps. Ni siquiera me ha escrito o llamado para darme el pésame por la muerte de mi padre.

Y eso me inquieta. Le echo de menos, más de lo jamás imaginé que haría.

El teléfono vibra en mi bolsillo y lo saco esperanzado, pero también con el corazón encogido. Leo el nombre en la pantalla y luego miro hacia Dave, quien continúa en el centro de la pista dando instrucciones a los chicos. Finalmente, mis ojos vuelven a la pantalla.

Es Debbie, que aguarda mi respuesta.

Debbie: Estoy aquí, ya lo sabes.

Dejo escapar un profundo suspiro y me obligo a sonreír. Se lo he confesado todo, incluido lo que siento por Miller. Si al principio pareció sorprendida, ahora parece haberlo aceptado.

Yo: Lo sé. Gracias.

Debbie: ¿Cómo estás?

Sé que se refiere a la reciente muerte de mi padre. Un día antes de las vacaciones, Harper me llamó para darme la noticia. Recuerdo a Frank antes de que las cosas se complicaran. No fue un mal tipo, solo un hombre que no pudo o no supo enfrentar el cáncer de su esposa. El alcohol le echó un pulso y él lo perdió.

Fin de la historia.

Sumido en la frustración, respondo:

Yo: Bien. No quiero que te preocupes.

Debbie: ¿Qué tal el funeral?

Yo: Como era de esperar, nada reseñable. Un sermón y muchos pésames de gente que ni conocía.

Debbie: Siento no haber estado contigo.

Yo: No sé cómo, pero siempre estás en los momentos difíciles.

Ella tarda un par de segundos en continuar la conversación, sabe a lo que me refiero, y no es a la muerte de mi padre.

Debbie: ¿Sabes algo de Miller?

Yo: No.

Debbie: Se le pasará, ya lo verás. Como todos los mortales, necesita tiempo.

Estoy a punto de discrepar, pero no me apetece hablar de cómo me siento. Tengo la impresión de estar fuera de mí y ver cómo pasa la vida como un espectador más.

Yo: Es posible…

Debbie: ¿Sabes? Debo confesarte que no me siento tan mal cuando pienso en que he sido destronada por un chico.

Vuelvo a sonreír frente a la pantalla, como si Debbie pudiera verme. Lo cierto es que se ha portado genial y lo sigue haciendo. Es una gran amiga.

Yo: Miller sigue sin hablarme, ni siquiera contesta a mis mensajes.

Debbie: Déjale espacio. Yo también me haría la dura contigo si me hubieras dado con la puerta en las narices.

Cojo aire para infundirme valor.

Yo: Tienes razón.

Debbie: Siempre tengo razón, Gray. Ya deberías saberlo a estas alturas.

Me río por la respuesta. Debbie siempre tan espontánea, tan auténtica. Es una lástima que no sienta por ella lo que siento por Miller.

Escribo una respuesta rápida:

Yo: Disfruta de la Navidad. Nos vemos a la vuelta.

Debbie: Sí, nos vemos pronto. No te metas en líos mientras tanto. Y deja la culpa en Midway antes de volver a la universidad.

Dejo el móvil y mi mirada vuelve a la pista. Los chicos han terminado el entrenamiento y ya no se escucha el clásico ruido de las cuchillas al rozar el hielo.

Veo que Dave se acerca hasta mí patinando.

—¿Crees que te animarás la próxima vez? —pregunta con los antebrazos apoyados en las bandas de protección.

—Es muy posible —contesto, no muy animado. Dave se pasa la mano por el pelo, lo que indica que mi respuesta no le ha satisfecho del todo. Quizás esa es la razón por la que da a mi tono de desazón la importancia que merece.

Deja caer la mano, mira sobre su hombro y alza la voz:

—Podéis ir a los vestuarios; nos vemos mañana.

Los chicos levantan sus *sticks* en señal de que han entendido la orden. Cuando los veo irse, no puedo dejar de sentir nostalgia. Lo cierto es que echo de menos los días en el instituto y los entrenamientos con Dave.

—Harper está preocupada…, y, si te soy sincero, yo también.

Me alegra que diga Harper, en vez de *tu madre*. Lo cierto es que aunque necesite una madre, aún no estoy preparado para meter a otra en mi vida.

—No tenéis de qué preocuparos.

Como era de esperar, a Dave no le convence la respuesta. Cruza las tablas de contención para salir de la pista y, una vez allí, anda con cuidado para no estropear las cuchillas de los patines. Se sienta a mi lado y me mira como si quisiera adivinar en qué estoy pensando.

—¿Es por tu padre? —pregunta Dave—. Si es por él…

—Está muerto, ya no puede hacerme daño —le interrumpo antes de que pueda acabar la frase.

Coloca los antebrazos en las rodillas y resopla impaciente.

—¿En la universidad va todo bien?

—Todo lo bien que puede ir el segundo año de carrera. El cambio es más que sustancial,

ya sabes cómo va esto.

Su mirada se pierde en la distancia mientras asiente.

—Recuerdo esa época muy bien. —Sonríe y me mira.

—¿Estás integrado en el equipo? —pregunta—. Conozco a Tom, el entrenador, y sé que es un palo duro de roer.

—No te falta razón, por eso te prefiero a ti.

Sonríe abiertamente.

—Me gusta que pienses así, eso hace que me sienta menos culpable cuando os grito.

Entre nosotros se hace un intenso silencio que parece que ninguno de los dos quiere romper. Al final, Dave se decide:

—De acuerdo. Estoy perdido, ¿puedes darme una pista?

La pregunta no me pilla por sorpresa; de hecho, la esperaba; pero eso no significa que desee huir de la conversación.

—Debería irme. Harper me pidió que cuidase de Bella para que ella pudiera ir al supermercado.

Antes de que pueda mover un solo músculo, Dave me agarra del hombro y me obliga a quedarme en el asiento.

—Harper podrá ir más tarde de compras. Créeme, lo entenderá… —En el rostro de Dave se dibuja una sonrisa de complacencia—. Si no es así, siempre puedes echarme la culpa a mí.

Lo miro y sonrío también.

—La abuela de Miller ha llamado a Harper…

Frunzo el ceño y giro la cabeza tan deprisa que algunos músculos de mi cuello se resienten. Sus palabras hacen que me sienta culpable de inmediato.

—¿Se encuentra bien? —pregunto preocupado.

—Es curioso, yo te iba a preguntar lo mismo —comenta Dave con el semblante serio.

Lo miro y veo que enarca sus cejas, esperando una respuesta.

—¿Qué pasa entre vosotros? —cuestiona, insistiendo de nuevo—. A Harper y a mí nos extrañó no verlo en el funeral de tu padre.

—A mí también. —Las palabras salen de mi boca de forma automática. Miro a Dave para evaluar su reacción y soy muy consciente de que mi respuesta le ha sorprendido.

Lo observo unos segundos, como si esperase que añadiese algo más. Él, ante mi evasiva respuesta, vuelve a tocarme el hombro en señal de apoyo. Dave Suvari es el tío más increíble que he conocido nunca, para mí el mejor jugador de la NHL. De no ser por una lesión de rodilla seguiría ahí, entre los más grandes; pero tras su retirada, en vez de comprarse una casa en algún paraíso, decidió regresar al pueblo que lo vio crecer y dedicarse a entrenar a futuras estrellas del *hockey*.

Luego llegó Harper y, sin pretenderlo, yo.

—Sé que entre vosotros las cosas nunca han sido fáciles.

—Eso es cierto —reconozco.

—Pero he supuesto que el pasado ya lo habíais dejado atrás.

—Al parecer no es así —declaro parco en palabras. No quiero dar más explicaciones que las necesarias.

—De acuerdo. —Dave suspira al entender que ha tropezado con un muro—. ¿Al menos sabes si está bien?

—No sé cómo se encuentra, no responde a mis llamadas ni mensajes —confieso al fin.

La mirada de preocupación se intensifica en sus ojos.

—¿Hay algo que deba saber? —pregunta.

No sé si quiero o deseo responder a esa cuestión, porque temo las respuestas.

—Gray… —insiste Dave.

—Durante las últimas semanas en la universidad hemos compartido habitación —digo con la mirada puesta en la pista de hielo.

Dave se recuesta en el respaldo del asiento y exhala profundamente.

—Entiendo…

Detecto un aire de inquietud en su voz, pero prefiero no ahondar en ello.

—Quizás deberías ir a verlo y hablar con él —sugiere con prudencia.

—No estoy seguro de querer escuchar lo que tiene que decirme —respondo demasiado rápido.

Dave me mira con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—¿Por qué?

—Lo supongo —replico con pesar.

—Suponer no es una certeza.

—Lo sé, pero hay respuestas demasiado complicadas —expongo, sintiendo la necesidad de explicarme. Soy consciente de que he llamado la atención de Dave. No sé qué más decir, y se me nota.

—¿Puedes ser más claro al respecto?

Me entra el pánico, pero sé que tengo que decirlo de una vez por todas antes de que la tensión se vuelva insoportable. Así que decido confiar en Dave:

—Lo que intento decirte es que estuvimos tonteando.

Dave exhala de manera audible y su mano se posa sobre mi hombro. Su gesto me reconforta. Sé que no es mi padre, pero a veces desearía que lo fuera. Guardo ese pensamiento para mí, no quiero complicar aún más la situación.

—Si algo he aprendido por experiencia es que las relaciones, sean del género que sean, nunca son fáciles. No sé qué tipo de crisis estaréis atravesando, pero una cosa tengo clara, no se solucionará por sí sola. —Dave suspira—. Si te importa, si le necesitas, habla con él. No permitas que el tiempo borre lo que sea que hayáis vivido.

Me aclaro la garganta, un tanto incómodo.

—No soy gay —confieso.

—Pero…

Me pongo como un tomate.

—Creo que soy bisexual.

—¿Lo crees o lo eres? —pregunta con calma.

Por alguna razón, me siento obligado a confesarle la verdad.

—Lo soy. Me atraen las chicas también —reconozco, y al pronunciar esas palabras me siento liberado.

Su expresión se suaviza y me mira con compresión.

—Y ¿puedo saber qué os ha llevado a esta situación?

Respiro profundo, tratando de reunir valentía dispuesto a confiar en él.

—Miller piensa que, si nuestra relación saliera a la luz, me perjudicaría.

Dave me observa con atención, y estoy deseando saber qué está pensando.

—¿Te refieres al *hockey*? —pregunta.

—Sí.

—Y tú, ¿qué piensas al respecto?

—Probablemente tenga razón —digo encogiéndome de hombros—. Quizás busque algo imposible en el mundo del *hockey*. —En mi mente se agolpan las últimas imágenes de Miller y yo en la habitación discutiendo.

—Ser gay no te hace ser mejor ni peor deportista. Es tu esfuerzo y constancia lo que te hace alcanzar la cima.

—Supongo que tienes razón —señalo, no muy convencido.

—Tengo razón, Gray. Sé que declarar que eres gay o bisexual en un mundo dominado por hombres es difícil, pero algo está cambiando. Solo necesitamos darle tiempo para que ese cambio sea definitivo.

—Y mientras tanto…

Me mira como si no supiera qué decir. Mantenemos un silencio cargado de pensamientos mientras observo cómo su mirada se pierde en la pista de hielo. Luego toma una profunda bocanada de aire, como si estuviera a punto de decir algo importante . Se inclina hacia delante, apoyando los codos en las piernas y entrelaza los dedos con gesto reflexivo.

—Si no hubiera ido a buscar a Harper, ella no estaría aquí. Nuestra hija, Bella, no habría nacido y mi vida sería diferente. No digo que mejor o peor, simplemente diferente —me recuerda —. Sería otro hombre, pero no estaría feliz, porque siempre me preguntaría qué habría pasado si hubiera ido a buscarla y hablado con ella. La duda estaría siempre ahí, y eso me habría atormentado hasta el fin de mis días.

Asiento mientras fijo la mirada en él. Los recuerdos de esos días que Dave menciona vienen a mi mente. Estaba demasiado distraído y absorto en sí mismo… Fue un tiempo complicado para todos nosotros porque Harper había dejado una huella inconfundible en nuestras vidas. Su ausencia dejó un vacío que nada ni nadie podía llenar.

Respiro con fuerza, dispuesto a tomar el timón de mi vida en lugar de dejarme llevar por la corriente.

—Hablaré con él —comento, aún frustrado conmigo mismo por mi abrupta partida que hizo temblar la puerta de la habitación al cerrarla de golpe.

Dave asiente con una sonrisa tranquilizadora.

—Esa es la decisión correcta. Si no lográis arreglar las cosas es porque debe ser así.

Le observo con atención, sabiendo que tiene razón.

—Harper no lo sabe…

Asiente despacio.

—Esto es una cuestión tuya; yo mantendré la boca cerrada.

Me echo a reír, sabiendo que para Dave eso será una tortura, no conozco a muchas parejas tan compenetradas como ellos. Bueno, tal vez Matt y Jules.

—Te lo agradezco. Ahora tengo que irme.

Dave extiende la mano y me golpea suavemente la nuca.

—Eso es lo que esperaba oír. ¡Buena suerte!

—Gracias. Creo que la voy a necesitar.

CAPÍTULO 19

MILLER

Para alguien que se empeña en pasar inadvertido, esconderse entre las sombras y evitar preguntas o esquivar miradas, siempre resulta complicado no destacar. Eso es lo que me ocurre desde que llegué a Midway. Mi abuela, con la astucia propia de los años, parece tener un don especial. Podría decirse que los ancianos desarrollan una especie de sexto sentido con el tiempo, acumulando experiencias que los mantienen en alerta constante.

Cuando escucho unos pasos acercándose, me giro y veo a mi abuela entrar al salón con una sonrisa que refleja cierta melancolía. Lleva entre las manos un jarrón rebosante de flores de Pascua, cuyo rojo contrasta con el blanco de la cerámica.

—¿Te gusta? —pregunta.

—Sí, es bonito —reconozco.

—Bien, porque lo voy a colocar aquí mismo —anuncia, eligiendo la mesa que preside el salón—. Fui a la librería de Jules, no te imaginas lo que he encontrado.

—¿El qué? —inquiero sumido en mis pensamientos mientras abro la caja de adornos navideños.

Mi abuela abandona el salón brevemente y regresa con una agilidad inusual para alguien de su edad.

—¡Mira!

Levanto la vista de la caja y la veo sonreír de una manera que no había visto en mucho tiempo. Leo el título del libro que sostiene entre las manos y mi corazón comienza a latir más rápido, mientras una sensación familiar y frustrante se apodera de mí.

«Matar a un ruiseñor».

Mi respuesta sale de forma automática: fuerzo una sonrisa.

A ella no le pasa inadvertida mi reacción.

—Vaya… —se queja—. Me extrañó ver uno igual en la basura y cuando lo cogí, me di cuenta de que estaba estropeado.

Gran error por mi parte, debí quemarlo, pero nunca imaginé que mi abuela rebuscase entre la basura.

—Algún estúpido había recortado las hojas, ¿te lo puedes creer? —cuestiona, mirándome con los ojos muy abiertos.

«El estúpido soy yo».

No respondo, porque ella lo hace por mí:

—Pues claro que lo sabes, tú mismo lo tiraste —dice con acritud—. ¿Por qué hiciste algo así?

Invento una excusa rápida:

—Lo encontré en la universidad y pensé que lo mejor era sacarlo del campus antes de que algún profesor se diera cuenta del estropicio.

—Aun no entiendo cómo alguien puede maltratar un libro de esa manera.

—Yo tampoco —aclaro.

Me siento totalmente decepcionado conmigo mismo. Debí haber sido más precavido, pero ya es tarde para lamentaciones. Vuelvo la mirada al libro y pienso en Gray. En cómo permití que me afectara su temperamento, en mi incapacidad y mi falta de paciencia que me llevaron a actuar como lo hice.

—Te lo agradezco mucho, abuela.

Acto seguido, dejo lo que tengo entre manos y me acerco a recoger el libro.

—Jules dice que es un clásico y uno de los libros preferidos de Gray, ¿te lo puedes creer? —inquiere entusiasmada.

No sé qué responder a eso, así que me limito a asentir. Me examina de arriba abajo con la mirada y se centra en mis ojos.

—¿Qué pasa, Miller? —pregunta preocupada—. Entre tú y yo jamás ha habido secretos.

—Claro que no, abuela.

Se dibuja una perfecta y hermosa sonrisa en su rostro arrugado que me hace sonreír a mí también.

—Muy bien. Entonces me vas a decir de una vez por todas, ¿por qué no has ido al funeral de Frank Donovan?

—Siguiente pregunta… —propongo.

Alzo los ojos hacia su sabia mirada, pero huyo de ellos apresurado. Su expresión severa hace que quiera escapar de allí, pero de hacerlo sería demasiado fácil y cobarde por mi parte. La oigo suspirar e intento que no me afecte.

—De acuerdo. He llamado a Harper y me ha comentado que Gray ha llegado hace un par de días. Entonces, ¿por qué has venido antes de tiempo a casa?

Abro la boca para responder, pero luego la cierro de inmediato. No estoy muy seguro de qué decir. No he hecho los últimos exámenes, algo que me repercutirá en un futuro, pero ahora no quiero pensar en eso.

—¿La has llamado? —pregunto airado.

—No utilices ese tono conmigo, muchacho. Si no me das respuestas, pues tendré que buscarlas en otra parte, ¿no te parece?

Estoy todavía en ese proceso de adaptación, intentando olvidar a Gray; pero está siendo más difícil de lo que suponía.

—Es mi vida, abuela. No deberías entrometerte.

—Estás aquí, ¿no?

Suelto un bufido.

—Lo siento —me disculpo.

—Eso está mejor.

—¿Qué te ha dicho Harper? —le pregunto, porque necesito obtener información.

Ella mira al techo y suelta un suspiro.

—No entiendo por qué los hombres tenéis que ser tan rebuscados.

Sonrío ante la expresión, pero no comento nada.

—Harper tampoco sabe lo que ocurre, ¿contento?

Contengo una sonrisa como respuesta.

—Lo único que me dijo es que el entrenador quiere que vayas a su casa…

—¿Para qué? —inquiero, sin dejarla terminar la frase.

—No lo sé, Miller. Eso tendrás que preguntárselo a él, porque Harper no ha sido muy

clara al respecto.

—Supongo que él me llamará, pero si no me convence lo que me dice pasaré del tema.

Ella asiente con cuidado, lo que aumenta mi sentimiento de culpa.

—¡Lo digo en serio! —replico.

—Odio pensar que no te he enseñado modales, muchacho.

Frunzo el ceño.

—Todo esto no tiene que ver con los modales ni con tu forma de educarme —manifiesto con rotundidad.

—Miller Kinsler, no voy a abandonar este mundo hasta que vea tu vida en orden, y eso no va a suceder si sigues evitando mis preguntas —me reprende—. Se me está acabando el tiempo, así que más te vale que dejes de rehuirme y me cuentes de una vez por todas qué es lo que está pasando.

Profiero un ruido lastimero.

—No te vas a morir nunca; así que no dramatices.

Me mira desconcertada, como si hubiese dicho la tontería más grande del mundo.

—Cielo, haré todo lo posible por quedarme en este mundo hasta que Dios me llame al suyo, pero no viviré eternamente.

No sé muy bien qué decir, de modo que permanezco en silencio. No es una conversación agradable porque no quiero pensar cómo sería la vida sin mi abuela.

—Miller… —insiste.

—Ya te lo he dicho, estoy bien.

Pone espacio entre nosotros, sus hombros se hunden mientras exhala con un gesto cansado.

—No creo que estés bien. Hacía muchos años que no te escondías entre mis faldas —comenta con una mezcla de preocupación y reproche antes de que pueda contestar—. Ahí fuera hay un mundo que tiene mucho que ofrecerte, Miller. Debes empezar a afrontar tus problemas y no correr a casa cada vez que algo te angustia.

—¡No hago eso! —replico con tono severo, quizás con más vehemencia de la que esperaba.

Su sorpresa es evidente, se endereza en su asiento y replica:

—Claro que lo haces, lo has hecho desde que tenías seis años, cuando la señora Jones, tu maestra, te pidió que le hablaras de tu familia.

—Y lo hice.

Me mira a los ojos y me veo arrastrado al pasado, a una época que quiero olvidar y dejar atrás para siempre. No quiero hablar de mi madre, no deseo volver a ese mundo de drogas y prostitución que ella antepuso a mí.

—¿Qué pasó cuando te preguntó por tu madre?

El hecho de que salga a relucir mi madre en la conversación hace que me hierva la sangre en las venas. Nunca he superado su abandono y, por su expresión, creo que mi abuela tampoco.

—Deja a mi madre fuera de esto, ¿quieres? —exijo elevando mi tono de voz, incapaz de ocultar mi frustración.

—Es mi hija… —dice muy seria y se sienta en una silla, dejándose caer sobre el respaldo con una expresión abatida y lágrimas en los ojos.

—Lo siento. —Me inclino hacia ella y le doy un beso suave en la frente—. No debería haberte gritado.

Como es su costumbre, ella acaricia mi mejilla con manos temblorosas.

—Estoy preocupada por ti, hijo —dice con sinceridad mientras se aleja.

—Estoy bien —comento, enfadado más conmigo mismo que con ella.

Es evidente que su preocupación por mí había estado latente todo este tiempo, y yo no me había dado cuenta.

—Que me mientas a mí tiene un pase, pero que lo hagas contigo mismo es imperdonable.

Directa al corazón, sin anestesia; así es mi abuela. Apoyo mis manos sobre las suyas y, en silencio, nos tomamos unos segundos para nosotros mismos. No me acuerdo muy bien de mi madre, pero sé que su recuerdo me hace daño. Me llevo a los labios una de sus manos.

—Sé que estás preocupada por mí, pero estoy bien —insisto.

Ella libera su mano de entre las mías y me acaricia el pelo.

—Es obligación de una abuela preocuparse por su nieto.

¿Qué debería contarle? Es imposible negar el hecho de que está preocupada por mí, y mucho. Nada de esto tiene sentido, ni siquiera mi cacao mental. Por lo que a mí concierne, Gray tomó una decisión y yo debo respetarla. Punto final de la historia.

—No quiero que estés pendiente de mí todo el tiempo —digo con sinceridad.

—Lo que me pides es imposible. ¿Por qué no me cuentas de una vez lo que está sucediendo? —Me agarra con delicadez de la barbilla y me mira.

Nuestros ojos se encuentran y me digo a mí mismo que no tengo derecho a hacerla sufrir, pero supongo que ya es tarde para eso. Me abraza y eso me reconforta.

—He discutido con Gray —confieso al fin.

Ella se aparta un poco y baja su triste y cansada mirada hacia mi rostro.

—¿Por qué? —pregunta con interés.

Me encojo de hombros, incapaz de darle una respuesta clara; pero entonces, ella parece comprender.

—Ohhh, ya veo —expone leyendo la respuesta en mi mirada.

—No quiero entrar en detalles —reconozco, tratando de evitar profundizar en el tema.

—Claro —indica, volviendo a centrar su atención en nuestras manos enlazadas. Me acaricia con sus artríticos dedos de una manera que solo una abuela puede hacerlo—. ¿Has hablado con él?

Niego con la cabeza.

—Vaya…

«Sí, vaya», pienso.

Gray me dejó después de dar un portazo al salir de la habitación. Eso solo puede significar una cosa: me quería fuera de su vida. Y es lo mejor. Él necesita llegar a la cima, sin esconderse por su orientación sexual ni dar explicaciones de a quién ama.

—Ahora soy yo quien lo siente. ¿Quién no podría quererte? —pregunta, acariciándome el pelo con la mano—. Eres un chico tan cariñoso, tan increíble…

—No siempre las cosas salen bien, abuela —murmuro.

—Eso lo sé, Miller. He vivido demasiados años y he llegado a la conclusión de que a veces la vida es demasiado injusta.

Sé que está pensando en mi madre, en aquella vida que se le escapó cuando creía que lo tenía todo.

—¿No se puede arreglar? —cuestiona esperanzada.

—Abuela, Gray tiene un futuro brillante en el *hockey* —señalo.

Ella asiente, comprendiendo.

—Y tú has decidido alejarte para no obstaculizar su carrera deportiva —afirma, llegando a la conclusión por sí misma.

—Es lo mejor —comento.

—¿Para quién, Miller?

—Para él, por supuesto.

—Y ¿qué pasa contigo? —pregunta con preocupación.

Veo reflejado el dolor en sus ojos y el rictus amargo en sus labios.

—Yo estaré bien.

—¿Seguro?

—Sí, abuela. He descubierto que la arquitectura me gusta más de lo que imaginaba.

Siento que sonríe de forma sutil, pero cuando aparta mi pelo de la frente su expresión se vuelve seria.

—No puedes ir por ahí sacrificándote por los demás.

—¿Crees que eso es lo que hago? —inquiero sorprendido.

—Claro. Lo hiciste por tu madre, por mí y ahora por Gray…

—No me sacrifico por nadie —aclaro—, solo tomo decisiones.

—Decisiones que no te hacen feliz. Con el paso de los años te darás cuenta de que el tiempo se mide de manera diferente. Ahora para ti los días son eternos, pero a mi edad se van en un suspiro. Y antes de que el Señor me llame a su seno, quiero verte feliz… con o sin Gray, pero feliz.

—Será sin él, abuela, pero te prometo que haré todo lo posible para complacerte.

—Eso esperaba oírte decir —comenta mi abuela con interés renovado.

Sonríe, haciendo que su rostro arrugado lo parezca todavía más. Aunque el tiempo ha dejado sus huellas, aún no ha perdido la belleza que cautivó al ser más egoísta del planeta: mi abuelo .

Espero que se esté pudriendo en el infierno por todo lo que la hizo sufrir.

Gray y yo tenemos mucho más en común de lo que creemos.

CAPÍTULO 20

GRAY

—Gray, ¿puedes traer las copas del armario del salón, por favor? —pregunta Harper.

Dejo a Bella sobre su manta, en el suelo, y me dirijo al armario en busca de las copas.

—¿Qué quieres hacer con ellas?

—¡Voy a enjuagarlas antes de ponerlas en la mesa! —me grita desde la cocina.

Sosteniendo con destreza las seis copas, tres en cada mano, me doy la vuelta y sonrío a Bella, que me responde con una mirada traviesa.

—Algún día lo harás tú; pero, por ahora, no te muevas de ahí —digo, ampliando mi sonrisa.

Como si fuera un reflejo, la pequeñaja comienza a mover los brazos en el aire. Antes de que pueda reaccionar, se pone de pie y, con una energía que parece surgir de la nada, se encamina hacia mí.

—No, no, no… —le advierto.

Bella lo toma como un juego, da varios pasos y luego se agarra con sus pequeños bracitos a mi muslo. Esto me obliga a buscar mi centro de gravedad para no dejar caer las copas al suelo. Cuidar de mi hermana resulta más complicado que patinar con un *stick* en una pista de hielo mientras esquivas a tus contrincantes.

—Estate quieta —le ordeno.

Pero Bella hace oídos sordos a mi orden, sonrío y responde con una sonrisa, revelando sus pequeños y blancos dientes entre sus labios. Es una niña preciosa con sus rizos suaves, que se mueven al ritmo de sus movimientos, y unos ojos verdes intensos, del mismo color que las praderas en primavera.

—Suelta, Bella.

Cuando Harper entra al salón, nos encuentra en una posición ridícula. En lugar de ayudarme, se apoya en el marco de la puerta y se echa a reír.

—No tiene gracia —me quejo, sosteniendo las copas por encima de mi cabeza.

—Yo creo que sí —afirma sonriendo.

Su sonrisa se parece mucho a la mía y eso hace que el corazón me dé un vuelco. Supongo que tiene sentido, después de todo es mi madre biológica.

—¡Harper! —exclamo, haciendo malabares mientras las copas tintinean entre ellas.

Harper se compadece de mí, se acerca y con cariño logra que Bella me suelte. Su embarazo todavía no es evidente, pero está claro que le sientan genial todas esas hormonas revoloteando por su cuerpo. Dave y ella están como locos de alegría con la llegada de un nuevo miembro a la familia.

Yo también, lo reconozco.

—Ven aquí, preciosa —le dice a Bella, sosteniéndola en brazos—. Tu hermano se ha puesto nervioso.

—No me he puesto nervioso —protesto, dejando las copas sobre la mesa del salón—. Solo me preocupaba que se cayeran y Bella pudiera cortarse.

Harper me mira de una forma extraña y me doy cuenta de que su sonrisa ha desaparecido. Entonces comprendo que está al tanto de todo, que Dave ha hablado más de la cuenta. ¡Qué idiota soy! Entre ellos dos no hay secretos.

—¿Has hablado con Miller? —pregunta Harper.

—Dave debería mantener su bocaza cerrada —me quejo.

—Solo estamos preocupados por ti, eso es todo —le disculpa—. Eres muy importante para todos nosotros.

Soy muy consciente de que tienen razón. Que ser importante para ellos es un regalo caído del cielo.

—No, no he hablado con él y, antes de que me lo preguntes, no he vuelto a ponerme en contacto con él.

—Y ¿lo vas a hacer?

No espera mi respuesta. Se acerca a mí y me acaricia el hombro. Bella ve la oportunidad para hacer lo mismo con el otro hombro. Le sonrío, porque es preciosa y parece un ángel con esos rizos rubios y alborotados. Lo que me recuerda que a su edad los problemas no existen.

—Gray, no pierdas más el tiempo con preguntas a las cuales no encontrarás respuestas. Ve y aclara las cosas con él antes del partido.

Sé a lo que se refiere, Dave ha reunido al equipo y quiere que mañana entrenemos con los chicos nuevos, una especie de pachanga antes de celebrar la Nochebuena. El corazón se me encoge en el pecho al pensar en Miller. Harper tiene razón, debo aclarar las cosas con él antes de volver a encontrarnos en la pista de hielo; de no hacerlo será muy incómodo para los dos. Fui yo quien se fue, yo soy el que debe encontrar esa paz que tanto necesitamos.

—No responde a mis mensajes ni llamadas…

Harper no contesta de inmediato. Respira profundamente y me atrae hacia ella, lo que hace que Bella quede en medio de los dos y lance un pequeño grito de protesta. Harper la ignora y me rodea con su brazo libre. Durante unos segundos me lleva al lugar donde más seguro me siento del mundo: mi hogar.

Se aparta y levanta la mirada hacia mí.

—¿Te das cuenta de que eso es una excusa?

Odio pensar que tiene razón.

Harper parece leer la respuesta en mis ojos, quizás por eso no insiste.

—Miller está afuera —comenta con una leve sonrisa en los labios.

—¿Afuera? —Me dirijo a la ventana más cercana y en lo primero en lo que se posan mis ojos es en el lago, lo busco con la mirada y lo encuentro hundiendo una pala en la tierra. Desconcertado, me vuelvo y le pregunto a Harper—: ¿Qué está haciendo?

Ella se acerca a mí y mira a través del cristal.

—Dave le ha pedido que nos ayude a plantar un abeto.

Abro los ojos, sorprendido.

—¿Un abeto?

—Sí, me gustaría que un majestuoso abeto diera la bienvenida a quienes nos visiten en Navidad —dice con una sonrisa radiante—. Lo adornaremos como se merece y colgaremos en sus ramas nuestros deseos. Quién sabe, tal vez ese abeto dé lugar algún día a un pequeño bosque mágico y encantado.

—¿Quieres un bosque? —inquiero intrigado.

—Sé que puede sonar un tanto peculiar, pero me encantaría que las generaciones

venideras nos recuerden a Dave y a mí mientras pasean por un hermoso sendero, rodeados de árboles iluminados bajo un cielo estrellado.

Me tomo un momento para asimilar sus palabras. Reconozco que es una idea bonita, quizás también porque mis descendientes y yo formaremos parte de ese futuro.

Sonríe esperanzada.

—¿Qué opinas?

—Demasiado romántico para mi gusto, pero me gusta. Es una idea interesante.

—¡Hombres! —exclama al escuchar mi respuesta.

Soy muy consciente del complicado pasado de Harper. Se quedó embarazada de mí cuando estaba en la cumbre de su carrera como patinadora profesional. Mis abuelos, a los que aún no conozco, la presionaron para que me diera en adopción y siguiera cosechando éxitos. El resto es historia, una serie de vidas alteradas e irreparables por una decisión . La observo en silencio durante unos minutos mientras abraza y besa a Bella, y no puedo evitar sentir una punzada de envidia, porque ella y yo nunca hemos compartido un momento como ese. Fuese quien fuese, la vida o el destino, nos lo arrebató.

El hecho de que ella viniera a buscarme a Midway y dejara todo lo que conocía es algo por lo que siempre le estaré agradecido. No me siento orgulloso de cómo la traté en el pasado, de mis dudas, de mi resentimiento, pero enfrentarme a la cruda realidad no fue sencillo para ninguno de nosotros.

Me tiende la mano y observo su mirada, las arrugas de preocupación que muestra, y por fin comprendo lo que quiere.

—Ve con él, no puede hacerlo solo.

Asiento levemente, mientras ella deja caer la mano y me sonríe.

***

Un viento helador golpea mi rostro cuando salgo al exterior, cruzo los brazos por instinto, tratando de contrarrestar el frío que se cierne sobre mí. No tengo la menor idea de cómo iniciar esa conversación que dejamos a medias, ni cómo romper ese frágil y doloroso caparazón que me recubre desde hace semanas, o tal vez años. Todo comenzó con aquel beso en la fiesta, un instante que trastornó mi percepción del mundo que conocía.

No puedo huir de la verdad. Nos lo hemos montado todas las noches; nos hemos besado, frotado el uno contra el otro y hemos hecho relevos de mamadas que nos han dejado exhaustos y ávidos de más sexo. Me acomodo mi miembro, que se ha despertado solo de recordar esas tórridas imágenes que llegan a mi mente. Lo cierto es que, si soy honesto conmigo mismo, debo confesar que nunca he sido tan feliz como cuando he estado junto a Miller. El problema es que cada vez me resulta más difícil dejarme llevar por mis sentimientos. Solo de pensar en mi futuro, siento vértigo. De alguna manera, Miller tiene razón: si alguien descubriera nuestra relación, mi carrera en el *hockey* podría terminar antes de despegar.

Suspiro profundo, dejando que mis pensamientos fluyan. De no hacerlo, creo que me volveré loco. Desde el porche, mis ojos se deleitan con un paisaje de ensueño. El agua del lago, serena y apacible, refleja los tonos dorados del sol que se pone en el horizonte. Si no fuera por las suaves ondulaciones de la superficie, podría pensar que el lago está en hibernación, dejando que el invierno pase a su ritmo. El aroma de la tierra húmeda y la frescura del agua crean una atmósfera serena y embriagadora.

Reconozco que me encanta vivir en la casa del lago. Desciendo las escaleras del porche y camino con pasos lentos en busca de Miller y de respuestas que quizás no quiera escuchar, pero es necesario que hablemos. Cuando me acerco a él, lo encuentro cavando, completamente absorto en su tarea. Ni siquiera se molesta en darme la bienvenida.

—Hola —digo, tratando de romper el hielo.

—Hola —saluda sin levantar la vista. Hinca la pala en el suelo y arroja su contenido a un creciente montón de tierra a su lado.

Desde mi posición observo su rostro tenso y agotado, sus pómulos sonrosados por el frío y la marcada línea de su nariz. Siento una punzada de culpabilidad y me inclino para coger la otra pala que está en el suelo, cerca del abeto que debemos plantar.

—¿Podemos hablar? —pregunto después de unos incómodos segundos en silencio.

Finalmente, él levanta la mirada y, con tono malhumorado, pregunta:

—¿Esto ha sido idea tuya?

—No, más bien de Harper. Al parecer quiere que este abeto dé la bienvenida a todos los que nos visiten por Navidad.

—¡Vaya tontería!

No puedo estar más de acuerdo.

—Sí, pero no seré yo quien contradiga a una mujer embarazada.

Miller abre la boca como si estuviera a punto de decir algo, pero la cierra de golpe sin pronunciar una sola palabra. Puedo ver las líneas de tensión que enmarcan su rostro adusto. Aparto la mirada y utilizo el pie para profundizar más con la pala, sacando una generosa cantidad de tierra y añadiéndola al montón que ya hemos formado.

—Has evitado mis llamadas y mensajes —le hago saber mientras sigo cavando.

—Entre tú y yo ya está todo dicho —responde resignado.

—Eso no es cierto.

—No insistas, Gray. Ya está todo hablado, tú sigues tu camino y yo el mío. Asunto terminado. Si estoy aquí es porque el entrenador me lo ha pedido, no por gusto.

—De acuerdo.

—Perfecto entonces —sentencia con tono cansado.

Me siento culpable, preguntándome cómo podría remediarlo o encontrar un resquicio de su compasión. Suelto el aliento de golpe y me tomo un momento para asimilar y ordenar las palabras que revolotean por mi mente.

—Pero supongo que tengo derecho a decir algo al respecto —añado envalentonándome, con la respiración agitada y sin dejar de cavar.

—Dejaste todo bastante claro la última vez que estuvimos juntos. El portazo fue un final apoteósico, ¿no te parece? —replica con amargura.

Mi confianza flaquea un instante, pero, tras hincar varias veces la pala en la tierra, logro recuperarla.

—Todo el mundo tiene derecho a equivocarse, Miller.

Por el rabillo del ojo veo que se detiene y que la pala la deja suspendida en el aire.

—¿Qué quieres decir con eso?

No lo miro, sigo cavando en un intento de mantener mi seguridad bien afianzada. Pienso en la fría realidad de mi vida sin Miller, pero si algo he descubierto es que lo necesito a él y a todos esos inconvenientes que lo acompañan.

—Pues lo que he dicho —respondo, sudando bajo el anorak. Ignoro cada gota de sudor

que resbala por mi espalda y sigo cavando con la vista fija en la tierra.

—¡Gray, mírame!

Hago lo que me pide. Apoyo la pala en el suelo y el antebrazo en ella. Con la respiración jadeante, le miro a los ojos. ¡Joder!, está más guapo que nunca, despeinado y con los pómulos sonrosados; espero que sea por el frío y no por la rabia que supongo que está bullendo en su interior. Aunque no está haciendo ningún esfuerzo, su respiración también está agitada y de su boca salen pequeñas nubes de vaho que a mí me encantaría absorber y no dejarlas a merced del viento helado.

—Hablamos y tomamos una decisión —sentencia.

Mi cerebro me ordena guardar silencio, pero mi corazón roto me pide todo lo contrario. Odio pensar que no volveré a verlo o que cuando lo hagamos no nos dirijamos la palabra. Así que, reafirmando mis sentimientos, espeto:

—Yo me fui porque necesitaba tiempo. La decisión la has tomado tú, ni siquiera me has dado la oportunidad de explicarme.

Estoy seguro de que su cara estupefacta es un reflejo de sus pensamientos. Ninguno habla; solo nos miramos a los ojos como suelen hacer dos contrincantes en un duelo: con intensidad y desafío. No puedo evitar observar su rostro, ni sus penetrantes ojos de color oscuro, ni su mandíbula tensa y altiva.

—¡Tomé la mejor decisión para ti! —exclama. Al ver que no digo nada, chasquea la lengua, malhumorado—. ¡Joder, Gray! Vas a ser uno de los grandes, vas a conseguir jugar en la NHL.

—Eso no lo sabes…

Nuestras miradas vuelven a rozarse y después él la aparta, dejando caer la cabeza.

—Tengo la impresión de que lo sabe todo el mundo menos tú —indica con los ojos clavados en el suelo. Deja caer la pala y me da la espalda.

—¿A dónde crees que vas? —le pregunto de mal talante.

—Necesito estar lejos de ti —me responde—. Lo más lejos que pueda.

Yo también dejo que la pala se estrelle contra el suelo y corro tras él para darle alcance. Intento asimilar lo que siento, mi necesidad por él. Ahora comprendo que sin Miller nada tendrá sentido. ¡Joder, le quiero!

—Y ¿si te digo que no quiero jugar en la NHL?

Él se detiene y yo con él. Tiene las manos dentro de los bolsillos y, a pesar del chaquetón que lleva puesto, puedo ver la tensión de su espalda y hombros.

—No digas estupideces, Gray. Has nacido para esto…, para llegar a la cumbre. A mi lado no lo conseguirás.

Es triste y patético pensar así, pero sé que en el fondo tiene razón. Muchos no perdonarán mi orientación sexual, no les gustará verme besar o abrazar a otro hombre en público.

—¡Si tengo que elegir, te elijo a ti! —vocifero. El aire helador congela mi garganta, pero, aun así, vuelvo a gritar—: Te elijo a ti, ¿lo entiendes?

Se da la vuelta y una pizca de esperanza nace en mi interior, pero él la corta de raíz.

—Es una mala elección, Gray. Eso es lo que piensas ahora, pero ¿qué pensarás dentro de cinco años? —pregunta con un tono grave.

Tiemblo de frío, así que cruzo los brazos metiendo las manos debajo de las axilas. Siento un repentino y profundo nudo en la garganta que me corta la respiración. Miller mantiene el semblante impasible, sabiendo que tiene razón. No tengo ni idea de qué estaré haciendo ni dónde

me encontraré dentro de cinco años; pero si algo tengo claro es que no puedo tomar una decisión pensando en el futuro lejano. Ahora que tengo espacio para respirar, inhalo profundo y dejo salir poco a poco el aire acompañado de vaho.

—No sé lo que pensaré dentro de cinco años, pero hoy sé que te quiero y que te necesito.

Miller separa los labios y me lanza una mirada cautelosa. Inspira hondo y a continuación, deja escapar una risa estrangulada que hace que algunas aves abandonen sus ramas y se lancen al cielo.

—Te quiero, y lo digo en serio —repito.

Sus ojos brillan por la emoción, como si me creyera. Sonrío, agito las manos y las dejo caer de nuevo. El silencio nos envuelve.

—Con el tiempo te arrepentirás.

—Eso no lo sabes —susurro.

—Joder, Gray. No lo compliques, déjame marchar.

Avanzo unos pasos y me detengo a media zancada, sin dejar de mirarle a los ojos.

—Ya me conoces, lucho hasta conseguir lo que quiero, dentro y fuera de la pista.

Él niega con la cabeza, pero sus ojos parecen expresar algo distinto. Le miro esperanzado y escucho su respuesta:

—Es un error.

Permanezco en silencio, sin saber qué decir.

—Entonces, ¿esto termina aquí?

—Sí, eso parece —afirma.

Siento un desagradable calor por dentro y la rabia que bulle en mi interior se desata.

—¡Nunca dejas de sorprenderme! —grito a lo que me da la voz, tanto es así que algunas aves, que descansaban plácidamente en las ramas de los árboles de alrededor, emprenden el vuelo—. Primero insistes y hasta consigues que compartamos habitación. Después de besarme por cada resquicio de mi cuerpo, de chuparme la polla y dejarme sin aliento…, en algún momento decides que ya es suficiente y, ¿qué haces tú? Te largas. Haciéndome saber lo que es mejor para mí.

Tras mi discurso, Miller no sabe qué decir y se le nota.

Me entra el pánico; así que insisto, pero apenas escucho mi voz que se oye por encima de mi agitada respiración y los latidos de mi corazón.

—¡Siempre he sabido que eras tú, pero tenía miedo! —grito, pensando que es cierto.

Antes de que pueda reaccionar, Miller da dos zancadas y me atrapa contra el tronco de un árbol. Estampa su boca contra la mía, dándome un beso largo, lento y lánguido.

Ambos gemimos.

—Estás más guapo callado —susurra.

Voy a decir algo, pero me cubre toda la cara a besos. Desliza la mano por mi anorak y luego sube mi jersey y comienza a acariciarme el costado. Sentir sus dedos fríos sobre mi piel es jodidamente excitante.

—Te deseo —murmuro contra su cuello.

Percibo que se tensa ante mis palabras, así que acaricio su nuca y rozo mis labios con los suyos, acabando así con su resistencia. Mi lengua se hunde en su boca y se mueve con total fervor contra la de Miller. Siento que puedo perdonarle todo, incluso cuando me ha ignorado.

—Maldita sea, Gray, espero que no tengamos que arrepentirnos nunca de esto —maldice, aceptando de nuevo mi lengua y besándome de la única forma que él sabe hacer.

Intento replicar, pero la excitación no me lo permite. Cierro los ojos mientras siento la presión de su cadera contra la mía. Mi polla se endurece hasta un nivel insospechado. Baja hasta el cuello y su lengua humedece mi piel, atormentándola.

¡Joder, cómo lo he echado de menos!

Introduzco las manos por la cinturilla de sus pantalones y por sus calzoncillos, y acaricio su culo perfecto, fuerte y redondo.

Es como volver al paraíso.

Miller, excitado, jadea contra mi boca mientras su mano se desliza por mi bragueta y acaricia, como solo él sabe, mi polla dura como el acero. Jadeo mientras cierro los ojos y le suplico más.

—Estoy aterrado —confiesa.

Quiero mirarlo a los ojos, pero él no se mueve. Puedo sentir su corazón latiendo junto al mío. Es íntimo, conmovedor.

—Entre nosotros existe algo de lo que no podemos escapar.

Saca la mano de dentro de mis pantalones, se aparta y examina mi cara.

—No puedo estar más de acuerdo —afirmo, excesivamente cachondo, lamentando no sentir su contacto.

De pronto, nuestros nombres resuenan a lo lejos y ambos nos separamos como si nos hubieran arrojado un jarro de agua fría. Confundidos, nos miramos el uno al otro.

—Es el entrenador —dice Miller.

Asiento mientras intento calmarme y recoloco mi ropa.

—¡Joder!, sí que es oportuno.

Miller se echa a reír.

—Bueno, vamos a mirar el lado positivo. Nos ha salvado de morir congelados.

Su comentario me roba una sonrisa.

—¡Gray, Miller! —La voz de Dave se escucha cada vez más cerca.

—Deberíamos ir a su encuentro —sugiere Miller.

Antes de que dé un paso más, le detengo sujetando su brazo y buscando su mirada.

—¿Estamos bien? —le pregunto, inseguro.

—Mejor que nunca —admite.

EPÍLOGO

MILLER

Dos años más tarde.
Final de la NHL, Estocolmo.

Faltan diez segundos para que se dé por finalizado el partido. El equipo de Gray va empatado y necesita un gol desesperadamente. Estamos en la final de la NHL y vivir esta experiencia en Estocolmo es algo indescriptible. Busco a Gray con la mirada y lo localizo, deslizándose a toda velocidad sobre el hielo en busca del disco que concentra todas las miradas. El resto del equipo, el público y yo estamos en silencio, expectantes.

El contrincante, un defensor tan alto como Gray, pero más fornido, se esfuerza por bloquearlo. Gray lleva el disco pegado a su *stick*. Ambos patinan en una competencia feroz. Conozco bien a Gray y sé que está esperando el momento oportuno para dar un giro rápido. Mi corazón se acelera cuando veo a Gray deslizar el disco entre las piernas del defensa. Retengo el aliento cuando advierto que llega a la red y dispara con una precisión mortal. El portero, sin tiempo para reaccionar, ve como el disco pasa por debajo de su guante y cruza la línea de gol. La multitud, compuesta por espectadores de todo el mundo, se levanta de sus asientos, aplaude y grita emocionada mientras el marcador se ilumina con el nuevo punto. Ha sido una exhibición de la asombrosa habilidad y velocidad de Gray en el hielo, una jugada maestra.

Gray levanta su *stick*, en señal de victoria mientras sus compañeros corren a abrazarlo. Ha llevado al equipo al triunfo absoluto. Veo cómo Dave y Matt saltan de sus butacas y aplauden enfebrecidos. Jules y Harper, junto a ellos, comparten su alegría abrazándose. Los miembros más jóvenes de la familia también están emocionados. Wesley junta las manos y eleva la mirada al techo del estadio, mientras Elsie, Bella y Joan observan extasiadas lo que acontece a su alrededor. La pequeña Trizi, hija de Harper y Dave, se ha quedado en el hotel al cuidado de una *au pair*.

Es una familia maravillosa. El mundo necesita más personas como ellos para ser un lugar mejor.

De repente, veo a Gray frente a mí, tapándome la visión de su familia. Su sonrisa es radiante, y con razón. Sé que ha llegado muy lejos en el mundo del *hockey*, pero eso ya lo sabía. Esa jugada ha sido una obra maestra. Antes de que pueda reaccionar, se quita el casco y lo deja en el suelo, abrazándome con fuerza. Yo le sostengo entre mis brazos con esa pasión desenfrenada que somos incapaces de controlar.

—Eres un capullo con suerte —le digo, palmeándole la espalda—. Enhorabuena.

Él sonríe abiertamente, sudoroso y, aún jadeante, se separa un poco y me mira.

—Estoy orgulloso de ti —le confieso, alzando la voz para que pueda oírme entre los vítores.

Antes de que pueda evitarlo pega su boca con la mía y me besa. Intento disuadirlo, pero es inútil. Como suele ocurrir cada vez que me besa, me pierdo en una sensación maravillosa.

Cuando se aparta y ve mi gesto de confusión, sonríe abiertamente.

—¡Ya es hora de decirle al mundo cuánto te quiero!

Lo abrazo de nuevo, y mientras lo hago dirijo la mirada hacia las gradas. Observo que el público sigue aplaudiendo, complacido por la escena.

—¿Estás bien? —pregunta Gray.

—No sé si has hecho una estupidez o la mejor jugada de la historia —declaro mirando a su entrenador y al resto del equipo.

—Ellos están al tanto.

Puedo verlo en sus miradas, en sus aplausos.

—Les dije que, si ganábamos, lo iba a celebrar a lo grande. Y así lo he hecho. —Me vuelve a besar y esta vez no me cohíbo. Le devuelvo un beso cargado de pasión y ternura.

—Te quiero —afirmo con los ojos llenos de lágrimas.

Se queda en silencio un momento y luego sonríe.

—Yo siempre te he querido, incluso antes de saberlo.

Cuando miro en dirección a Harper y sus amigos, veo que levantan una pancarta en la que puedo leer:

«TE QUEREMOS, MILLER».

No puedo evitar temblar y llorar de emoción.

Hace más de un año que dejé el *hockey* para centrarme en mis estudios y convertirme en el mejor arquitecto del país. Sé que mi abuela, allá donde esté, estará orgullosa de mí. La echo mucho de menos, pero ya no estoy solo. Me acabo de licenciar y tengo una nueva familia que me cuida y me quiere.

Nadie puede desear más.

A pesar de que el partido ha terminado hace rato, los vítores continúan porque Gray sigue entre mis brazos.

Algo está cambiando en la sociedad, y es para mejor.

Finalmente, somos libres de amar a quien queramos.

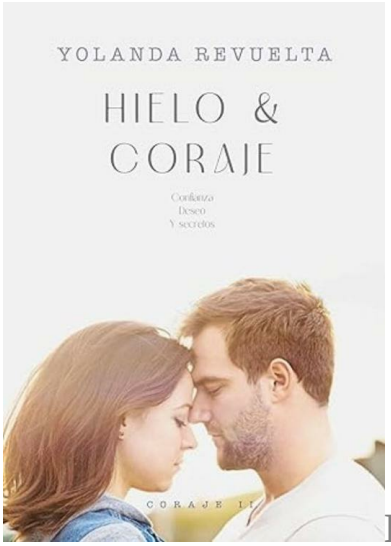
FIN



CORAZON Y CORAJE

Tras la muerte de su mejor amiga, **Jules Suvar**i tendrá que retomar las riendas de su vida y hacer frente a sentimientos encontrados con respecto a lo que siente por Matt, el marido de Sarah.
Sin estar preparada, deberá tomar decisiones que enfrentarán a la razón y al corazón.
Hacerse cargo de la familia de su amiga es una batalla que no está dispuesta a perder.
Matt Killmer es un militar que trabaja para las fuerzas especiales. Cuando le hieren en una misión y regresa a casa, se encuentra que su vida es un caos aún mayor de lo que suponía. Y, por si fuera poco, Jules, la amiga de su esposa, se está haciendo cargo de su familia.
Convivir con la tentación y la obligación es peor que luchar en un campo de batalla.
Culpa.
Dolor.
Y traición.

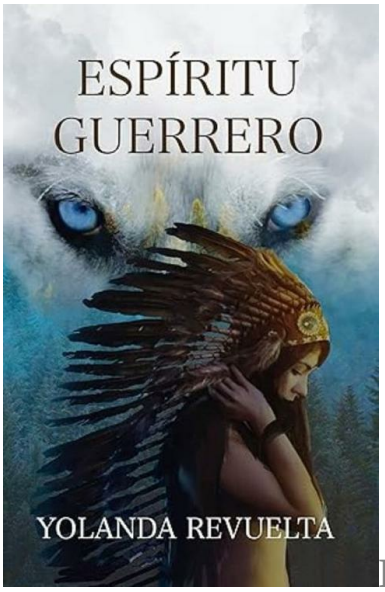
SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ



HIELO Y CORAJE

Harper Foster lleva una vida tranquila en el pintoresco pueblo de Midway, trabajando en la librería local y guardando un secreto que solo comparte con su amiga Jules. Su determinación de mantenerlo oculto se pone a prueba cuando Dave Suvari, el hermano de Jules, entra en escena.
A medida que la pasión crece y los sentimientos se intensifican, Harper se encontrará con una situación que puede cambiar su vida para siempre.
Dave Suvari, exjugador de *hockey*, retirado debido a una lesión en la rodilla, vive con desconfianza hacia Harper Foster, la amiga de su hermana Jules. Harper es hermosa pero enigmática, su pasado y secretos desconocidos lo intrigan y mantienen en vilo. Sin embargo, todo cambia cuando un día Harper le hace una propuesta que él no puede rechazar.
A partir de ese momento se enfrentará a una encrucijada. Deberá decidir si puede confiar en Harper lo suficiente como para abrir su corazón o si las barreras que ella ha construido son demasiado infranqueables.

SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ



ESPÍRITU GUERRERO

Darcy Griffin es una de las mejores abogadas de Denver y trabaja en uno de los bufetes más importantes de la ciudad. Y todo es perfecto, hasta que un día llega a su haber un nuevo caso: un joven nativo americano, de una de las muchas reservas que existen en EEUU, es acusado de asesinato.

Antes de que entienda la verdadera situación de los hechos, se ve arrastrada a un mundo muy diferente al que ella está acostumbrada a vivir.

Mientras tanto, la cercanía de un veterano guerrero enciende un deseo que amenaza su presente y futuro.

Lonan Skah (Nube Blanca) necesitaba combatir sus propios demonios. Es un hombre fuerte, de piel atezada y ojos oscuros que protege, con recelo y ahínco, a su pueblo del abuso del hombre blanco. Cuando su primo River es acusado de asesinato, todo parece desmoronarse a su alrededor. Y aún más, cuando aparece en la reserva una hermosa y elegante abogada, de ojos verdes y larga melena cobriza, que dice que ha llegado para descubrir la verdad.

SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ



YOLANDA REVUELTA

Nació un 17 de enero de 1973 en Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de Tempestad Salvaje, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio “un amigo es un tesoro”, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Actualmente cuenta con veinticuatro novelas publicadas y sigue buscando historias que contar.

Su lema: *«Los sueños se cumplen si no los abandonas»* es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

Contemporánea:
Donde me lleven tus sueños.
Y de repente, un extraño.
El país de los vientos fríos.
Un instante eterno.
El silencio antes del invierno.
Silencio letal.
Despertar en tu mirada.
Perdido en la tormenta (Esencia Irlandesa).
El infierno lleva tu nombre.
Espíritu Guerrero.

Histórica:
Preludios del pasado.
Vientos de otoño.

Trilogía Clan MacKinlay:

- Caricias del destino.
- Caricias del poder.
- Caricias del ayer.

Bilogía Skye:

- La sombra de una mentira.
- La promesa de no olvidarte.

Colección Delicatessen:

- Noches en la niebla.
- Alma entre brumas.
- El vuelo de las mariposas.
- Mentiras legales.

Colección Delicatessen:

- El espíritu del Alce.
- Regreso a Wolcott.
- Un refugio en Lake House.
- Nuevos tiempos.
- Promesas rotas.

Serie Lake House:
El espíritu del Alce.
Regreso a Wolcott.

Un refugio en Lake House.
Nuevos tiempos.
Promesas rotas.

Trilogía coraje:

Coraje y corazón.
Hielo y coraje.
Orgullo y coraje.



Me puedes encontrar en: